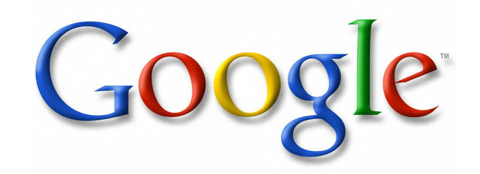


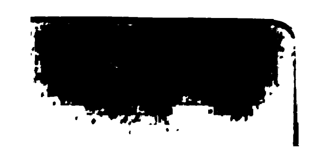

QUI·PLANTAVIT·CURABIT



[redacted]


NEW YORK PUBLIC
3 3433 04382
C 10-4287
Memorias de un medico


QUI PLANTAVIT CURABIT

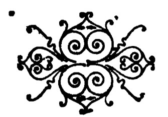


MEMORIAS

DE UN MÉDICO

POR





BUENOS AIRES

EDITORES: GUNCHE, WIEBECK Y TURTL

Calle San Martín núm. 315

1892

DOS PALABRAS

Doy á la publicidad el primer tomo de mis memorias.

En él se destacan algunos episodios, algunas personalidades, algunas acciones y algunos cuadros que he procurado colorear con tintes más ó menos vivos, con apreciaciones más ó menos severas, más ó menos veladas, pero siempre exactas.

Estoy persuadido que más de uno de mis lectores hará un esfuerzo por levantar la punta del velo á fin de descubrir las siluetas.... ¿lo conseguirán? No sé, pero de antemano me atrevo á recordar la célebre frase de Eduardo III al levantar la liga de la condesa de Salisbury "Honni soit qui mal y pense".

Y ahora aprovecharé la oportunidad de producir un lígero desahogo contra el señor corrector de pruebas que en mal hora elegí.

Este señor se ha permitido arbitrariamente enmendarme la ortografia, poniendo c *en vez de* s *en muchas palabras, escribir mal otras y agregar ó disminuir signos ó letras á su paladar.*

Si hubiera de producir una fé de erratas, ella sería interminable; así me limitaré solamente á pedir á mis lectores que si á tal respecto tienen que hacer algun serio reproche, lo formulen enérgicamente contra el señor corrector y lo anatematicen con todo el furor de su corage.

Si este libro es acogido con benevolencia pondré en prensa el segundo tomo.

JUVENILIA

Memorias de un Médico

CAPITULO I

Pues, señores, hétenme Vds. ya lo que se puede llamar un médico hecho y derecho: ¡Médico! la gran aspiración de toda mi vida; doctor en Medicina, Cirujía y Partos, bonito muchacho, simpático porte, veinte y siete años; y ahora, háganme Vds. el favor de poner un *pero* á todos estos títulos y condiciones.

Mas, en cambio, ¡qué distinta situación la presente de la pasada! ayer: mozo juguetón, travieso, alegre, ventolera; hoy: hombre sério, circunspecto, retraido, casi conceptuoso, que sé yo. Ayer: auxiliar de la Administración general de Vacuna, con cincuenta pesos de sueldo, por no hacer casi

nada, ó mejor dicho, nada;—verdad suprema que por la primera vez de mi vida he tenido el talento de saberla reservar. Sí; aun me parece oir la voz siempre grave y un tanto terminante de nuestro digno Administrador, que me decía: Pelaez (han de saber Vds. que yo me llamo Pedro Pelaez) Pelaez, vaya Vd. á vacunar á todos los conventillos, peringundines y casas de las secciones 6a, 8a y 9a, comprendidas en las doce en que hemos dividido el gran perímetro de la Capital: no deje Vd. de inocular cuidadosamente el Cowpox genuino, el verdadero Virus Vacínicus, que solo nosotros poseemos, á despecho de toda esa turba de charlatanes que nos está haciendo tan terrible guerra; vaya Vd., excelente jóven, haga bien sus apuntes y comuníquemelos, para anotarlos en el gran libro de nuestra estadística; vaya Vd., vaya Vd.;—y con esta última palabra salía yo radiante, listo, alegre, como cuando entraba en vacaciones y me encaminaba derechito á mi casa, donde dejaba el modesto traje gris, encapillándome las mejores piezas contenidas en el fondo de un baul cordobés, especie de abismo, que había heredado á un compañero estudiante de Derecho, que cometió la locura de morirse sin testar.

Una vez embellecido y acicalado, me dirigía al Billar de Pancho, donde echaba tres ó cuatro

mesas á la carambola; ó, lo que era mas frecuente, me encaminaba al *Albergo* de la bella y fornida Carolinetta, jóven que jugaba perfectamente á la *murra* y á otros juegos un poco ménos inocentes; allí tomaba mi taza de café (por supuesto, fiada) y una copita de coñac, preparado sin duda alguna con rejalgar, tal era la revolucion que producía en todo mi ser; en seguida me iba á visitar á la incomparable Dorotea; Dorotea, la virtud más feroz y empedernida del barrio de Monserrat: ella me recibía con esa circunspección que la caracteriza, hija natural del alto linage de que pretende descender, á pesar de su humilde condición de costurera; mis palabras, mis altos conceptos, se estrellaban frecuentemente ante aquella muralla de granito, ante aquella brutal antítesis de la mujer de Putifar (señora de cuyo nombre no me acuerdo, con perdon de Vds. mis queridos lectores): "Vd. traiciona sus sentimientos, me decía, Vd. no me ama; el amor es una planta que solo florece en los corazones sensibles, tiernos, delicados; el de Vd. está ya marchito, árido, incapaz de afectos y ternura;" y seguia ensartando todas las cuentas de ese rosario de frases y palabras ampulosas, que emplean los aprendices de literatura fugaz, y muchas de esas mujeres que habiendo leido una docena de no-

velas del género romántico, concluyen por equipararse á Madame de Stael, ó Madame Recamier, ó, por suponerse elocuentes, como Clara Harlowe. —"Dorotea, esclamaba yó, tomando la actitud más melodramática posible y dándole á mi voz un acento capaz de conmover las piedras: Dorotea, mi pasion es volcánica, neuropática, perifrénica, flogógena, yo la amo á Vd., yo la idola...." me acuerdo que un dia en uno de esos raptos de exaltacion suprema, ó de entusiasmo loco, le vi, ó me pareció descubrirle, cierto viso oscuro en el borde del pabellon del oido (vulgo oreja) que si bien podia ser una simple sombra, se parecía tanto á otros visos mas acentuados, que mi lengua quedó estrangulada en la garganta y apenas pude producir, despues de un angustioso momento, un Dorotea ingrata, has envenenado mi corazon, has envenenado mis horas (yo estudiaba entonces Toxicologia, de manera que á cada momento formulaba venenos) si, continué: he sembrado cariño para recoger desdenes; y con esta última palabra y un aire de sublime despecho, ó mejor dicho de sublime tonteria, abandonaba la Diva y me iba más fresco que una lechuga á dar mi clase de gramática, contabilidad y geografía á los hijos del espléndido almacenero D. Angelo, muchachos casi tan excelentes como su padre. No creo es-

cusado decir á Vds. que aquellos pequeños Angelos, no habían aprendido absolutamente nada en los tres meses que hacía se hallaban bajo mi dirección. Yo principiaba frecuentemente mi clase por la aritmética, de modo que las palabras ecuacion, unidad, decena, centena, proporcion, quebrados, reglas, etc., etc., se acumulaban en mis labios como violento torbellino y hacían que los muchachos tiritasen al no comprender una sola palabra en tan monstruoso conjunto de frases incoordinadas. Recuerdo que un dia, no sabiendo ya que decirles, vino en mi ayuda la Geometría y les largué una *hipotenusa* que les hizo pegar un salto como si les hubiera tocado un hilo eléctríco; en seguida se miraron semi-atónitos como diciendo: sácate tú esa papa de la olla. Evidentemente, por aquellos medios, la ciencia del infinito no debía penetrar jamás en el cerebro de aquellos falsos émulos del malogrado Pascal. Despues de esas lecciones, pasaba yo á dictarles una conferencia sobre Geografía; en este punto me encontraba en mi elemento, era mi fuerte en toda la extensión de la fantasía; los muchachos abrían unas bocas desmesuradas, no perdían una sola palabra, ni siquiera uno de mis gestos. «Los hotentotes, (geografía histórica) los hotentotes se comen los unos á los otros, se descuartizan, se devoran, es-

perimentan sobre todo un singular placer, cuando sienten crugir entre sus dientes las orejas fritas de los prisioneros que cayeron en la refriega; con las canillas de los muertos, hacen palillos de tambor; con las calaveras, farolitos de luces de Bengala; con los dientes, y sobretodo, con las muelas,—fígense Vds. en este importante detalle,—con las muelas hacen zarcillos, collares, amuletos; Vds. no saben lo que son amuletos; bien, no importa, otro dia se los esplicaré: Los hotentotes andan completamente desnudos, solo por detrás y por delante, se cubren con sus propias carnes, traje perpétuo de verano; el pelo lo usan á la Pompadour y por calzado,—horror! fragor! temblor! estupor!!—por calzado, llevan las lenguas curtidas de las mujeres que aprisionaron en la batalla, anticipándose escandalosamente á lo que tendrá que suceder cualquier dia, en los pueblos más civilizados. Las armas de los hotentotes son colas de serpiente saturadas de veneno, conservado por un proceder semejante al de Liebig; y con la sangre de sus víctimas forman una pasta, despues de dosar la hemoglobina á la que le agregan ajos, ají de cayena, polvo de matar ratones y otros muchos apetitosos ingredientes, para alimentar con ella á sus prisioneros y comérselos despues gordos y sabrosos. Una tradición religiosa muy respetada y

aceptada por los hotentotes, es aquella por la cual los que mueren en defensa de los pátrios lares, resucitan al poco tiempo, pero al volver á la vida lo hacen en especie, es decir, no en la condición humana primitiva, sinó en forma de chinches bravas ó garrapatas, las cuales se introducen en los oidos, bocas y narices de los niños hotentotitos para engendrar en ellos el brio y corage que debe acompañarlos en la edad adulta». Al oir esta pintoresca descripción, los hijos de D. Angelo, obedeciendo á un acto instintivo, se taparon las narices y cerraron la boca, por si acaso aquella estraña metempsícosis pudiera, de alguna manera, penetrar en ellos.

Mi conferencia no había, pues, terminado y continué:

«Los hotentotes tienen una manera singular de enamorar á las mujeres; su sistema, casi único, es arrimarles furibundos codazos, y el dia que, por ese delicado medio, consiguen romperles una costilla, les han dado la prueba más culminante del frenético amor que las profesan. No tengan ustedes duda, señores, que el proverbio español que dice: *Porque te quiero te aporreo*, ha tomado sin duda su orígen en el conocimiento de esta práctica de los hotentotes.»

Me acuerdo perfectamente que dos dias despues

de una lección de este género, se me acercó don Angelo y con aire muy atento y un lenguaje entrecortado, me dijo:

Carissimo professore: No le raconte á lo niños l'historia de gli hotentotti, per che anoches no han dormidos, soñando con la oreca che le cruquia entre le denti, la chinche, e la garapata; lo niños non ha bisogna de questa illustrazione; ensiñale la conta de fatura e contabilitá. Ma come io vedo tutto l'adelantamento chi fanno, credo del mio dovere fare una demostrazione e vi daró trinta pesi, en vece de le veinte che voi me avete demandato.

Excelente, imponderable Angelo! tu munificencia me hace vislumbrar los mas rosados horizontes, te contemplo y te admiro.

Recuerdo como si fuera ayer, que el mismo dia que D. Angelo se producía en tales términos, era víspera de Carnaval. El salón del Skating me abría sus brazos carnavalescos, como se lós abría á la simpática modista Magdalena, especie de Mesalina arrepentida, que había concluido por tener una furiosa pasión magdalénica por mí.

Un papel bastante arrugado, recorte sin duda de algun molde de vestido, escrito con una letra en forma de patas de araña y con una abominable ortografía, me fué entregado por el changador de la esquina, robusto gallegote que se me acercó si-

giloso y con todo el aire de un conspirador de 1878. El papelito decía ni más ni ménos estas palabras: "Esta noche serás mi compañero *prediteto* en el Skating; no faltés, si me perdís, chiflame."

Los bailes del Skating tenían la inmensa ventaja, á pesar de ser bailes de *Sociedad*, de no obligar al frac, ni á la clásica corbata blanca: la rigurosa etiqueta allí, era pagar dos pesos por la entrada y yo, con la generosidad del adorable D. Angelo, me hallaba en condiciones de poder hacer frente á todas esas fruslerías.

A las once en punto, tenía yo del brazo á mi bella Magdalena, que no perdía la oportunidad de decir las mayores barbaridades á cuantos pasaban cerca de nosotros, esforzándose en parecer espiritual. Aquellas gracias debían necesariamente producir alguna de San Quintin y así en efecto sucedió; de pronto una máscara, vestida de bruja, gitana, ó que se yo que demonios, se pára delante de nosotros y nos lanza un huracan de improperios, llamando á Magdalena por su nombre, con ciertos agregados inconvenientes y á mí por el mio, al que tambien clasificó de una manera poco aceptable.

"Esta es Juana la Ratona,—exclamó mi compañera en un arrebato de imponderable ira;—la Ratona, la Ratona, pero ya verá que guantada (estilo

Skating) le doy yo," y uniendo al dicho el hecho, miéntras que con una mano le arrancaba la careta, con la otra le soltaba una bofetada que pesaba lo ménos cincuenta libras: pero ay! aquí fué Troya; Juanita, tomando de repente la ofensiva, contestó la agresión de la modista repitiendo la operación de guantear de una manera tan irreprochable, que mi compañera cayó rodando por el suelo, dejándome á mí en una de esas interesantes situaciones, que darían inmenso crédito al más insignificante de los mortales. ¡Qué golpe este, en el Club del Progreso!! Entretanto, innumerables grupos nos rodean, Magdalena se desmaya ó se hace la desmayada; la Ratona la pone, y me pone, de vuelta y media; tanto y tanto que, por el qué dirán, me ví obligado á decirla: "Mira, pícara Ratona, si continúas hablando así, voy á ponerte la mano donde tu madre te puso la teta." ¡Qué inmoralidad! ¡Qué escándalo! ¡Qué palabras! exclamaron á un tiempo todas las *señoras* del Skating. ¡Qué echen esas gentes á la calle! ¡Qué las lleven á la Comisaría,! temperamento que adoptó un vigilante; quien, en forma de autoridad, se hallaba allí; el cual, al ver fluir por las narices de Juana y Magdalena, un chorro no interrumpido de sangre colór vermellon, creyó que había llegado el momento de cumplir su consigna.

El auxiliar de la Comisaría, que hace tiempo le arrastra el ala á la modista, encontrando una excelente oportunidad para congraciarse con ella, y para acreditarse conmigo como hombre de pocos escrúpulos, nos puso en el acto en libertad.

"Tomá un carruaje, dijo mi compañera, y vámonos á casa."

Angelo, providencial Angelo! tu munificencia me está ayudando de una manera frenética.

"A la calle de Chile núm... dije al cochero y bajando la voz le agregué, cómo es cerca con 50 centavos tienes bastante." "Sí, señor, respondió el auriga, dos pesos y no hablemos una palabra más."

Pocos momentos despues nos hallábamos instalados en la casa de mi compañera.

Un silencio profundo, por ambas partes, era el presagio de alguna tempestad doméstica, y esa no se hizo esperar.

"Buena guantada le pegué, fué la primera expresión de la modista; pero tú, hombre sin condiciones (á mí llamarme hombre sin condiciones) tú, que has permitido que una Ratona, mujer de poco más ó menos, me levante la mano, es una cosa que....."

"Cenemos Magdalena, cenemos, porque los tristes episodios de esta noche han despertado rudamente mi apetito y me estoy materialmente muriendo de hambre."

"Bueno, cenemos, repitió ella, pero eso no quiere decir que tú no seas un hombre intratable."

Un gran pedazo de asado-fiambre, negro y retobado, como la cara de cierto diputado al Congreso, que yo conozco; unas cuantas rodajas de lengua, tambien fiambre, que más que lengua parecían pedazos de suela de los zapatos de mi amigo D. Santiago Calzadilla; una media botella de vino carlon, mezcla ultraquímica de dinamita con aceite de vitriolo, y una media sandía acorchada, eran los manjares y bebidas de nuestra epicúrea cena; sin embargo, preciso es confesar, que nosotros éramos gente de pocos escrúpulos y que por más que aquellos se defendieron, fueron al fin vencidos, exterminados y devorados.

Teñidos de color de rosa, juguetones, pintorescos, se destacan esteriotipados en mi memoria, otros recuerdos de aquella feliz época de la vida estudiantil: la silueta de la señorita Restituta Gramajo, viene por tanto, á dibujarse en mi pensamiento y no puedo resistir á la tentación de diseñarla en caractéres tipográficos.

Era, la señorita Restituta, nada ménos que la encargada del lavado y planchado de mi ropa. Un dia, uno de esos buenos dias en que el espíritu humano se encuentra bajo la presión de las tendencias absorventes (tan frecuentes en la época en

que vivimos) se presentó en mi cuarto la interesante criatura, llevando en una bandeja la ropa de la semana, que era una delicia por lo blanca y bien planchada!

Al primer golpe de vista me apercibí que allí había una sábana de más, y con el aire más despreocupado del mundo, como lo tienen la mayor parte de los *poseedores*, la dije: "Restituta, aquí falta la otra sábana, ya ves que no hay más que una." "Está bien, señor, contestó, luego le traeré la otra," y salió en seguida. No bien habia dado la espalda, cuando la idea del abigeato cruzó por mi mente y tomando un frasco de tinta de marcar puse en aquella sábana orejana, el signo indeleble de mi propiedad. Mucha y muy merecida admiración causó este rasgo de hombre de génio, en un compañero de estudios que se hallaba presente, el cual aseguró que repitiría aquella operacion toda vez que la oportunidad se presentase. Algunos minutos despues entraba en mis dominios la segunda sábana, y en esta, como en la compañera, la tinta china se gravó severa en su tejido.

No habían pasado cuarenta y ocho horas, cuando la planchadora se presentó en mi casa, y por el ceño de sus cejas y manera terminante y breve de hablar, comprendí que no venía de muy buen humor.

—Vengo, amigo, dijo, á que me devuelva las sábanas del otro dia, porqué no son suyas!

—¿Qué no son mias? me parece Restituta que has dicho que no son mias.

—Si señor, eso he dicho; con que así, largue las sábanas y déjese de embromar, porque no estoy dispuesta á sus bromas.

—Restituta, deliciosa criatura! vas á convencerte al instante de tu error; esas piezas me pertenecen *in totum* y sinó repara, porque es muy fácil verlo, que ellas tienen mi marca.

—Sí, exclamó ella, iracunda; Vd. las habrá marcado, pero no son suyas; no son suyas, y no son suyas.

—Te digo que son mias, eh!

—Le digo qué nó, que nooooóo!

—Eh! no se grita, aquí no quiero que se grite.

—He de gritar, he de gritaaaar.

—Mira, Restituta, Restitutita, pon mucha atencion.... las sábanas son mias....

—Volvemos....

—Bueno, presume que no son mias... piensa....

—No, señor, no son suyas; no son suyas, son de doña Calixta.

—¿Son de doña Calixta? bien, vamos á ver de arreglar este enojoso asunto, pero tranquilízate y hablemos como buenos amigos; tú eres una mu-

chacha muy simpática, muy bonita y con un par de ojos africanos, capaces de enloquecer á un muerto.

Restituta hizo unas cuantas caretas, se sonrojó y se sonrió, creyendo sin duda en la verdad de mis afirmaciones, pero agregó en seguida: Vd. es muy diablo.

—Ante todo, Restituta, quiero que me digas quién es esa doña Calixta.

—Doña Calixta, respondió ella, es una señora que se llama doña Calixta.

—Encantadora criatura, en este rasgo reconozco el poder de tu inteligencia, pero yo necesito además otros detalles sobre las condiciones físicas é intelectuales de esa señora; descríbemela, pues.

—Doña Calixta, continuó Restituta, es alta, muy alta, flaca, muy flaca.

—Bien, algo así como un poste del telégrafo.

—Eso es, como un palo de telégrafo. Tambien es morena y muy ñata, la nariz parece un poroto de Guinea.

—Perfectamente, eso quiere decir que doña Calixta no podría servir nunca para trájica; no hay ejemplo de un trágico con nariz ñata y mucho ménos en forma de poroto.

—Está siempre revolviendo los ojos y pestañeando pe^r tuamente.

—Bueno, se la mandaremos al Dr. Herrera Vegas para que la cure de esa molestia; ese doctor no pestañea nunca.

—Usa muchos términos para hablar: el otro dia me dijo que yo era una persona muy distinguida.

—Restituta! te ha dicho eso? entónces esa doña Calixta debe ser una persona de muy buen humor, muy bromista.

—¿Y por qué no he de ser yo distinguida? por qué? Vamos á ver.

—Yo no quiero decir que no lo seas, me parecía solamente que eso quería decir *distinta* y como tú comprendes, cualquiera diría que tú eres lo mismo que las otras mujeres y....pero, vamos al caso, fíjate bien en todo lo que yo te voy á decir; fíjate, para que puedas repetirlo punto por punto. Te presentas en casa de doña Calixta; al entrar pones la cara más triste imaginable, llegas hasta hacer unos cuantos pucheros, y en seguida, con mucho compunjimiento la dices: Ay! señora doña Calixta, ¡Ay! señora doña Calixta! me ha sucedido una gran desgracia; figúrese Vd. que el otro dia fuí hasta la ribera, á ver como cumplía con su deber la encargada que tengo yo de lavarle su ropa, cuando de repente ví á lo léjos una faja negra, azulada, coronada de crespas espumas, faja que

se destacaba de la superficie líquida y se precipitaba con ímpetu violento sobre la costa; ¡ay! señora, aquella faja eran las ondas del Plata rugientes, bravías, las que, empujadas por el vendaval, cuyos hijos, como usted sabe, son Noto, Euro, Aquilon y Bóreas, traían la pretensión ridícula de apoderarse de sus ropas: entonces yo, olvidando todo y por un impulso superior á toda consideración, me lancé rápida y me precipité en un pozo para salvar las nítidas prendas, pero una ola gigantesca me envuelve, me arrolla y me sumerge; entonces el vértigo se apodera de mí, ví claridades deslumbradoras, ví densísimas tinieblas, ví las Parcas, oí el lúgubre compás de la danza Macabra y con el último esfuerzo de mi pensamiento, le envié á usted, señora, el póstumo adios.

Una hora despues, al volver á la vida por el socorro oportuno de muchas personas, me encontré en mi habitación rodeada de varias amigas y del practicante Pelaez, muchacho buen mozo y simpático (no te olvides de este importante detalle) el cual por medio de grandes presiones en el vientre, me hizo arrojar por la boca lo ménos dos baldes de agua de jabon, y como tres ó cuatro libras de resaca; pero ay! señora doña Calixta, sus sábanas se las llevaron las ondas del Plata.

—Eh! eh! replicó Restituta, á la señora, no dudo que le gustaría mucho ese lenguaje, pero de seguro que me dirá que le abone yo las sábanas perdidas; conque así, ó Vd. me las paga, ó Vd. me las devuelve.

—No, Restituta, nó, doña Calixta no hará tal; has de saber que el caso ocurrido, ú ocurrente, es un caso fortuito y la ley, la previsora ley, no te obliga á pagar lo que se llevó el rio.

—No quiero saber nada de ley ni de *fortitos*, lo que yo quiero son las prendas, y por otra parte yo no miento nunca, porque sí lo hago el padre Borregone me pone muchas penitencias.

—Cómo! el padre Borregone te pone penitencias por un pecado venial? entónces, si por tan poca cosa te castiga, como no te fustigará, que cilicios, que mortificaciones no te obligará á sufrir por la inmensa suma de tus otros pecados!

—No; no señor, él no me penitencia sino por las mentiras, nada más que por las mentiras.

—¿Dime, Restituta: el padre Borregone no es ese frailote gordo que suele venir al Hospital?

—Sí, el mismo, él es mi confesor.

—Ay! Restituta, desgraciada criatura! ya me parecía que ese santo varon tenía una cara lividinosa, como si se entregara á la más desenfrenada concuspiscencia; miente, miente, oveja descarriada

pero no te acerques, ni oigas consejos de ese malhadado Borregon.

—Caramba! caramba! basta ya; las sábanas ó gritooo......

—Mira, muchacha, te advierto que me está faltando la paciencia y concluiré por decirte entre otras cosas que tienes un nombre y un apellido exageradamente ridículos, imposibles, antieufónicos. Sí, observa que no hay un solo consonante que les cuadre bien, y has de saber tú, que el consonante es la armonía, la cadencia, la simpatía del sonido articulado con otro sonido semejante; y para que te convenzas de esto, repara: á Restituta solo le viene bien el consonante Bruta; á Gramajo, escarabajo, espantajo.....cuajo..... eh! eh! eh!

Una carcajada estridente,—y no digo homérica, porque ésta y la espada de Dámocles son comparaciones que se han vulgarizado á fuerza de repetirlas,—fué la contestación de la muchacha; pero bien pronto reaccionó y con gesto agresivo esclamó: bueno, lo demandaré al Juzgado de Paz, por que Vd. se quiere burlar de nosotras y tratarnos con menosprecio, solamente por ser provincianas.

No hables de menosprecio;
Es solo la malicia riberana
Que á Vds. llama gente provinciana;
Cosas propias no más del vulgo nécio.

Todas estas buenas cosas, y otras muchas que no cuento, me sucedian á mí cuando era simple estudiante de Medicina, profesor de contabilidad é historia, y auxiliar de vacuna: pero hoy, ¡qué diferencia! obligado por mi flamante título á renunciar á la mofletuda Carolineta, al juego de la carambola, á mi cátedra en casa de don Angelo y lo que es peor, infinitamente peor, á la administración de la calle de Moreno, son cosas que me han preocupado tres ó cuatro dias por lo ménos y, aun creo que me he envejecido, debiendo advertir que aun en medio de mi desolante situación y sérias cavilaciones, no ha podido distraerme la tarea que tomé como entretenimiento por la cual hice lo menos 50 gallitos de papel, otros tantos barquichuelos y una docena de frailes Gerónimos en actitud de milonga, que por su perfeccion le hubieran podido dar envidia al mismo que los inventó. Pero nada, mi amargura, mi tristeza subieron á tal punto, que llegué á maldecir hasta la hora en que me recibí de médico, pues han de saber Vds. que para vivir como tal, es necesario tener enfermos ó cuando menos tener dinero, y, que yo sepa, no tengo ni lo uno ni lo otro.

En este triste soliloquio me hallaba yó hace unos cuantos dias, cuando una idea peregrina vino

á posarse en mi espíritu y como una dorada mariposa á quemar sus alas en la llama de mi pensamiento: Pedro, Pedrito, Periquito (cuando yo hablo conmigo mismo me trato así) Periquito, eres un muchacho de muchísimo talento, de muchísimos recursos, de muchísimo *aquel*; en las horas supremas de la vida es necesario estudiar á los hombres: no se podrá nunca negar que tienes mas grandes ideas y mas grande imaginación que tu buen amigo Florencio Madero cuando no habia sido todavía Cónsul ni Diputado: tú podrás decir en lo sucesivo, como decía Napoleon antes del primer Imperio: La República Francesa es como el sol, el que no la vea está ciego: el porvenir del Dr. Pedro Pelaez es como la luna llena, todos saben perfectamente que, si no calienta, alumbra.

Despues de algunos instantes de meditación, tomé la pluma y escribí cuatro renglones, que para la mayor parte de los mortales no querían decir absolutamente nada, y sin embargo, ellos eran la base fundamental del porvenir de un hombre, que llegará á ser, no tengan Vds. duda, toda una notabilidad: el escrito decía: "Querido Dn. Angelo: tengo urgencia de verlo, lo esperaré todo el dia."

Media hora mas tarde se presentó mi providencial amigo.

—Bon giorno, caríssimo, me dijo revelando en su faz la espresión benévola que lo caracteriza; ¿mi avete chiamato?

—Sí, mi querido, éntre, siéntese, mi simpático italiano. ¿He dicho italiano? bien, eso quiere decir que es Vd. compatriota del gran Cristóbal Colon, de Galileo, de Donati, Miguel Angel, Ariosto, Silvio Pellico, Savonarola, Benvenuto Cellini, Pico de la Mirándola, Rafael Sanzio, Cherubini, Mercadante y, sobretodo, del mas grande de los italianos habidos y por haber, del legendario y nunca bastante bien ponderado José Garibaldi.

—Eh! che Garibaldi, ni Garibaldi: ma prima di lui stava Mazzini il vero fondatore della giovine Italia e della idea liberale; e ma prima da Mazzini stava Cavour, á chi se dove la prima regenerazione della Patria, e vicino á Cavour era il Ré Vittorio Emmanuel ché secondava patrioticamente tutti gli affari del suo gran Ministro, e ma prima di tutti, era l'Italia tutta é la barbaritá del Papa, é de quello nasone faccia brutta Ferdinando Bomba di Napoli ed altre carogne como lui: eh! che Garibaldi ni Garibaldi, ni accidente.

Esta elocuente explosión de historia política contemporánea, me hizo ver desde luego, que mi amigo Angelo no era muy devoto que digamos,

del señor D. Giusseppe Garibaldi, asi es que continué como si no hubiera dicho tal cosa.

—Bien, quería decir que es Vd. un hombre de muchísimo talento.

—Eh! che talento, ni che diavolo.

—Sí, señor, un hombre de un porvenir sin límites.

—Eh! che avenire, ni che sacramento.

—Vd. llegará á ser el Anchorena de los almaceneros del Plata, un moderno duque de la Galliera, un potentado como Palavicino, un....

—Má, dícame amico, me interrumpió Angelo: cose significa tutto questo discorso é comparazione, cose vuol dire qu' io sono Ducca, qui io sono Anchorena, que io sono Palavicino.

—Significa, modestísimo hombre, significa que Vd. es persona de grandísimos negocios, de importantes especulaciones; lo entiende Vd., de importantes especulaciones, y por eso lo llamo para proponerle una que, desde luego todo me hace confiar en que será aceptada.

Angelo me contemplaba con un aire atónito indescriptible:

—¿Sabrá Vd. que me he recibido de médico?

—Non signor, no lo sapeva, voy siete el primo que mi lo dice.

—Bien, pues, eso no importa; me he recibido y en eso está su gran negocio; lea Vd. esa gaceta.

Angelo desdobló el diario y leyó en alta voz:

« El Dr. Pedro Palaez—Ayer rindió su última prueba ante la Facultad de Ciencias Médicas, este distinguido jóven, cuya contracción y talento le han merecido tantas y tan repetidas felicitaciones por parte de todos los señores Académicos y Profesores de la Escuela.

" El doctor Pelaez ha escrito una brillante Tésis sobre la aplicación oportuna del Bálsamo Hípico; este trabajo, que será muy utilizable en nuestra sociedad, es tambien de altísima importancia para el porvenir rural de la República.

"Felicitamos cordialmente al nuevo profesor, confiados en que lo veremos muy pronto figurar entre nuestras notabilidades médicas.»

—Vi felicito, signor Dottore; vi felicito, egregio professore.

—Gracias, mil y mil veces gracias; ya vé Vd., mi querido amigo, que yo tambien entreveo un gran porvenir; pero la base de esa brillante situación, estriba, está fundada necesariamente en la manera y forma de presentarse, es decir de instalarse: yo necesito, como Vd. comprende, mudarme de casa; me es indispensable presentarme á la sociedad en armonía con mi posición y rango y para todo esto me es necesario un pequeño adelanto de fondos, que estimo en cuatro mil nacionales

mas ó ménos, suma que Vd. me vá á facilitar y que yo amortizaré semestralmente por sextas partes, haciéndolas vencer un interés doble ó triple del corriente en plaza; ya vé, mi amigo, que le propongo un brillante negocio, y por eso lo he preferido.

—Grazie tante, mio carissimo dottore, repuso Angelo, la sola dificoltà stá en che io non tengo denaro.

—¿Qué está Vd. diciendo desgraciado? No provoque Vd. las iras celestes! ¡qué Vd. no tiene dinero! Vaya, pues, no faltaba más! un potentado como Vd., un gran comerciante, un hombre cuya posición le dá títulos á ser, cuando ménos, un banquero de la talla de Carabassa, un hombre de tan excepcionales condiciones que sería capaz de derribar el Banco Nacional con solo proponerse probar que ese establecimiento es una anomalía monstruosa; un hombre....pues no digo nada.....y atreverse á decirme que no tiene dinero!

—Ma non lo tengo, signor, é se lo avessi creda che io non fareva l'operazione che voi mi proponete, perché veramente non mi piace, sia ó non sia buona como voi lo credete; per tanto vi prego di non mi parlar piú mai di questo affare.

—Oh! Sí, que hablaremos; pues ya lo creo que

hablaremos y hablaremos mucho, muchísimo; por que desde luego le anticipo que Vd. no tiene derecho de privar á su familia de los usufructos que puede ofrecerle una operación comercial, y además la ley natural de un comerciante es hacer comercio, y le está vedado por esa misma ley, y sobre todo por las ideas del progreso moderno, encastillarse en la estúpida condición del egoista. El capital es necesario compartirlo, subdividirlo, descentralizarlo, á fin de que sirva á todos y no haya desheredados por una parte y sibaritas por otra; es un principio económico sin réplica: que el capital que se espande, se aumenta y multiplica por el solo hecho del libre curso y del libre cambio; ·y decirme á mí que no tiene dinero!

—Vedo, signor Dottore, per le vostre parole, che voi professate il principio del comunismo.

—Y bien, sí señor, Vd. lo ha dicho; profeso ese principio; pero no lo profeso en el concepto que la mala propaganda ha establecido. Las ideas de Proudhon han sido mal interpretadas, mi querido amigo; la escuela de Fourier no quiere el comunismo brutal que permite arrebatar al que tiene y trabaja lo que ha adquirido por medios honestos y laboriosos; Proudhon y todos los grandes pensadores no pretenden eso; ellos solo quieren impedir que la intemperancia y el egoismo permitan dejar

morir de hambre un hombre ó una familia, mientras que se derrocha en superflüidades los tesoros adquiridos á fuerza de esquilmar al pueblo; ellos solo pretenden evitar, que por medios indirectos, pero siempre réprobos, se le arrebate al ciudadano sus derechos de hombre libre y se desconozca la ley suprema: Libertad, Fraternidad, Igualdad, encadenando al hombre por la tiranía del hambre y las necesidades. Sí, amigo don Angelo; el comunismo, intencionalmente mal interpretado, no tiene por punto objetivo la inmoralidad, sinó el establecimiento de cierto equilibrio social, llevado á cabo por medios humanitarios, y que el trabajo y sudor de la frente del pueblo, no sirva para la radicación de los malos elementos sociales, sinó para el restablecimiento de la caridad bien entendida por una parte, de la libertad por otra, y para combatir el egoismo por todas. Estas son ideas grandes, como todas las ideas de Cristo, proclamadas y difundidas por los verdaderos apóstoles de la filosofía moderna. El comunismo, como se le ha hecho entender á las masas pervertidas, es obra de los malos; el comunismo como idea de regeneración social, es obra de caridad, es cuestión de derecho natural, es cuestión política, religiosa, económica y esencialmente filosófica: él no puede contribuir á la sustentación del vicio, al descono-

cimiento de la moral, á la usurpación de las fortunas, ni al desligamiento de las obligaciones, porque en ese caso sería establecer el imperio del vicio y de la anarquía; él solo pide apoyo, á trueque de trabajo; su reclamo es justo, por que es honrado; su derecho legítimo, porque es humano; su aspiración lógica, porque es cristiana y porque siendo el suicidio un crímen que castigan las leyes divinas y humanas, el pueblo no puede ni debe suicidarse; por fin, y fíjese mi buen amigo en todo esto: el comunismo reclama al hombre por la ley de Dios, lo que el hombre le mega por la ley del diablo. Ahora ya podrá Vd. darse cuenta del por qué yo profeso las ideas que acabo de manifestar.

—Ma! per Dio Sacramento, quanta parola: vi dico signor que non voglio far quello maledetto negozio; vé lo dico y vé lo dico.

—Eso lo dice Vd., lo repite, lo establece; pero no lo digo yo, no lo acepto, no lo quiero, ni lo establezco; qué empeño de hombre en no quererme comprender: ¡caramba! es Vd. mas tenaz que un remordimiento; es Vd. un hombre terrible y terco como una mula mendozina; qué capricho tan extravagante el no querer darse cuenta de ciertas cosas!

—Precisamente perché me do perfetto conto dell'affare, sapete, precisamente per questo, non lo faró,

io non tengo la stessa confidenza che voi al risultato, e credo molto possibile che tutto il capitale e l'interesse si perderanno e che al fine di tutto saró io il Cristo crucifizato.

—Pues bien, yo creo lo mismo, exactamente lo mismo, pero lo creo hipotéticamente, lo creo de una manera condicional: Vd. podrá perder su dinero; qué negocio no ofrece contingencias, esto es sabido; pero un texto apocaliptico ha dicho: ten fé y espera; así pues, inspírese mi amigo, en ese texto y tenga siempre presente que del cúmulo de males que afligen al género humano desde que Pándora y el tonton de su marido Epimetheo, cometieron la barbaridad de abrir la célebre caja, lo único que se salvó, por hallarse en el fondo, fué la esperanza: viva pues tranquilo y espere, que esperar es vivir.

—Bene, signore, addio; il nostro affare e finito, e non voglio udire una parola di piu, in fede di che io mi chiamo Angelo Malatesta.

—¿Cómo! Vd. se llama Malatesta?

—Si signor, Malatesta Angelo, nome di pila e di parentela.

—¡Angelo Malatesta! Vea Vd. que cosa singular: lleva Vd. amigo mio, un apellido tristemente histórico; el apellido de Lanciotto, el iracundo marido de la célebre Francesca de Rimini, tan poe-

tizada por el Dante. Sí, ha de saber Vd., que aquel tremendo caballero, la atravesó de una estocada conjuntamente con el señorito Paolo; pues, segun una crónica de aquellos tiempos, Lancioto se hallaba furioso observando que se tenia un empeño formal en empeorarle su malhadado apellido. Mire, amigo don Angelo, si todos los Malatesta de esta época usaran el proceder de su homónimo, los curas párrocos harían fortunas fabulosas con solo estender boletas de defuncion.

—Eh! che Diavolo mi stá parlando di Malatesta, che non capisco nulla, lasciami amico de milonghería perché tanta comparazione e tanta parola mi fá fervere l'anima in sangue.

—Cuando yo he dicho que es Vd. un hombre de muchisimo talento, sabía perfectamente lo que decía. Sin quererlo acaba de pronunciar una sentencia de Aristóteles, una verdad de la ciencia; pero que si la oyera el señor Arzobispo, lo escomulgaría á Vd. sin pararse en pelillos «Mi fá fervere l'anima in sangue» he ahí condensado el pensamiento del gran filósofo en una fórmula mas sencilla, puesto que aquel la espresó en estos términos: "Sanguis nempe instar laris familiaris est anima ipsa in corpore et semper cuandiu vita servatur, sanguis unus animatur et fervet". Lo mismo, exactamente lo mismo que dijo usted.

—Oh! signor, questo é insoportabile: io diventeró matto in forza di udire tanta barbaritá, perché non contento de Malatesta, de Lanciotto e di tanta carogneria, adesso mi parla in latino, e mi dice ché io sono filosofo. Me nevado, signor, addio!

—Un momento; las cosas no pueden quedar así: Vd. tiene que facilitarme ese dinero y yo le prometo que no lo perderá; desde luego ha de saber que ya he sido solicitado para asistir de parto á la señora viuda de Berresford; esa sola asistencia me producirá seiscientos nacionales: El gerente del Hambourg and River Plate Bank Limited, está empeñado en que le saque unos tremendos pólipos nasales, que lo hacen estornudar mas de quinientas veces cada dia: ahí tiene Vd. que me ganaré mil nacionales: Su compatriota el sastre Ercole Perrochetti me ha tomado como médico.

—Non guadagnerete molto con quelo carrogna, e mi piacerebbe molto che lo ammazzase á la prima cura.

—Despues, he sido solicitado como médico de una compañia de seguros marítimos, para certificar sobre los que se ahoguen en alta mar; y, por fin mi amigo, yo lo asistiré á Vd. y á toda su familia sin remuneración.

—Eh! nella mia casa, tutti sono sani e io lo stesso.

—¡Vd. hombre sano! vea señor que gran aberración: Vd. hombre sano! Conocete á ti mismo; ha dicho la Escritura, amigo Angelo, Vd. está enfermo, no tenga duda que lo está y lo peor es que desgraciadamente lo ignora: á Vd. le huele mal un ojo y la nariz; hace ya tiempo que yo me había apercibido de eso.

—¿Che á me me huelc un oco?

—Sí, señor, le huele; no tenga Vd. duda que le huele: Vd. padece una conjuntivitis flictenular, ó flictenocular, como dice el sábio Doctor Roberto; la causa de esta dolencia no se pierde, como otras muchas, en el dédalo confuso de las etiolojías; ella está fácilmente al alcance del clínico; pues, sino hay una influencia diatésica, tiene que referirse necesariamente á condiciones tópicas, ya por influencias atmosféricas, ya por corpúsculos extraños, ya, en fin, por defecto de los anexos á la visión: sus cejas y sus pestañas, amigo mio, no ofrecen las condiciones necesarias para el ejercicio á que están destinadas: en primer lugar, ha de saber Vd. que las primeras tienen por objeto disminuir la violenta influencia de la luz directa ó refleja que cae sobre el globo ocular, absorven el exceso de rayos luminosos, los desvian y, por medio de sus movimientos, unidos al de los párpados, los hacen converger á un punto dado. Las pestañas,

¿crée Vd. que las pestañas son unos pelos colocados al acaso, sobre el borde palpebral? ¡Ignorancia de las ignorancias, vanitas vanitatum, tapaos los ojos! Las pestañas sirven, y Vd. ni siquiera lo había sospechado, sirven, además de los usos ya indicados de las cejas, para evitar que los cuerpos extraños penetren en el ojo y ofendan la delicada función de la vista; de manera, pues, que no teniendo sus pestañas y cejas las condiciones fisiológicas indispensables, tienen que sobrevenir alteraciones de la secreción conjuntival, que concretándose y acumulándose en los ángulos interpalpebrales, experimenta una especie de fermentación y dá por resultado el mal olor que ya le he indicado; algo semejante, que se origina de la misma causa, le pasa á la nariz.

—Má, dícame, per la sangue de la Madonna, cuanta sonseria che Vd. me ha contao: che mi importa á yo di esa malattia, si me sento buono, forte, e nulla me fá nulla.

—Angelo, lo curaré, lo curaré y no se preocupe de honorarios, ahora, luego, mañana, nunca.

La batalla fué ganada; el excelente italiano me prestó, nada ménos, que dos mil nacionales, y el horizonte mio se coloreó de púrpura y grana.

PROPOSITOS

CAPÍTULO II

Era necesario no perder tiempo, la instalación se imponía como condición indispensable, así es que me lancé á la calle sin preocuparme de barrio, pues confiaba siempre en mi buena estrella. Al pasar por la calle de Salta, veo en unas ventanas un papel que tenía escrito el clásico aviso: «se alquilan para hombres solos»; esta fórmula, al decir de una muchacha amiga mia muy espiritual, solo se encuentra en el corazón de las mujeres y en las ventanas de las casas: al instante de llamar á la puerta, salían las dueñas acompañando unas visitas que se despedían.

Eran las tales dueñas, tres jóvenes solteras, que la que ménos rayaba en cincuenta años; vestían irreprochablemente unos trajes que bien hubieran podido servir de modelo á un polichinela, y llevaban sus cabezas tan originalmente adornadas, que no puedo resistir á la tentación de describirlas; la primera, usaba una peluca color caramelo y una cofia ciruela, con adornos azul marino; la segunda llevaba peluca negra retinta, cofia color gamuza y adornos rosa; la tercera, por fin, tenía

teñido el pelo color vesuvio y llevaba un adorno negro con flores amarillas, que le caían sobre la frente.

—Beso á Vd. las manos, caballero, dijeron á un mismo tiempo las tres viejas, ¿qué se le ofrece á Vd?

—He visto, señoras, que se alquilan unas piezas y....

—Si señor, para hombres solos.

—Es precisamente por eso que venía.

—Ah! son para Vd?

—Sí, señora.

—Muy lindas piezas, dijo la de la peluca negra; empapeladas, entabladas.... Con gas y aguas corrientes, agregó la vesuvio. Tramway á la puerta, dijo la tercera. Muy lindo barrio y una casa muy decente, volvió á decir la primera, evidentemente contrariada, de que sus hermanas la hubieran interrumpido.

—Sí, señora, repuse yo, veo que me convienen y solo deseo saber las condiciones.

—Ah! eso es poca cosa: ¿en qué se ocupa Vd? Es comerciante, ingeniero, corredor?

—Soy médico, señora.

—Médico! y tan jóven! Oh! son unas piezas como mandadas hacer para un médico; despues, nosotras tenemos una negrita muy ladina, que servirá

perfectamente para recibir los avisos y una mujer muy formal que nos sirve desde que éramos niñas, que podrá acomodar las habitaciones ...... de modo, pues, que por ser Vd. médico y tener una apariencia tan simpática, seremos muy equitativas. Por otra parte, es mucha nuestra satisfacción de poder contar con un médico en casa; sí, crea Vd., jóven, que concluiremos por ser muy buenos amigos; y me miraba la vieja con una intención como la que debia tener aquella mujer que enviaba Satanás para tentar á San Antonio.

Pero, señor, mire que hemos estado impolíticas: pase Vd. adelante, tome asiento, continuó la condenada vesubio y se sentó á mi lado; despues agregó: Desde luego contamos como un hecho que Vd. se instalará en casa; ya verá Vd. como lo pasamos bien. Nosotras todos los inviernos formamos una tertulia de lotería á la que concurren muchas amigas y cuando llueve jugamos á la brisca. Oh! no se puede Vd. imaginar lo que nos reimos de Lucrecia (Lucrecia era la de la peluca negra) es una cosa graciosísima, porque figúrese Vd. que esta muchacha.....

—Muchacha! *Nec nos inducas in tentationem*.

—Figúrese Vd. que no sabe hacer la guiñada de la sota, de manera que hace unos gestos, ji, ji. ji, ji, que nos hace descostillar de risa.

—Despues, continuó la de la peluca negra: Ambrosina (Ambrosina era el nombre de otra de las viejas) se pone furiosa cuando le damos calilla y entonces se arma una algazara! Jesús, si es cosa de *perecerse* de risa....yá verá Vd. como nos divertimos.

Algunas veces, sobre todo cuando vienen amigas, solemos bailar unas con otras, de manera, que estando Vd. en casa va á ser el niño mimado, el disputado por todas....

¡Que te lleven cincuenta mil demonios, vieja charlatana, estás peor que yo con Don Angelo!

—Bueno, señoras, continué, estoy complacido de cuanto me cuentan Vds. y ahora solo deseo saber el precio que Vds. piden...

—Mire Vd: nosotras ante todo nos fijamos en la calidad de las personas: hemos desechado muchos *arquilinos* porque la distinción. oh! la distinción de las personas vale todo y en esto, hemos hecho lo mismo que para aceptar marido, creemos que es preferible esperar, antes que embarcarse con el primer venido.

— Señor, mis hermanas son solteras, yo soy viuda,—dijo la vieja, que me miraba intencionalmente,—y mi marido fué todo un hombre, que se parecía mucho á Vd.; tan lindo, tan bizarro.

—De manera, pues, que contamos con Vd., repi-

tió la llamada Ambrosina y esperamos que venga hoy mismo; mire Vd. que si falta no lo vamos á tratar bien; que bonito mozo! tienes razon, Elena, se parece á tu marido.

—Señoras: yo estoy muy satisfecho del modo familiar y amable con que Vds. me tratan, pero me permitiré rogarles, ante todo, que sean complacientes y quieran indicarme el precio que deben Vds. poner á las habitaciones.

—Qué fino, qué modo tan delicado para espresarse!...... Señor, á cualquier otro, que no fuera Vd., le pediriamos ciento ochenta pesos; pero Vd. se nos impone de una manera tal, que se las dejaremos en ciento cincuenta......

—Muy lindas piezas, volvió á decir la vesuvio.

—Entabladas, con aguas corrientes, gas, tramway, interrumpí yó, pues me estaba faltando la paciencia. .. acepto, y mañana mismo me instalo; entretanto, debo felicitarme de que la oportunidad me haya favorecido tan lisonjeramente: [señorita Ambrosina, señorita Elena, señorita Lucrecia, á los piés de ustedes.

—Bueno: nuestro querido amigo, hasta mañana temprano eh!

—Sí, señora, temprano............ Beso á Vds. las manos.

—Adios! otra vez.

—Ah! ah! ahl se nos olvidaba un requísito, esclamaron casi á un tiempo las tres viejas.

—Diablos! que requísito será ese.

—Ha de saber Vd., dijo la de la peluca negra, que nosotras... no es por desconfianza, sinó.... pues .... por.... en fin, Vd. comprenderá; nosotras no podemos alquilar unas piezas tan lindas sin la seguridad ... es decir.... una fianza.... esto no debe ser ofensivo para Vd. porque todo el mundo lo hace.... así, si una persona conocida y á nuestra satisfacción, se compromete....... entonces. .... no tenemos nada mas que decir.

—¿Conocen Vds. á D. Angelo Malatesta? si lo conocen este sería el fiador.

—Ah, por supuesto, con ese nos basta, señor; con que así, traiga el documento, venga temprano y lo convidaremos con mate.

—Hasta la vista.

—Ah! señor, una palabra; que cabezas las nuestras tan desgraciadas; figúrese Vd. que se nos olvidaba la cosa mas importante. ¿Toca Vd. la flauta?

—No señora, no toco la flauta.

—Ay! que felicidad, que suerte, que no toque Vd. ese instrumento: porque si Vd. la tocase, nos hubiéramos visto obligadas á no alquilarle las ha.

bitaciones, pues ha de saber, señor, que nosotras detestamos la flauta.

—Pues bien, señora; yo no solo no la toco, sinó que ni siquiera me gusta el clarinete, que parece que hoy se halla muy en boga.

—Bien, pues, entonces, desde que Vd. no toca la flauta, no tenemos nada mas que hablar; adios y hasta mañana temprano.... no se olvide de D. Angelo.

—No, señora, adios!

—Psi, psi, psi, oiga doctor, doctor, un momento.

—¿Qué nueva cosa se les ocurrirá á estas abominables viejas.?

—Venga, señor; mire que estamos hoy fatales, todo se nos olvida.. doctor ¿tiene Vd. perros?

—No señora; me pasa lo que á Vds. con la flauta: los detesto!

—¡Qué satisfacción, señor, qué satisfacción nos dá Vd.; porque la verdad es, que si Vd. hubiera tenido perros, nos hubiéramos visto privadas de su buena y simpática compañia: porque Vd. debe hacerse cargo, nosotros tenemos una perrita....De manera que; perros y perras, continué yo, concluirian por hacer una perrada!

—¡Qué hombre tan gracioso; lo esperamos mañana temprano!

—Adios, señoras!

Salí casi corriendo, y con temor de que las raras exigencias no hubieran terminado, y que aquellas condenadas viejas, escapadas de la caldera de Pedro Botero, volvieran á sitiarme: uf!....Ambrosina.... ¿han visto Vds. un nombre mas anticuado? En la novela Saint-Clair de las Islas, que creo fué escrita hace cien mil años, lo llevaba la señorita de Kintail; y la Lucrecia? ah! ah! lo que es esta, no ha de encontrar un temerario Tarquino en el resto de su vida.... y qué me dicen Vds. de la *Viuda* de Páris? no hay miedo, nó, que se produzca una nueva guerra Troyana....Casi, casi estoy por renunciar á las piezas, pues entreveo que las brujas no me van á dejar en paz, y es ahora precisamente que yo necesito estar tranquilo, ser dueño de mí mismo y hallarme en condiciones de poder bordar el canavá de mi pensamiento; en fin, ya dan principio las contrariedades, pero por lo mismo es preciso crear, es preciso vivir: adelante!

La ley física, por la cual se sabe que el frote de los cuerpos desarrolla calórico, que éste produce la ignición y de la ignición surge la luz, es aplicable á la esfera de nuestra vida intelectual, de nuestros pensamientos; ellos se chocan al impulso de los estímulos, se multiplican, acumulan, repercuten, y de ese contínuo movimiento viene

el calor y se encienden las ideas: mi cabeza hierve; es preciso indagar .... indaguemos.... Médico, casi sin recursos, pero al corriente del movimiento científico, con ideas própias y sobre todo con el convencimiento profundo de que *ignoro mucho*, ¿á dónde voy, qué debo hacer? qué ha hecho tanto imbécil que goza de espectabilidad y de reputación? ¿De qué medio se han valido esas cabezas de corcho, esos microcéfalos? hé ahí lo que es necesario averiguar.... adelante, indaguemos.

Yo sé que el mundo de las ideas tiene extensos, vastos horizontes; sé tambien que la nebulosa empaña, oscurece, vela frecuentemente el *mas allá*; sé, por fin, que la duda envuelve al espíritu en los variados pliegues de la sombra y sé que, á veces, tenemos nuestro punto de apoyo en esa línea confusa....indivisible, que separa la luz de las tinieblas.... adelante, ¿qué conseguiremos? no lo sé; quizá una sarcástica carcajada, quizá una burla sangrienta; pero quizá, tambien, se pueda ver la luna de ese espejo, donde se retrata esa emanación podrida que dá pávulo á todo lo innoble... la mentira con sus variados matices ó antifaces!

Pedrito, estás filosofando, y eso está fuera de tu carácter, sobre todo hoy que la filosofía es

del dominio casi exclusivo de las nulidades sérias. No, señor, no te preocupes sinó de lo que te conviene: para qué romperse la cabeza? Mira, Pedrito, acuérdate del doctor N......que es un animal; ese, nunca ha pensado, absolutamente nunca, y sin embargo, hay quien lo llama «distinguido médico»; preocúpate, pues, de consagrarte á una *Especialidad*; preocúpate de eso, y vamos adelante.

Pues, señor, está resuelto: voy á ver si consigo ser *Especialista*. ¿Cuál especialismo me conviene? Véamos, empecemos.

LA OFTALMOLOGÍA

Hum.... hum....esta especialidad tiene muy sérios inconvenientes, y por otra parte, cualquier dia vá á caer en descrédito: figúrense Vds., mis queridos lectores, que el Dr. Melendez se ha dejado decir, que desde que hay especialistas en las enfermedades de los ojos, se ha aumentado extraordinariamente el número de locos; y esto lo repite con una frescura que dá gusto, ó dá

miedo. En efecto: yo me acuerdo que concurriendo á las clases que nos daba en el Hospicio de las Mercedes el referido profesor, nos decía: aquí tienen Vds. este desgraciado: tenía nictalopia; esto lo preocupó tanto que llegó á suponer que él era un gato degenerado; ahí tienen ya el principio de la vesania, de la perversión; se llama, ó quiere llamarse gato degenerado, porque, segun las doctrinas de Darwin, esto es lo que le correspondería. El Dr. Melendez es un tremendo Darwinista; para él, el padre Mono es la esencia de la humanidad: verdad es que en este órden de ideas, lo acompaña mucho el Dr. Roberts, quién, como se sabe, en cuestiones de homología, es toda una notabilidad.

No me conviene la Oftalmología: es verdad que ella engendra un negocio, que no es para desecharse, como veremos luego. Me acuerdo bien que un dia, el muy travieso del Dr. Wilde decía: Las enfermedades de los ojos, se dividen en dos secciones distintas; enfermedades externas que las curan los especialistas y los que no lo son, y enfermedades internas que no las curan los especialistas ni los que no lo son: queda pues reducido el especialismo á hacer ciegos; entonces, el negocio mejor, es educar perritos, porque desde luego, no se ignora que los perros son excelen-

tes lazarillos. Desecho, pues, la Oftalmología, la desecho, y ahora vamos á ver qué otra especialidad puede convenirme.

LA GINECOLOGÍA

—

Hoy, á no dudarlo, es la especialidad que más produce; pero á este respecto, oigan Vds. lo que me decía hace poco tiempo un catedrático algo viejo y medio burlon: —

—El recato, puede decirse que ha desaparecido en las mujeres de hoy: antiguamente, cuando una señora llegaba á padecer alguna de esas enfermedades propias de su sexo, llamaba con mucha reserva á su médico; todo se envolvía en el mayor misterio; sucedía que una buena parte de los miembros de la familia ignoraban que había un enfermo en la casa; cuando más, alguna de aquellas antiguas mulatas sirvientas de confianza ó alguna vasca de las de cal y canto, estaban en posesión del secreto: el dia de la curación, ó de la visita médica, se hacía salir, pretestando cualquier motivo, á la mayor parte de las

personas, sobre todo á las señoritas: las vecinas y las amigas mas íntimas, no solo no sabían nada, sinó que ni siquiera lo sospechaban; habría tal vez exageración en todo esto, pero el pudor estaba sobre toda otra consideración, y todos respetaban ese gran precepto que deriva de la mas alta moralidad. Las cosas han cambiado, y con la moderna civilización, hoy, muy léjos de ocultar, se hace gala de esos padecimientos; por el hecho de ser fenómenos naturales, se abusa del *naturalismo*; la mujer ha perdido hasta la mas ligera noción de lo que debe á su pudor, cuenta sus padecimientos á todo aquel que los quiere oir; hace sus apreciaciones sobre las causas; ni siquiera oculta lo asqueroso; no hay amiga ó conocida que no esté en posesión de sus mas grandes secretos; van á casa de los *especialistas*, se reunen allí varias en conjunto ó consorcio íntimo, esperan su turno; las curaciones duran meses, años; pero ellas están muy satisfechas y siempre dicen que se hallan mejor; los excelentes maridos, las excelentes tias, hermanas ó madres, son otras tantas cornetas de la fama: mientras mas tienen que esperar, mas se comadrea, y mas alusiones picantes se hacen. Antes se buscaban los médicos viejos, hoy al contrario, cuanto mas jóven es el doctor, mas clientes tiene, mas crédito alcanza; acaso esto de-

penda de que los viejos no ven *tanto* como los jóvenes, sobre todo esos jóvenes que han llegado á imponerse *porque sí*; y además *del porque sí*, por la manera especial de hacer su clínica; es decir, su exámen en otras enfermedades que no son precisamente las de determinada región. Por supuesto, si es una señora, y mucho mas si es jóven, la primera operación es estirarla en la cama; luego se la levanta la camisa, es necesario ver si hay simetría ó asimetría en el vientre, en el pecho; se repite lo mismo en la región de los riñones; despues viene el tacto, al tacto se suceden las presiones; se las mete la mano por arriba, por abajo; se las estruja, se las apreta, se las amasa; llega en seguida la percusión metódica, y acto contínuo se procede á la auscultación; entonces se ausculta el vientre de abajo arriba y el pecho de arriba abajo; en el exceso de los reconocimientos se suele ir hasta oler; y la vista no es por cierto la menos impresionada; por supuesto, en el órden de tales y tan interesantes investigaciones se llevan á cabo otros indispensables procedimientos; actos que complementan, si así puede llamarse, el severo exámen clínico; la operación es sencilla, ella consiste simplemente en apreciar el estado de los reflejos; con ese objeto se golpea con el borde de la mano, ó con un objeto cualquiera, la parte ante-

rior de las piernas, por debajo de la rodilla, á esta operación se le llama apreciar el reflejo rotuliano; viene acto contínuo la investigación del reflejo plantar, y para procurar éste, se practican repetidas cosquillas en las plantas de los piés; por fin, el médico entendido en esto, los busca por todas partes: por consiguiente, tales procedimientos revelan al médico observador, al médico moderno que procura, en todo caso, la causa remota, la causa refleja, y aquel que no sigue esta práctica, aquel que no se inspira en estas ideas, debe ser un adocenado, un ignorante, que no tiene ni siquiera la noción de cómo se estudia un enfermo.

Pero vea, vea Vd. jóven, agregaba el implacable doctor, si Vd., toma la medicina por negocio, no puede elegir un especialísmo mas útil para su bolsillo; ese especialismo tiene la singular ventaja que por mas tiempo que dure la asistencia no hay miedo de que falte la paciencia á la paciente; quizá se fastidiaria si no se curara pronto de otra cosa, pero no hay ejemplo de que se cansen de lo que ellas y los suyos llaman su *enfermedad*. Así, si el médico viene á la casa, no bien ha concluido sus operaciones, cuando empiezan las preguntas de los deudos ó de los allegados ¿Qué tiene Fulanita? Fulanita, señor, dice gravemente el médico, tiene una Salpingitis, ¿Una salpingitis? Si, señor, y el

marido, hermano ó primo repite, una salpingitis; la sirvienta de adentro exclama tambien, una salpingitis y esta palabra es repetida por el portero, el sirviente del comedor y el boticario de la esquina, pues él tambien ha sabido que la señora tiene esa enfermedad. ¿Cómo quiere Vd., amigo, que se cure rápidamente esa dolencia?........ Suele suceder que la tal dolencia no existe, que se ha tomado el rábano por las hojas; pero, como lo ha dicho el especialista, y este es una notabilidad, queda en la conciencia pública que si la señora no se cura pronto, es porque tiene una.... una....una, ya sabe Vd. lo que tiene. Ahora, despues de lo que Vd. acaba de oir, comprenderá cuanto conviene, á un jóven como Vd., ser un ginecologista.

Las palabras del viejo aquel tenían mucho de sarcásticas y por ellas he llegado á pensar que no me conviene ese especialismo: por otra parte, él está ya absorvido y entreveo que mis únicas clientas, han de ser Carolinetta ó la señorita Restituta, lo que no me haría ninguna gracia. Pedro, busca otro especialismo, porque con éste no irás muy adelante; ahí tienes ya al que puedes consagrarte, quizás con mas éxito:

LOS PARTOS

—

Diablos!! esta es una especialidad que tiene muchos puntos de contacto con la Ginecología; no le contaré al señor académico que he pensado en ella, nó; me parece que el buen doctor ha estado exagerando las cosas: las investigaciones son absolutamente necesarias y solo su abuso puede ser criticable; pero, en fin, vamos á pensar concienzudamente, si me conviene ser Partero. Desde luego, si los partos se presentan bien, si son naturales, el médico no tiene que temer, y poco, muy poco, debe preocuparle esa función: ahora, si el parto es laborioso, si es distósico, las responsabilidades son infinitas; por lo pronto, es necesario tener mucha práctica, es cuestión de competencia; un error, una mala apreciación, una manipulación indebida, una espera demasiado larga, ó una precipitación brusca, pueden originar grandes disturbios, fatales accidentes; ¡caramba! dejar por incompetencia huérfana una familia, es asunto muy sério y, sin embargo, cuanto médico anda por ahí

consagrado á los partos, sin otra preparación que la que adquirió en el maniquí. Estoy por pensar que en todas estas cosas la suerte, la buena estrella de los hombres, entra por mucho, y que los hechos locales y los artículos de los diarios contribuyen no poco al establecimiento de sus reputaciones: ¿Qué control tienen los errores, sobre todo cuando ellos son cometidos por esas notabilidades que todo lo saben, que sirven para todo, sin que, no obstante, hayan demostrado jamás esa competencia que ellos mismos se asignan, ó mejor dicho, le disciernen algunos amigos?

Estoy por creer que no me conviene esa *especialidad;* despues se pasan muy malas noches. Hace tiempo que me pregunto: porqué sucede que casi todos los partos tienen lugar cuando la señora esposa de Erebo *(Mitología pura)* tiende su estrellado manto por el firmamento: ¿la clasificación de alumbramiento se ha hecho, porque naciendo el hombre sin luz es necesario que algo alumbre? Verdad es que esto no es aplicable á los que nacen de dia: me pierdo, pues, en conjeturas y no me puedo dar cuenta de la razón que se ha tenido para llamar alumbramiento al parto. Tengo, por otra parte, otras razones para no optar por tal especialismo: me acuerdo que en mi último exámen médico, pasé un rato bien desagradable; presidía

la mesa examinadora el simpático viejo Gonzalez Catan; de pronto me pregunta: ¿que cuidados requiere una mujer despues del parto? le anticipo á Vd. que me refiero al parto natural.

—Señor, contesté; despues que se le ha cambiado la ropa, prévio lavado con agua tibia, despues que el médico se ha persuadido que no hay razón para temer un accidente, hemorragias, etc., etc., nada hay que hacer sino cuidar la dietética y evitar todo aquello que pueda estimular el sistema nervioso.

—Perfectamente, contestó; ¿y despues?

—Despues, al dia siguiente, es necesario hacer inyecciones fenicadas, bicloruradas, es necesario...

—¡Qué está Vd. diciendo! me interrumpió el profesor, lanzándome una mirada osca y dándole á su voz, generalmente dulce, una entonación inusitada. ¿Qué está Vd. diciendo, agregó atusándose el bigote, acto que en él revela un gran derroche de irritabilidad. Qué! ¿le quiere Vd. enmendar la plana á la naturaleza? pues no faltaba mas: conque inyecciones fenicadas ó bicloruradas, eh? y ¿para qué? el alumbramiento ha sido natural y como toda función fisiológica, no precisa, no le es necesaria la ayuda de nadie; si hubiera sido el parto laborioso, si se hubiese llevado á cabo una operación, ó muy repetidas manipulaciones, si los productos

loquiales fueran fétidos ó alterados, quizás esos lavajes tuvieran alguna indicación; pero cuando nada de eso ha sucedido, léjos de ser útiles esas inyecciones, son perjudiciales, y hasta puede agregarse peligrosas; si, señor, hasta peligrosas; pues ha de saber Vd. que muchas de esas fiebres puerperales que tanto afligen á las familias (porque hasta las familias saben lo que es eso) muchas de esas fiebres, repito, reconocen por causa las tales inyecciones y hasta muchas embolias y muertes casi repentinas. En la campaña, en la clase pobre, no se emplean los tales geringatorios; las señoras vivían antes sin ellos, y eran la excepción los casos de sobreparto; además, tenga presente, caballero, que si en teoría se puede tolerar que Vds. digan muchas cosas, de ninguna manera se les puede permitir que las practiquen. Yo sé, señor, que estas son las consecuencias de las doctrinas microbianas, pero es preciso que entienda Vd., que aun aceptando esas doctrinas, el hecho de las inyecciones como factor de muerte ó de enfermedad, no queda destruido; hace muy poco murió una interesante niña que había librado admirablemente bien, por el hecho de las tales inyecciones; tenga presente, amigo mio, estas ideas; y no olvide Vd. que se las dá un hombre que ha vivido siempre estudiando, no solo en las obras de su biblioteca, sinó en ese gran li-

bro de la naturaleza que se llama enfermo, del que cada volúmen ofrece una nueva enseñanza, una nueva fórmula, sin tener que recurrir á los bichos.

Debo declarar, con toda franqueza, que las palabras de mi simpático profesor, llevaron el convencimiento á mi espíritu, y comprendí desde luego que me estaba diciendo una gran verdad; sin embargo me hallaba emocionado y mi emoción llegó á convertirse en un verdadero terror cuando pude percibir la acción del doctor Leopoldo Montes de Oca que llevó bruscamente la mano al bolsillo del pantalón, donde aloja un rewólver de nueve milímetros, al que acarició mirándome en seguida fijamente y poniéndose vizco.

Despues que me repuse un tanto, pude contestar algunas otras preguntas, pero estaba escrito que tenía que recibir otro chubasco.

—Dígame, señor, continuó mi tremendo examinador, ¿cuántos dias, mas ó ménos, dejaria Vd. en la cama á la parturienta?

—Señor, cuatro ó cinco semanas, si no ha habido gran labor en el alumbramiento.

—¿Porqué no la deja Vd. cuatro ó cinco meses, ó cuatro ó cinco años? Pero, señor, si las cosas han continuado bien, si los órganos todos han vuelto á sus condiciones normales, por qué ese exceso de

quietud y de cuidados. ¿Crée Vd., por ventura, que las funciones generales no se resienten y no llegan á esperimentar una especie de marasmo por el solo hecho de condenarlas á algo que no es natural? Vamos; veo que la moda, mas que la ciencia, mas que el buen criterio, es lo que quiere dominar hoy; y todo por que se diga: el doctor N., que es un gran especialista en partos, ha aconsejado eso; señor, no quiero clasificar ese proceder, pero sí me aventurara á ello, creo que sería muy severo.

Con estas filípicas adelantadas no me encuentro muy dispuesto que digamos, á pronunciarme por el especialismo de la Obstetricia; nó, no quiero ser tocólogo, preferiré cualquier otro ramo de la medicina.

LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS DE LA MUGER

—

Vamos, analicemos; he ahí un grupo de afectos que no creo bastante explotado; pero no, *va de retro*, no; nunca, nunca, porque es una abominable especialidad. Figúrense, mis queridos lectores,

que un dia, no hace mucho, fuí á la casa del excelente doctor Herrera Vegas, para que me prestase un libro; el pobre doctor estaba en la cama con una fiebre de 41o, porque había pasado (segun me dijo) toda la noche atendiendo una nerviosa histérica. Vds. conocen, sin duda, la mansedumbre evangélica de este buen señor; figúrense, pues, como estaría, á donde alcanzaría su exhaltación, cuando me dijo: Desgraciado de Vd. si en el ejercicio de la medicina llega á tener que asistir las mujeres nerviosas; la única ventaja que esas asistencias pueden ofrecerle, si es Vd. creyente, es un purgatorio anticipado, el eterno cilicio que lo ha de colocar en mejores términos para salvar su alma; sabe Vd., señor, lo que es una mujer nerviosa que ha puesto su pié bajo el dintel de la histeria? Se lo diré, es una calamidad social. Cuando, en los tiempos de Faraon, agregó, quizo Dios castigar la impiedad, mandó las siete plagas de Egipto, y debió estar muy preocupado entonces de ese asunto, puesto que se olvidó de la octava que la constituyen las mujeres nerviosas y nos las ha enviado ahora, como una manifestación de su ira y un castigo á nuestra irreverencia y al olvido de lo que le debemos. Sí, señor, las mujeres nerviosas tienen el derecho de optar el primer premio entre los séres incómodos, y si se llegase á ofrecer

una Exposición Universal de cosas abominables serían allí lo más perfectos ejemplares.

Es una cosa particular, me decía el Dr.; aún me parece que la oigo todavía: —Sr. Dr., decía, ayer me subía una cosa por aquí, y me bajaba por acá.

—No haga Vd. caso de eso, señora, son aureas nérveas, epífeno-menales.

—No, señor; que auras ni que golondrinas! me sube y me baja; demasiado sé yo eso; y, acto contínuo le vino un temblor, prorumpió en una gran carcajada que tenía algo de aterradora; se produjo un movimiento convulsivo de la faz, hizo cuatro, morisquetas y rataplan! al suelo; el éther, el amoniaco á las narices, agua de colonia al corazón, sinapismos volantes, masages, el diablo; vinieron pronto las convulsiones clónicas y luego la inercia, con pérdida absoluta de sus facultades; todo esto era gráfico; todo, si se quiere, pintoresco, pero, sin embargo, bastante desagradable. Estas manifestaciones, continuaba el doctor, no son sinó una ligera sombra, comparada á lo que las tales nerviosas suelen ofrecer. Vienen los mareos, las genialidades, las aprensiones; no hay enfermedad que no padezcan; suelen dormir como unas bienaventuradas y protestan y juran que no han cerrado los ojos en toda la noche; la cuestión de las digestiones no es la que ménos lugar ocupa en el

cuadro: borborismos, ánsias, ágrios, ardores, eruptos nidorosos, y regurgitaciones ácidas, que son traducidas por bílis, les ofrecen á todo instante un motivo para una espresión de agravios que tiene que oir pacientemente el médico. La maldita cabeza no deja de dolerles, luego sobreviene la hiperquenesis, latidos tumultuosos del corazón y hasta de las arterias: todo esto, como es natural, las preocupa mucho y si ellas andan en ese calvario, el médico tiene necesariamente que ser el Simon Cireneo. Por fin, las tales mujeres, tienen extravagancias comprometedoras, y un génio, un geniecito como para hacerle cantar una romanza al Prior de San Francisco, que es uno de los hombres más sérios que yo he visto.

No vaya Vd. á creer, señor Pelaez, continuó el doctor Herrera, que la enumeración de los hechos que he señalado, son una ficción de la naturaleza; no señor, esos actos insólitos son la expresión genuina de una enfermedad cuyos disturbios entretienen un desequilibrio; es decir, una falta de sinergia que rompe la relación armónica y perturba, como es consiguiente las funciones; evidentemente hay una anemia del sistema nervioso y esta anemia es la generadora del variado proceso. Decir, como vulgarmente se asevera, que no es nada, es repetir un absurdo y nada más.

No se puede negar, sinembargo, que se suele abusar de los nervios para hacer muchas bellaquerías, pero eso tiene su panacea y al médico entendido, sabiendo á que atenerse, no le ha de faltar nunca el medio de conjurar la farsa.

Pedro, huye de las neurópatas, porque si te consagras á ellas concluirás seguramente por ser tambien neuropático!

LAS ENFERMEDADES DE LOS NIÑOS

—

Quizás eso te convenga; pero, ante todo, vamos á ver si tienes condiciones para ese especialismo.

Desde luego empiezo á creer que no tengo tales condiciones, y lo creo porque lo que más se necesita para atender esos enfermos es paciencia; paciencia, esa gran virtud social que todos proclamamos y aconsejamos y tan poco se practica; despues, yo ódio á todos los niños en general y particularmente al de mi vecina de cuarto, que tiene un nene gritón como un condenado y por el cual casi me reprobaron en el último exámen.

Preciso es confesar que para ser médico de ni-

ños hay necesidad de haber seguido antes un curso de tolerancia; y digo esto, no solo por lo que se relaciona con el paciente, sinó por lo que se tiene que bregar con las madres, las tias y toda la innumerable parentela, en la que no hay uno solo que no quiera, en determinadas circunstancias, echar su cuarto de espadas, es decir, dar su dictámen ó hacer sus apreciaciones; y sinó, veamos:

La madre, como es natural, empieza por exagerar la infinita bondad de su chiquito, aunque sea un chillón endemoniado: despues el médico está obligado á tenerlo siempre gordo (lleno de roscas) para que diga la gente que es hermoso; además, se está obligado á oir todas las sandeces de la abuela que por el simple hecho de haber tenido seis hijos, establece condiciones de competencia y hay necesariamente que escucharlas, que atenderlas. Oh! señor doctor, dice: Vd. no conoce la excelencia de la orchata del duraznillo blanco, ni las lavativas de lo mismo, no se dá cuenta de la importancia del emplasto de cebollas para el empacho; la eficacia de un huevo frito en agua de azahar, ni la conveniencia del incienso mezclado con aguardiente ó caña; vea señor: si se pega, no tenga Vd. duda que el niño está empachado; pero, resulta que como siempre se pega, ellas salen con la suya. Si el enfermo se muere, el médico no aplicó opor-

tunamente el emplasto, pero si se cura, los remedios de la abuela lo salvaron.

Llega en seguida el capítulo lombrices. ¡Qué no se cuenta de las lombrices! Mire, señor, este niño es muy amigo de comer azúcar, siempre se está metiendo los dedos en la nariz.

—Señora, cuando yo era chico, no solo me metía los dedos sinó que hacía otras cosas inconvenientes.

—No come nada: todo el dia está con el zoquete de pan en la boca.

—Pero, si todo el día está comiendo pan, ¿qué demonio de apetito quiere Vd. que tenga para otras cosas?

—Se dá muchas vueltas en la cama.

—Señora, cuando yo tenía esa edad, no solo me daba vueltas, sinó que me caía todas las noches.

—Despues ese color . . .

Generalmente hay empeño en que los niños sean blancos y rosados, aunque por su naturaleza hayan nacido amarillos, morenos y feos como unos condenados.

—Mire, señor doctor, fíjese en lo que le digo: no tenga Vd. duda que este niño tiene lombrices; ¡oh! los médicos no pueden tener nunca nuestra esperiencia; acérquese, señor, dése cuenta del insoportable olor que tiene lo que ha obrado.

—Veo, Señora,

Que no es á rosas
ni es á claveles
ni es á jazmines
á lo que huele.

Las cosas no paran aquí; si el niño es grandecito lo primero que hace al ver al médico es decirle *cúco! tuto!* adorable recibimiento, al que se suceden pataleos y gritos, que dá gusto.

Si hay que examinar los pulmones, se ven las cosas mas encantadoras: el niño ya no llora, berréa, se encoge, contiene la respiración y muge alternativamente y, para completar la escena, la tia, la abuela ó la madre, forman un coro y acompañan los gritos, con tú tú tú, ró ró ró, ché ché ché, golpean los vidrios haciendo una especie de redoble ó entonan el indispensable. «Este niño lindo, se quiere dormir, etc. etc».

El médico, entretanto, suda, se desespera y mentalmente hecha chiribitas contra el nene, su familia y contra todos los nenes de la creación.

Viene en seguida la prescripción.

—Ah! eso no se le puede dar! Pobrecito ¡que barbaridad! ¿cómo quiere Vd. que trague eso? nó, nó. Yo no se lo doy.

—Pero Sra., agrega el Dr. con toda la heroicidad de la paciencia; es necesario que tome ese remedio, lo he formulado de manera que sea agradable.

—No le parece á Vd., agrega la tia, que sería mejor unas friegas con mostaza y sebo ó unas rodajas de papas en las sienes? todo esto es muy bueno, señor.

—No, señora; me parece que todo eso no vale nada.

—Jesus! que disparate!

Entretanto el infante contesta chillando y recorriendo el diapasón de la escala con una entonación que debe estar de moda en las regiones del cornudo monarca del infierno al fin alguna criada, ó algun gallego, sirviente de confianza, se llevan al enfermito, para que, á la tarde, á la noche ó al dia siguiente, se produzca ó renueve otra escena semejante.

Parece inútil decir que en una casa donde hay niños enfermos, suele establecerse el desquicio en su mas alto esplendor; todo se trastorna, los sirvientes aprovechan esa excelente oportunidad para no hacer nada, ni se sacuden los muebles, ni se pone la mesa, ni se barren los patios; pero en la cocina, en las galerias, ó en los cuartos se tertulea en grande, y si la casa es de algun criollo *pur sang*, se toma mate y se jaranea.

Muchas veces al entrar el médico, se puede considerar muy feliz si encuentra donde poner su sombrero; frecuentemente las mesas están llenas

de jarabes, aceites, unturas, cataplasmas; las sillas con ropas, pañuelos, tohallas; los lavatorios con aguas imposibles; en la mesa del comedor suelen colocarse los pañales para que el doctor vea la leche cortada ó el carácter de las deposiciones, y no falta, por fin, alguna vecina amable, que llamando al doctor aparte le diga: yo creo señor, que esta fiebre y estos accidentes que tiene el niño, se le debe á los dientes; yo soy muy entendida en enfermedades de niños y á un hijito de mi lavandera le curé un ataque cerebral poniéndole charques de carne en el estómago y un pollo negro recientemente muerto en la cabeza. ¡Y las que he curado con el albayalde! ¡oh! los médicos no saben todos los secretos que poseen las señoras; mire doctor, no tenga Vd. la menor duda que esa tos, esa descompostura de vientre, ese granugeo que tiene ese niño, es por los dientes: ¿no le parece á Vd?

—No señora, no me parece; todo eso que Vd. ha señalado es el cuadro de una enfermedad y los dientes no actúan (aunque algunos médicos sostengan lo contrario) como factores patógenos; la dentición es un estado crítico de la vida de los niños, como es la pubertad, ó la menopausa en los adultos ó en las mujeres; por lo mismo que es una edad crítica, hay mayor disposición para ad-

quirir las enfermedades reinantes, para despertarse las que están dormidas en el organismo ó para elaborarse otras bajo el imperio de causas múltiples; solo por excepción, puede una dentición laboriosa originar procesos directos; pero es perjudicial dejar que los niños tengan el vientre descompuesto so pretexto de que están dentando, y lo mismo puede decirse del catarro bronquial y de esas erupciones cutáneas que no hay razón para dejar de combatirlas: la dentición, por fin, es una función natural y los actos naturales no pueden traer aparejados una dolencia.

Yo presumo que estas cosas deben decirlas los médicos, y como he tenido oportunidad, á fuer de entrometido, de oir mucho de lo que acabo de esponer, vengo por fin á declinar el honor de ser especialista en las enfermedades de niños, recordando, por otra parte, que mas de uno de mis compañeros de curso han tomado ese especialismo y como eran unos rudos, no quiero ir yo á formar cuerpo con tales mediocridades.

LA GARGANTA
LOS OÍDOS—LOS ESPECÍFICOS

Las enfermedades de la garganta no me cuadran; hay además muchos médicos consagrados á ellas y poca población para que ese especialismo pueda dar resultado. Las de los oídos, sordera, por ejemplo, Dios me libre de ellas: yo no puedo soportar los sordos y por otra parte tengo para mí que en lo que respecta á curaciones, si el enfermo no oye nada, al médico le pasa exactamente lo mismo; no solo es sordo, sinó que no entiende.

Podría ocuparme de otro punto que tengo entendido no ha sido todavía tocado; él sería el embellecimiento de la especie por medios químicos: hoy que hay un verdadero frenesí en las mujeres por pintarse, ó mejor dicho, por pintarragearse; si yo descubro un agente que le dé á la tez frescura, nitidez y un ligero viso rosa, sin que tenga el inconveniente inmediato de destruir la natural tirantez del cútis, de seguro que habré hecho un gran

negocio: pero esto tiene el sério inconveniente de que me llamarán perfumista y no vale la pena haber estudiado doce años, desde preparatorios, para que al fin sea uno comparado á Guerlin, Lubin, Atkinson, etc.; nó, que se sigan untando con lo que quieran, que se envenenen si les place, porque lo que es de mi interesante persona, no han de sacar ni siquiera la indicación del *cold-cream.*

LA ANTISEPSIA

—

¿Tomaré la antisepsia? he ahí la mas grande, la mas moderna especialidad—el médico que la sabe emplear, que la sabe dirigir toca en el pináculo del saber y si sabe donde le aprieta el zapato ya tiene andada la mitad del camino. Por supuesto, para hacer efecto, para hacerse notable es indispensable principiar por escribir unos cuantos artículos y publicarlos en los diarios profanos—no importa que se copie en ellos literalmente á Bouchard, esto es una cosa ya aceptada y sobre todo cómoda.—Al escribir, pues, esos artículos, se penetra, como quien no quiere la cosa,

en la microbiología, y una vez allí, hay tela para bordar y hasta para hacer una marimorena de padre y señor-mio. ¿Qué no se esplica hoy por los microbios? ¿qué teoría resiste á tal verdad? Ahí tienen Vds. la jaqueca, una cosa tan sencilla como la jaqueca; pues señor han de saber Vds. que la jaqueca es microbiana, como Vds. lo oyen y van á quedar perfectamente convencidos despues de mi esplicación. ¡Ah! es un portento como se aclaran hoy las cosas! oíganme: Supongamos que esa molestia, ó mejor dicho, esa dolencia, se deriva de efectos gástricos; entonces la esplicación es obvia--no cabe duda que en el proceso de la digestión se ha producido un fermento pútrido; de esa descomposición, de ese fermento, surgen con una rapidez asombrosa inmunerables colonias de Bacterios, animalitos microscópicos, tan chiquititos, que apesar de ser millones, podrían caber en el diámetro que ocupa la cabeza de un pequeño alfiler. Bien, una vez que el hecho ha tenido lugar, los tales microbios, se multiplican, se difunden, se congregan y acto contínuo se introducen en los canalículos nerviosos ó en las células pavimentarias de la misma pulpa; de allí se insinuan en marcha ascendente y en columna cerrada por la sustancia íntima del pneumo gástrico y alcanzan al estremo superior de ese nervio, que, como

es sabido, pone en relación directa al cerebro con el estómago. Los tales animalitos cometen entonces toda clase de disparates, y como el fermento continúa, sobrevienen nuevas invasiones, se producen grandes anarquías entre ellos mismos, no quieren subordinarse á ningun precepto disciplinario, y por tanto, vienen las revoluciones, las batallas y la destrucción ó esterminio completo de todos ellos. Sinembargo, como en toda guerra intestina mientras ella dura tiene que sufrir sus consecuencias el campo de la acción, que era el cerebro, de ahí sobreviene la emicránea que tanto mortificó al paciente.

Debo declarar que muchos de nuestros microbiologistas criollos no quieren aceptar las teorías que acabo de manifestar y formulan otras, mas ó ménos ingeniosas. Suponen, por ejemplo, que las esquizomizetas, ó para mas claridad, micróbios, al emigrar del fermento hacen una escursión por la sangre, se dirijen á la masa encefálica, buscan allí la parte que preside á la sensibilidad de la cabeza y allá, como son muy peleadores, se libra una batalla, que ni la de las Termópilas le sería comparable:—por supuesto, quedan casi todos muertos y de la descomposición de los cadáveres se producen las Leucomaynas ó Ptomaynas de que tanto se habla, habiéndose antes determinado

el proceso que motiva el dolor de cabeza que le dá carácter á la enfermedad.

Casi todas las enfermedades obedecen á la misma causa y, poco mas ó ménos, los señores micróbios, toman la interesante parte de factores; pero no hay cuidado, estamos avisados, conocemos sus mañas y los hemos de tratar peor que lo que hicimos con nuestros pobres indígenas en la Campaña del Desierto. Ya verán lo que les sucede, llámense micróbios, bacterios, bibriones, micrócocus, tricomonas, gonócocus, bacilus, esquizomizetas etc, etc; ya verán, porque contra ellos hemos descubierto la antisepsia y, por lo pronto, hemos empezado á esterilizarlos. Se me ocurre, de paso, que si este último proceder pudiera emplearse con las mujeres, podría ser en ciertas ocasiones de mucha utilidad.

La antisepsia es una cosa muy buena; con ella nos vamos á librar de todos los males que aflijen á esta mísera humanidad, y además, es preciso que se comprenda bien que llevándose á cabo como se hace hoy, antes de dos años no se vá á morir nadie—como Vds. lo oyen,—nadie, aunque intemperantemente se permita cenar lechon, mulita, becasinas podridas y agua del pozo, que segun tengo entendido hace mucho mal, principalmente mezclada con chanchito. No señor, nadie

se morirá; ni siquiera el sastre de los estudiantes de Medicina, que al decir de ellos, está demás en el mundo, sobre todo, por esa constancia abominable que tiene para cobrar las cuentas.

Hoy, con la antisepsia, estamos garantidos—es una cosa curiosa lo que se vé en cada casa donde hay enfermos—un tuberculoso, por ejemplo, nadie se acerque á él; si es esposo: cama aparte, comida aparte, lavado, todo aparte, cuidado con el basilus; es preciso desprender muchos vapores de trementina en deredor del enfermo; parece que el agua-raz emborracha á ese miserable microbio y teniéndolo siempre ébrio, concluye por producirle degeneraciones orgánicas, y por consiguiente, lo mata—conviene tambien hacerle pulverizaciones en la laringe con Bicloruro, si no se hace eso, declaro desde luego que es mal hecho.

Si es un tifoideo, antisepsia interna y esterna; por lo pronto debe tragar todos los dias unos quinientos gramos de alguna sustancia insoluble ó muy poco soluble; iodoformo por ejemplo: tengo la plena seguridad que el microbio tífico se muere á fuerza de estar condenado á oler ese señor iodoformo, que tiene un perfume igual al que debe usar Satanás cuando, dragoneando de Médico, asiste á los enfermos del Infierno.

Tambien se dá la neftalina, el agua sulfo-carbonada, y á más muchas sustancias, que segun dicen los *pesimistas* y muchos pícaros que no lo son, no producen absolutamente efecto; sinembargo, téngase presente que la antisepsia, es la antisepsia y que ella ha fabricado ya mas de una reputación.

La antisepsia se emplea para todo. Es inútil que yo mortifique á mis lectores con estensas y variadas descripciones; los médicos antiguos no sabían palabra de estas cosas y aunque algunos sostienen que sabían y que todo lo que se hace hoy se ha hecho yá, la verdad es que nunca ha gozado de mayor prestigio.

Inspirado yo en tan plausible enseñanza, tengo una idea que la voy á poner en práctica en la primera oportunidad que se presente.

Cuando hoy se va á operar un enfermo en alguna casa high-life, la antisepsia juega un rol importante.

Señor, dice el doctor N.... (él no es quien va á operar, pero lleva la batuta como médico de cabecera:) Señor, haga Vd. sacar la alfombra de esta habitación, descuelgue los cuadros, los espejos, quite las cortinas; en seguida, haga Vd. traer dos toneladas de azufre, queme esa sustancia en este cuarto, durante cuatro dias, teniéndolo her-

méticamente cerrado; despues haremos muchas pulverizaciones en el aire con bicloruro, en seguida desprenderemos grandes volúmenes de gas fénico; por supuesto una mesa nueva, completamente cepillada, para poner los instrumentos, un colchón nuevo y sábanas nuevas

Esto es lo que, siguiendo los últimos preceptos de la antisepsia, se hace hoy, pero como he dicho antes, yo tengo mi idea y la voy á poner en ejecucion tan pronto como pueda y es esta:

Aparte de todas las indicaciones del doctor N,.. mi proceder será el siguiente:

Como soy amigo de un hijo del general Levalle, voy á empeñarme con él para que el simpático Ministro me facilite una batería completa de cañones Krupp, entonces, la coloco en el cuarto del paciente, y para asegurar el resultado de la antisepsia, hago unas cuantas descargas á metralla en el momento de practicarse la operación. Como es natural, los micróbios que no se esperan esta broma, van á sucumbir la mayor parte en plena *batalla campal*, y el que no muera así va á salir á la calle como un moderno Neso, envuelto en los pliegues de su túnica de fuego; decididamente es buena idea.

Casi no me cabe duda que algun médico mal intencionado é incrédulo, de los muchos que hay,

me va á criticar y, como de costumbre, me va á decir que tanto en los grandes centros científicos europeos, como entre nosotros, hay muchísimas ilustraciones que se rien de la exageración de esos procederes; que muchos opinan que el mejor antiséptico es el agua pura; que la acción de la mayor parte de los agentes empleados no está comprobada; que la manera de actuar de los micróbios no se conoce y que las experiencias en los animales, conejos, gatos, etc., dejarán siempre que desear, pues mientras el experimento *no pase más allá de las especies zoológicas inferiores al hombre, los principios de la ciencia carecerán del valor debido puesto que en el reino hominal hay no poco que añadir en materia de salud, de vida y de muerte y sobre todo aun cuando no fuera más que para los fines sociológicos de la ciencia experimental deberá aquilatarse el valor absoluto, certidumbre ó probabilidad adquiridos in anima vili.*

Yo sé que todo esto me va á decir alguno, sé que me va á impresionar y que quizá por esas razones me vea obligado á desistir del especialismo de la antisepsia, á pesar de la buena idea que he apuntado. No me queda, pues, mas que un punto: éste aunque el diablo se empeñe no lo renuncio. Voy á dedicarme á la antropología.

LA ANTROPOLOGÍA

—

El conjunto físico y moral del hombre, estudiado en sus variadas faces y distintas evoluciones, constituye la Antropología.

En mi vida de estudiante, me preocupaba frecuentemente de este estudio, pero lo hacía de la manera imperfecta con que lo ejercita el individuo que, además de las sérias meditaciones á que él obliga, tiene que ocuparse de muchísimas otras atenciones. Sucedía, por consiguiente, y con gran disgusto mio, que la cuestión estómago solía absorver mis otras facultades; de modo que la fisiología y la filosofía con todos sus inefables encantos, desaparecía de mi cerebro, para dar lugar á pensamientos indignos de un filósofo. Los huevos fritos, los chateaubrianes, las salchichas y otras majaderías por este estilo, formaban una idea que se incorporaba á los deseos, estravagantes obsesiones de la naturaleza humana.

Decía, pues, que la antropología era una de mis grandes preocupaciones y aun agregaré de mis

estudios favoritos: muy dado yo á las cuestiones abstractas, pensaba, si la antropología es el estudio del hombre, quiere decir que es tambien el estudio de la vida; quiere decir, por tanto, que es el estudio del arcano, y el arcano es el grande enigma donde procura penetrar el orgullo humano, sin preocuparse de que no se penetra sinó muy incompletamente en las obras de Dios. Y sin embargo, estudiamos el mundo físico, universo, macrócosmo, como quieran llamarle, nos remontamos á su insalvable orígen, pretendemos analizar el *más allá* de las creaciones prehistóricas y en nuestras ambiciosas aspiraciones, hemos llegado hasta querer divinizarnos; y, lo que es infinitamente peor, hasta establecer la degradación de nuestro orígen, haciéndolo derivar brutalmente del orangutan. A Darwin debemos esta novedad: el hombre es la selección del mono: pero no nos dice el orígen de este progenitor, ni porque no se ha hecho la selección en él habiendo tanta variedad y tan distintas monas ya rabudas ó ya sin cola como la Gorilla.

La cuestión de la selección en la especie humana, es una de las que más han preocupado á los antropologistas modernos; por este estudio han venido á formular distintas apreciaciones, diversos motivos, variados procesos, y por fin, han

venido á producir algunas nociones tan estravagantes, que á poco más dan vuelta el mundo al revés; cosa que me gustaría mucho, si por esa evolución saliera yo vivo y sobre todo rico.

To be or not to be, ha dicho el poéta inglés, y yo para demostrar á Vds. que conozco el idioma, lo he copiado literalmente.

Ser ó no ser: he ahí la grande duda; pero toda la profunda filosofía de este inmenso pensamiento, quedará sepultada en la densidad de las tinieblas; el infinito, la verdad suprema, la idea de Dios, se concibe, pero no se espresa; las palabras no sirven sino para darle incompleta forma al pensamiento: ¡hombre! humillate porque hay más grandeza en tu humillacion que en tu duda....

Hay momentos en que me olvido que yo todavía no he principiado á ser un hombre conceptuoso, de manera que me suelo separar de mi principal motivo, que es el estudio de la antropología moderna, bajo la condición de la apreciación de la ley de la criminalidad, de la responsabilidad y de la capacidad civil.

Muchas autoridades toman hoy parte en este torneo de la ciencia y surgen torrentes de elocuencia, admirables concepciones, portentosas creaciones, que aunque se enoje Darwin me atre-

veré á anticiparle que no las ha de producir el mono; no digo ya á producir, ni siquiera á copiarlas, como suelen hacerlo algunos que no son monos. Sí señor, los tales señores orangutanes podrán hacer todas las morisquetas que quieran, pero de seguro que no serán capaces de pronunciar ni siquiera un discurso, aunque sea de antropología en la parte que pueda relacionarse con ellos.

Desde luego, ¿á qué no saben lo que es Prosoposcopia, Craneoscopia, Baroestesiometria, Pletismografia? A que ni siquiera han oido hablar de Spencer, Lewis, Lombroso, Garofalo, Ball? vaya! y si son unos ignorantes y sobre todo unos rudos, como es que de ellos ha venido la obra más perfecta de la creación, el Rey de la Naturaleza, la síntesis de la belleza estética, el astro eterno que deja imperecedera la faja luminosa de las ideas.

¡Qué demonios! estoy á cada momento sacando los piés del plato, para decir cosas que no me corresponden: el concepto *nihil novum sub sole* salta en mi espíritu; pero sucede que no siempre estoy de acuerdo con tal sentencia, porque yo conozco muchas cosas nuevas que no quiero nombrar, para que no se ponga colorado cierto colega, y digo colega porque ya hace dias que yo soy médico.

Entro, pues, de lleno á tratar la Antropología legal, que es la que me va á servir de especialidad, si como lo espero, consigo que ciertos Jueces ó el Tribunal, me cometan el estudio de las cuestiones de este gènero que suelen suscitarse, pues han de saber Vds. que á la sordina, con los tales informes, se hace un buen negocio: conozco yo un médíco que constantemente anda en letras do molde con tales motivos, del que se dice que pasa estupendas cuentas, que se pagan de *varios modos;* no pretendo levantar la punta del velo, insinuo, nada más.

En el órden de las ideas modernas de antropología entra la condición de que la criminalidad es un acto impulsivo de orígen patológico; el crímen por consiguiente solo existe por el hecho, pero no por la intención, y como la intención entraña el móvil, faltando éste no hay crímen propiamente dicho, y por tanto no hay responsabilidad.

¿Y cómo se aprecia el móvil?

A tal observación, se contesta con un argumento que llevaría la convicción á un idiota, que haría ver á un ciego y oir á un sordo: el móvil, se dice, es el signo genuino de la irresistibilidad. Ya tienen ustedes la explicación; pero las cosas no terminan aquí, pues sucede que á revelaciones semejantes, se les ayuda con otros estudios, y así,

la forma de la mano, de la oreja, configuración craneana, color de los ojos y del cabello, tinte de la piel, tatuages, manera de mirar, etc., complementan las *determinaciones absolutas.* Viene luego la personalidad psíquica, de la que lógicamente se deriva la personalidad moral—para su especificación se le agregan los elementos de las degeneraciones, en las que forman cuerpo la herencia, las diátesis, el antagonismo orgánico, asimetrias, deformaciones, etc., etc. Se niega el libre arbitrio por la falta de *aptitudes* en el órden psíquico, lo que viene á importar la condición de la irresistibilidad.

Me estoy refiriendo, mis queridos lectores, á esos antropologistas de nuevo cuño que han establecido la doctrina, muy cómoda por cierto, de que todos los criminales son neuróticos; de manera que, con estas ideas, si ellas debieran ser aceptadas, las nociones de moral y de derecho quedarian necesariamente abolidas, porque esas nociones no caben en la personalidad de un loco, y porque en el loco, como en el que no lo es, (al decir del antropologismo materialista) la asociación de las ideas y la apreciación razonada de los diferentes modos de la voluntad, que son la expresión del libre albedrio no existe, ó si existiese, sería en forma tan rudimentaria, que no ofrecería

nunca motivo para diseñar el grado de capacidad, ni mucho ménos el de responsabilidad. La voluntad criminal, pues, no existe nunca para la moderna escuela, el crímen en todo caso viene á ser la función de un cerebro en tinieblas, de un cerebro enfermo, cuyo eretismo patológico determina actos incontrolables, movimientos inconcientes, estigmas imponderables y acciones sin órden, sin móvil, sin utilidad.

Por estas conclusiones, pues, la fórmula de *Libertas judicii y libertas concilii*, que constituyen la base del Derecho Penal de todos los pueblos civilizados, deben ir á dar un paseo donde puedan ocultar la vergüenza de haber existido. Hoy que estudiamos hasta la criminalidad de las Plantas, (como ustedes lo oyen) están de más esas vaguedades de capacidad y responsabilidad. Sí, señor, están de más, porque al presente está plenamente probado, admirablemente confirmado, que todos somos locos, locos mas ó ménos mansos, ó mas ó menos tratables, mas ó ménos ilustrados, mas ó ménos impulsivos, y por fin, mas ó ménos *atávicos*; (hace rato que le ando sacando el cuerpo, á esta palabra, porque tiene cierta cadencia ó semejanza con Ataliva y no me quería meter con este caballero, sobre todo tratándose de locos.)

Estoy, pues, casi resuelto—tomo la antropología

para el especialismo—pero debo advertir que sinó obtengo de los Jueces ó de la Cámara, la seguridad de su amparo, y si los diarios no me dan bombo, renunciaré al *motivo:* la verdad es que las malditas doctrinas del antropologismo *moderno* van á echar por tierra el negocio de los informes.

Si se establece legalmente que el hombre que comete una falta, un delito, una contravención, un crímen, es un loco ¿para qué servirían los informes? sería resolver el problema de aguar el agua y este ya lo he resuelto yo cincuenta veces.... Estoy, sin embargo, viendo visiones: los códigos todavía funcionan, aun ni siquiera se piensa en edificar los mil quinientos manicomios que propondrá un colega admirador de Lombroso; aun se habla y se escribe en cuerdo y se ven cosas que harían morir de risa, sino fuera que son muy sérias. Hay fiscales que piden penas exhorbitantes, jueces ó Tribunales que las confirman y médicos que reclaman algo peor que la pena capital; lisonjean á la víctima con la irresponsabilidad, pero á trueque de ella le ofrecen el secuestro, la perpétua interdicción, ó lo que es lo mismo, la pérdida de sus derechos cívicos, civiles y de familia, en una palabra: la muerte civil.

Así.... Pedrito, es preciso que te convenzas, que no has nacido para predicador, serías, no ten-

gas duda, un detestable fraile; sigue tu camino, continua sobre el tópico de si te conviene ó no el especialismo de la antropología y basta con esto.

Ya lo creo que me conviene y, si tuviera alguna duda, mis primeros pasos bastarían para desvanecerla.

Vds., señores lectores, van á juzgar.

Hay en frente de mi casa un señor rúbio, súizo por mas señas, que se llama don Arturo: este caballero, como otros muchos que yo conozco, profesa el principio económico de no pagar nunca las cuentas.

Segun la interesante señora Ambrosina, tal sistema, ha producido en el barrio mas de un escándalo, y yo puedo asegurar que el último fué de los que se llaman de padre y señor mio.

Un tal don Pelayo, gallego, que segun dice desciende en línea recta de Santiago Apóstol, se presentó la otra mañana en la casa del rubicundo suizo y, sin siquiera darle tiempo para decir que no estaba, le presentó una cuenta de confites y merengues, que ascendía á la respetable suma de sesenta pesos.

Deben saber Vds. que don Arturo, apesar de ser suizo, es muy goloso y además muy aficionado á ofrecer confites á la esposa del zapatero Pastriní, que vive tres puertas más abajo.

—Don Pelayo, dijo (mirando con ceño adusto al implacable gallego), le dije á Vd. el otro dia que sus tales merengues son un veneno, que me habían enfermado y que por tanto el castigo que le tenía destinado, por su atentado criminal, era chancelar la cuenta no pagándosela; me sorprende pues, que vuelva Vd, á mi casa y así....

—Pues, sí Vd. no me paga, interrumpió el gallego, le voy á romper el alma con la mayor frescura del mundo, y en seguida me voy á llevar ese gorro de terciopelo azul bordado de oro y esas zapatillas bordadas de seda.

—Bah! contestó don Arturo, con cierto desprecio: un compatriota de Guillermo Tell no se deja quitar el gorro y mucho menos.

Pum, paff, paff, pum!

Gallego y suizo rodaron por el suelo donde todavía se repetían los mogicones.

La parte peor la llevaba el desgraciado suizo que ya tenía un ojo hinchado y de color azul de Prusia; la nariz como un rábano y el lábio como un riñon: Toma merengues, aleman, puff! toma confites, paff! camela á la zapatera, praff! y ahora vengan el gorro y las zapatillas.

La barahunda que produjo esta escena en la casa atrajo un considerable número de curiosos, llego el comisario de Policía y un servidor de Vds.

Como el gallego tambien había sacado un gran mordisco en la oreja y otro en un dedo, el señor Comisario pretendió constituirlos en prisión hasta tanto se esclareciese el hecho por el Juez de Instrucción.

¿Qué vá Vd. á hacer, señor Comisario, dije interponiéndome; ¿no vé, señor, que esos hombres son irresponsables cada uno á su manera? No se dá Vd. cuenta que sus impulsos los llevan, inconcientes, hasta romperse el bautismo, y que sus rasgos fisionómicos, en todo sentido, revelan dos neuróticos?

Vea señor: observe á D. Arturo, ese hombre tiene la manía de no pagar sus cuentas; como reflejo de esa neurosis, se vé en él un gran comilón de dulces—despues, señor, despues ese gorro de terciopelo con borla de oro, es el rasgo de una desviación del sentido del gusto, casi del sentido moral, y además entre sus otras perversiones psíquicas, figuran las cucamonas á una zapatera: despues de todo, señor, ese hombre á fuerza de ser suizo, ha de tener la pretensión de ser la sombra de Cárlos el Temerario.

Repare Vd, ahora al gallego; ahí tiene Vd. un tipo degenerado, cuyos extigmas representan un perturbado: en él se encuentra una verdadera perversión; la neurosis de cobrar sus cuentas y con-

temporánea con ésta, la neurosis impulsiva de la agresión. Su lenguaje lleno deinterjecciones es el lenguaje de un verdadero frenético; en él se destaca la exaltación del *yo*, con toda la exageración del sentimiento de sí, y quizá no pasen cinco minutos sin que Vd. le oiga exclamar: Santiago y cierra España! Ese hombre por tanto, es tambien irresponsable, por que todos sus actos emanan de una concepción delirante.

Proclamadas las doctrinas que Vds. acaban de oir, pensaba yó, que el señor Comisario había quedado edificado con tan interesantes discursos; pero no, señor, no fué así: aquel terrible empleado insistió en mandar los hombres al Departamento y se hubiera salido con la suya sinó hubiera acertado á pasar por allí uno de los señores Jueces de Instrucción: entonces me creí en el deber de hacer notar al alto magistrado que el señor Comisario de Policía era un neurótico, que había perdido la noción de sus deberes, obedeciendo á la manía de las persecuciones policiales y con marcadas direcciones á la dipsomania: esta última consideración antropológica se produjo al observar que aquel funcionario tenía tan amoratada la nariz que parecía una remolacha.

¿Creerán Vds., señores lectores, que estoy resuelto á esta especialidad? No, no quiero especia-

lismos: al ménos no los quiero por ahora—hare mos la medicina como se pueda—despues quizás cambiemos de modo de pensar; entretanto, seré un médico sério y hasta intransigente en las cuestiones de ciencia. Si, en tal órden de ideas mi intransigencia llegará hasta lo imposible, hasta lo que hoy no se vé, que es contrariar las opiniones de los profanos en cuestiones de medicina, sin importárseme un pito, que esos profanos se llamen D. Bartolo ó D. Miguel. Hago la designación de estas personas porque segun me cuentan son dos empedernidos discutidores en la ciencia de Hipócrates.

Refiérenme con tal motivo, que un dia, en aquella época en que cierto grupo no tenía sinó alabanzas para el Gefe del Estado, el Dr. Juarez Celman con su verbosidad reconocida, estaba pronun, ciando una especie de discurso sobre medicina: se. hallaba á la sazon presente un médico, el cual al terminar su discurso el Presidente, exclamó lleno de asombro y entusiasmo: lo creía señor muy preparado en cuestiones de Estado, pero observo que nada le es desconocido, pues acaba de pronunciar verdades de la ciencia. Esta esclamación trae á mi memoria una célebre anécdota de Boileau con Luis XIV, la que si me colega hubiera tenido presente, lo habría hecho salir perfectamente del

paso, sin cometer una tontería—«*Sire*, decia Boileau al gran Rey; Rien n' est impossible a Votre Magesté: Elle á volu faire de mauvais vers, Elle a parfaitement réussi » – el espíritu y el sarcasmo se diseñan en la célebre frase, es bueno que los aduladores la tengan á la vista.

He hecho, pues, mi profesión de fé: mañana los avisos á los diarios; si me fuera posible cambiar mi nombre y apellido por otros mas extrangerizados, sería quizás conveniente; pero nó, no lo he de hacer por que en lo que se relaciona al primero estoy perfectamente satisfecho; no conozco un solo Pedro tonto, ni aun en la historia se ofrece uno; sinó, vamos contando: empezaremos por el apóstol que negó tres veces á Cristo, muy hombre ese Pedro. ¿Y que dirán Vds. de Pedro el Hermitaño, que levantó nada menos que la segunda cruzada; y Pedro el Grande, y Pedro el Justiciero ó Cruel, como otros le llaman? Ya ven Vds. con estos cuatro, bastaría y sobraría para estar contento; pero cuando se tienen presentes los Pedros modernos, entonces se acrecenta el entusiasmo; no voy á referirme á Pedritos jóvenes como Pedro Estrada ú otros de esa especie, que son de medio boleto; no voy, señor, sinó á enumerar los Pedros de *cartello*.

Pedro Arata, magnífico—Pedro Goyena, es-

pléndido—Pedro Bernet, gordo, muy gordo, pero capaz de meterse por el ojo de una aguja—Pedro Frias, nada tiene que ver su apellido con el nombre, segun decía D. Pancho Piñero—Pedro Vela, políglota, ha aprendido solo el hebreo, el euskaro, el chino, el aleman y, sinembargo, rara aberración, no ha podido aprender el portugués—Pedro Palacios, este es un gran Pedro, elegante, simpático, inteligente, muy mirón, *si se llega á morir* tendrá necesariamente algun alegato de bien probado con el portero del cielo, que conociéndole esa costumbre, ha de temer que mire mucho á las santas y hasta que las diga cuchufletas.... pero basta, no me quito mi nombre ni apellido por todo el oro del mundo.

Buenas noches!

Siete visitas interesantes

CAPÍTULO III

Me hallo bien instalado, y no puedo negar que he tenido una buena elección.

Las señoras Elena, Lucrecia y Ambrosina, mis apreciables patronas, me colman de agasajos y me hago un deber en ponderar su esquisita delicadeza. Yo me había imaginado que al entrar en aquella casa penetraba en la mansión de las Parcas; me veo, pues, obligado á reprocharme mis horribles presentimientos y á decir que estoy tranquilo y contento.

Solo los avisos en la prensa, no han dado ningun resultado; mi único cliente hasta ahora ha sido el carnicero de la esquina, que se rebanó un

dedo á fuerza de querer adelgazar un *filet*—justo castigo del Cielo!—despues, nada, y en esta situación, he llegado á preguntarme, en confianza, sinó se ha verificado en mí el raro fenómeno de haberme gastado sin usarme! declaro que esto sería un colmo. Si al ménos, pudiera hacerme nombrar catedrático sustituto de alguna materia: ¿de cuál? de cualquiera: conozco yo cierto profesor que ha obtenido ese puesto con la misma preparación que habría tenido para dictar un Curso de Chino ó de Rúnico.

Pedrito, es preciso que te convenzas que tienes abominables tendencias á no ver nunca sinó el lado malo de las cosas, y es necesario que te persuadas, de que el ser muy amable, muy solícito, muy dispuesto á encontrarlo todo bueno y á ponderarlo todo, ha sido, y es todavía, un sistema de crédito profesional, que algunos esplotan admirablemente.

Es necesario que te cambies, Pedrito; es necesario que te muestres mas *aceptable* ante todos aquellos de quienes eres colega. Es preciso que con ellos seas amable, condescendiente, y hasta puritano; si vieres que hacen barbaridades: callate, y adelante!

La otra noche me recreaba yo en este monólogo, cuando sentí sonar dos golpes á la puerta y

preguntar al mismo tiempo ¿está en casa el Doctor?

—Adelante, señor:

La persona que entró en mi salita era un hombre correctamente vestido y con un acento que revelaba la nacionalidad italiana.

—Podrá Vd. consagrarme, me dijo, media hora de atención?

—Hable Vd. caballero.

—Señor continuó: Acaso le parezca á Vd. estravagante, quizá loco, cuando oiga Vd. mi consulta; pero me anticiparé á rogarle que no aventure juicio alguno y que me atienda hasta el fin; indudablemente, solo así, podrá modificar sus opiniones en caso que ellas me fueran desfavorables.

—Hable Vd., señor, repuse yo; y crea desde luego, que tanto á la cabecera de los enfermos, como en las relaciones que se me hacen, pertinentes á lo mismo, me han enseñado á no formar opiniones sin antes hacerlas pasar por el crisol de una meditación concienzuda: ¿de qué se trata caballero?

—Se trata, contestó mi interlocutor, de algo que no sé verdaderamente, si está aquí ó acá, y señaló la cabeza y el corazón; el torbellino de mis ideas, agita perpetuamente el corazón, y el torbellino de mi corazón pone en eretismo mi cérebro, en-

viándole á cada momento nuevas ondas de sangre, que son otras tantas ondas de nuevo estímulo: yo sé, añadió, que el corazón no piensa, pero quiero creer, que él puede ser un cérebro en la *intimidad* de la carne, como el cérebro puede ser un corazón en la *intimidad* del alma: quién puede medir la estensión de ciertas corrientes magnéticas;—pero veo que tal vez, lo fatigo desviándome del punto cardinal y le pido disculpa. Yo siento algo estraño, señor, como una fuerza poderosa que me empuja, me impulsa más y más, al deseo de abandonar la vida; es decir, al deseo de matarme. Así, yo me pregunto, si estas ideas son el producto lógico de un afecto orgánico de los centros sensoriales, ó si es solo la consecuencia de un trastorno funcional de esos mismos centros, debido á la exageración de la actividad psíquica en la que no interviene sinó, pasivamente el movimiento molecular; esto es lo que deseo que el señor doctor determine y que me diga despues si puede haber algun remedio para estos males.

El modo de presentar las cuestiones aquel caballero, no dejó de llevar á mi espíritu la idea de que me encontraba en frente de un loco, de uno de esos locos, que apesar de serlo, razonan y discurren en frecuentes ocasiones con la misma cor-

dura y perfecto criterio de un hombre perfectamente sano; así, me resolví á buscar, tanto por antecedentes que pudiera darme, cuanto por directa observación, la verdad absoluta.

—Ruego á Vd. le dije, que conteste á mis preguntas y que no se sorprenda si algunas le parecen impertinentes. ¿Tiene Vd. en su familia personas muy nerviosas?

—Casi puedo decir á Vd. que no he conocido á mis padres ni á otros miembros de familia, pero por referencias adquiridas, entiendo que no han sido neuropáticos.

—Bien, continué, ¿ha llevado Vd. una vida desarreglada? ha cometido ciertos abusos? ha tenido pasiones contrariadas? enfermedades agudas ó crónicas? ha sido jugador, bebedor?

—Doctor, Vd. me ha pedido que yo sea franco y yo á mi vez voy á suplicarle que sea complaciente: sus investigaciones anamnéticas serán perfectas si Vd. se resuelve á tener paciencia y á escuchar una triste historia.

—La escucharé, señor, pero Vd. me permitirá que en ciertos momentos lo interrumpa, porque eso quizá pueda servir á mis ulteriores ideas.

—Sea, doctor, y ya que se me ofrece Vd. tan benévolamente, le anticiparé que vá á oír algo muy triste, algo muy terrible y á saber que los

recuerdos de esos episódios, son los que desarrollan en mí la idea del suicidio, como medio único de encontrar alivio á mis eternos dolores.

Hubo una ligera pausa y el hombre continuó:

—Tengo treinta y dos años; me llamo Marcelo N... soy natural de Sicilia y me creía hijo de un pobre arrendatario en una propiedad cerca de Sorrento, perteneciente á la Condesa Sofia X. Segun me hicieron saber, mi padre había muerto cuando yo no había cumplido un año. Mi madre al quedar viuda fué favorecida por la noble Condesa, que la hizo ir á vivir á una granja cerca del castillo que aquella alta dama tenía como residencia de verano á inmediaciones de Nápoles; se llamaba Marta y tenía á su cuidado una niña de nombre Alina, hija de un antiguo oficial que estaba agregado á una comisión militar al Sud de Italia; esta niña había quedado huérfana de madre casi al nacer.

El carácter de mi madre, era severo, su temperamento nervioso y las vicisitudes de su vida, la habían hecho intransigente y violenta. Su afecto maternal parecía embotado para mí. Así pasé mi infancia y entré en la adolescencia sin noción de nada; ah! digo mal; en aquellos largos dias, en aquella vida sin horizonte, sin ideas, solo se había despertado el sentimiento, el instinto si se quiere,

de un afecto tierno que representaba en mi alma la única aspiración, el único encanto. Al lado siempre de Alina, desde nuestros años infantiles, entramos á la adolescencia, á una larga adolescencia, y entonces el instinto se despertó con todo el poder de los afectos esclusivos. Alina tenía dos años ménos que yo; educada en el mismo medio, de temperamento ardiente como el sol de nuestra patria, respondía silenciosamente á mi sentimiento y nuestras dos almas se confundían sin darnos cuenta de adonde se iba, ni lo que importaba tan tierno afecto.

Pasaban, pues, los dias felices y el misterioso encanto de aquella plácida existencia se iba infiltrando más y más en nuestras almas enamoradas.—Aquello no podía quedar mucho tiempo oculto; así, no bien mi madre se apercibió de lo que pasaba, su carácter. generalmente arrebatado, se hizo más duro, y yo era principalmente el objeto de sus iras. Debo prevenir á Vd. que si bien ella no tenía para mí un instante de benevolencia, sucedía todo lo contrario por Alina á la que profesaba, con gran contento mío, un cariño y una solicitud verdaderamente maternal.

Un dia,—lo recuerdo y lo recordaré siempre, porque aquel alumbró el primer dolor de mi

alma,—Alina fué separada de mí y colocada en una pensión; ni siquiera supe donde.

Cuando me encontré solo, cuando le pregunté á mi corazón porque latía, cuando comprendí que en la situación en que me hallaba no me quedaba otra cosa que recuerdos y dolor, cuando reflexionando me apercibí que lo único que podía acercarme alguna vez á Alina era lo que da al hombre el carácter de tal por su independencia y su fortuna, empecé à meditar el medio de realizar mis esperanzas, pero sin encontrar una solución satisfactoria á mis propósitos sentía que me sofocaba la opresión de un estrecho círculo, y huí; me escapé del hogar paterno.

Anduve vagando á la ventura algunos dias, hasta que al fin entré como aprendiz en una compañía de acróbatas; mis fuerzas musculares ejercitadas en la vida semi-salvage que había llevado, me pusierón en condiciones de ser pronto lo que esa gente llama *artista.* Así recorríamos las distintas provincias de Italia, hasta que en nuestros variados giros volvimos al antíguo reino de Nápoles. No se me ocurrió por un momento acercarme al Castillo cerca del cual habitaba mi madre, tenía miedo de su furor, asi encargué á un compañero llamado Paolo que averiguase lo que le señalé en particulares instrucciones, y dos

dias despues volvió mi amigo con la noticia de que Marta se había ido á Francia y que Alina había muerto.

Mi desesperación llegó á su colmo; en medio de mis eternas desventuras, no se me había ni siquiera ocurrido que tambien pudiera ser víctima de tan tremendo golpe; las ideas mas estravagantes se desataron en mi espíritu. En mis desvaríos llegué hasta hacer cargos á mi madre por la desgracia de Alina, que trasplantada como las flores del trópico á la zona fría, debía marchitarse y sucumbir como se marchitan y deshojan aquellas.

Desesperado, me lancé sin objeto por la campaña, mi única satisfacción era la soledad y con ello el pensamiento de Alina, de mi pobre, inolvidable Alina! Me hallaba en los Abruzzos. Una tarde, exhausto de fatiga y de debilidad, me quedé dormido debajo de una gran encina; no había pasado una hora, cuando fuí despertado violentamente por un hombre que en trage de paisano calabrés, estaba armado con carabina, pistolas y un gran puñal al cinto; aquel hombre me preguntó imperativamente que hacía allí.

—Dormía, como ha podido Vd. verlo, y soñaba que me mataba un alma caritativa.

—Cuántos años tienes? me preguntó aquel hombre.

—Voy á cumplir dieciocho.

—Y ya estás cansado de la vida que deseas que un alma caritativa te la quite?

—Sí, le dije: la vida para mí no tiene mas encanto que el deseo de la muerte.

—¿Tienes hambre?

—No.

—¿En qué trabajas?

—Acróbata.

—¿Qué te entristece tanto?

—Hay algo aquí, y señalé mi corazon, que habiendo estado antes lleno, está hoy vacío.

—Y qué sería á tu juicio lo que podría llenar ese vacio?

—Nada.

—Eres muy jóven; escúchame, el oficio que has tomado es miserable, nunca podrás aspirar á otra cosa que á ser un saltimbanqui. Cuando se tiene diez y ocho años no se puede, no se debe renunciar á la vida, pero á la vida como yo la entiendo. La vida sin posición, sin fortuna, sin anhelos, no es vida própiamente dicho, no es sinó el tiempo que corre, es un modo de ser vegetativo y nada más; la vida del hombre que ha sufrido una vez, que ha vencido otra vez y que espera, es una vida que tiene perspectiva, una vida en la que el hombre puede *ser*; no sé porque me interesas,

pero me interesas.—Así, si eres un hombre, si sabes serlo, si nada te arredra, si deseas grandes impresiones, si quieres retemplarte, si quieres tener noción de lo que es esperar, vente conmigo; pero si lo haces, si te resuelves, es necesario que tengas presente, que por el momento no te perteneces, que harás lo que te se mande por mas espantoso que te parezca, que si es preciso que te arranques el corazón y que no dejes en el lugar que ocupa sinó un hueco, lo hagas sin trepidar...... ¿para qué sirve el corazón...? el que lo lleva y lo lleva bien, no tiene en su mísera existencia sinó momentos de eterna pena: es preciso vivir por la cabeza, ella te enseñará el camino y algun dia tal vez alcanzarás un fin; sabes lo que es un fin? ¿qué dices?

—Digo que me propones una infamia; digo que cuando se aceptan tus condiciones, se acepta la perversidad en su mas alta espresión; digo que por ese solo hecho se renunciaría á todos los ideales, á todos los grandes actos que ennoblecen las acciones humanas. Agrego: que el que pierde la noción del bien y acepta el bandolerismo que tú me propones para llenar los fines de la existencia ó para realizar los proyectos de su esperanza es, sinó un abyecto miserable, cuando ménos un insensato.

—Estás hablando así, pobre criatura, porque no has vivido todavía, contestó benévolamente el presunto bandido; antes de dos meses habrás cambiado del todo tu manera de pensar, decídete pues, ven conmigo y desecha esos escrúpulos que no tienen razon de ser.

—Retírate, déjame en paz, le contesté, me horroriza lo que me propones: vete!

—Ahora no te propongo nada, repuso aquel, te lo ordeno; así, pues... de pié y en marcha.

—Prefiero morir!

Aquel hombre sacó un pito, produjo nn silbido agudo y tres minutos despues me hallaba rodeado de un crecido número de individuos que parecían obedecer al que me había hablado.

—¿Qué ordenais Capitan, preguntó uno de ellos respetuosamente.

—Ordeno, dijo tranquilo el gefe, que le corten la cabeza á ese perillan y la cuelguen de un árbol para que los imbéciles como él, sepan lo que puede sucederles en cualquier momento.

Tres hombres me sugetaron violentamente y otro á quien llamaron Remo desnudó un afilado puñal y se dirigió á mí para cumplir el mandato de su gefe.

En aquel momento dí gracias á Dios que me enviaba el único medio de felicidad á que yo po-

día aspirar: miré á los bandidos con sonrisa y les dije: Ea, despachad pronto, si vds. saben matar, verán como yo sé morir.

—Deteneos, exclamó el Capitan, este muchacho es un valiente y los valientes no deben morir así; luego añadió: ven conmigo jóven, nada tienes que temer de nosotros, cuéntame tus cuitas; sí despues que hablemos reconozco en tí un hombre capaz de guardar un secreto y hasta de agradecer alguna cosa, te pondré en libertad y podrás ir á seguir tu miserable vida de clown ó de polichinela; pero si consigo, como lo espero, llevar á tu espíritu ciertas ideas quizá llegues á ser algo en el futuro.

Aquel hombre tenía algo de fascinador, algo que imponía. Cuando le dije quien era, de donde provenía, cuando le hablé de mi madre, de Alina y de la condesa de X, me pareció que palidecía y creí descubrir cierta agitación y algo como un brillo siniestro en sus ojos: terminada mi breve historia, me quedé abismado, y tomándome la cabeza entre ambas manos, pasé algunos minutos ageno á lo que me rodeaba; era la primera vez de mi vida que hablaba; la primera vez que daba salida á un secreto guardado en lo mas profundo de mi alma. Cuando levanté la cabeza, el Capi-

tan me miraba fijamente y suavizando la voz cuanto le fué posible, me dijo:

—Bien; te tomo bajo mi protección, *yo sé* lo que hago; si no quieres pertenecer á la compañía, quedarás en ella como agregado por poco tiempo, y te daré un documento, para que si por acaso llegas á caer en poder de los carabineros reales, no te traten como ellos saben hacerlo con nosotros.

Oye, la política á trueque del engrandecimiento de la patria, permite y autoriza que se suprima un hombre, ó una patria; la civilización que enarbola el estandarte de la *humanidad* para redimir los pueblos que llama oprimidos, oprime y extermina esos mismos pueblos. El movimiento de las altas ideas que pretende establecer una religión escluyendo otra, por el concepto de llamarse liberal, despotiza con el falso grito de igualdad y engaña siempre, porque no quiere ó no sabe creer, es por esta y otras razones que cuando se nos toma con las armas en la mano, protestando contra lo que creemos opuesto á nuestra manera de sentir y á nuestro modo de comprender la patria, se nos elimina *humanitariamente;* es decir, se nos fusila y la mortaja de nuestros cadáveres es un proceso escrito de antemano, determinando todos los crímenes que segun ese espe-

diente hemos cometido, y otros que no hemos llevado á cabo, así, jóven, se nos trata, no solo se nos estermina, sinó que todavía se nos infama, somos siempre los mismos bandidos.

Italia unida, única, fuerte, Roma su trono: el que no piense así, debe morir,....pero las altas ideas de esa regeneración no se imponen con las bayonetas, se impone con la propaganda, con la educación de los pueblos y con la virtud de cierta tolerancia; las obligaciones establecidas por la fuerza y que no se basan en convicciones de mutua utilidad, no representan sinó por una faz el alto concepto del engrandecimiento de la patria, sobre todo cuando esa patria tiene un Rey.

Quereis patria grande, única, poderosa: confederadla, no con reyes, sinó con gobiernos, el unitarismo del trono, es la tiranía de la Italia: su porvenir, su inmenso porvenir, es la República con sus Estados Unidos, quitasteis al Papa, quitasteis á Fernando, quitasteis los Principados, perfectamente, ¿á quién pusisteis? á Vittorio Emmanuel, despues á Umberto, mañana al Príncipe Heredero, que no sabemos si será un imbécil. Una casa, un nombre absorve todo y políticamente hablando, se comete toda clase de iniquidad, se conculcan y olvidan los principios, se esquilma al pueblo y se le lleva á formar cuerpo en com-

binaciones de las que no siempre se saca la buena parte. Me direis, jóven, que los bandidos no son con sus proezas, sus latrocinios, sus asesinatos, los mas á propósito para la regeneración de la pátria, ni para la protesta de los actos impolíticos de los gobiernos, pero en todo eso no veis sinó una faz de la cuestión. El bandolerismo es el medio, por ahora, es el brazo, es la materia: el espíritu, la idea, el mas allá, el puro intachable, inmaculado, necesita hoy tomar esos elementos podridos, porque por ese medio *modíficado*, se puede entretener el espíritu de la batalla, ese espíritu que hoy se atrofia y destruye con eso que se llama Reino. Sí, el que ose mañana levantar al pueblo para que el pueblo sea Rey, caerá anonadado por el poder de esos *privilegiados;* pero si en toda la Italia se levantan las ideas que se proclamarán oportunamente, entonces habrá brazos, habrá fuerzas y el espíritu se sublevará contra todo lo que se oponga al establecimiento de los grandes conceptos republicanos. Como verás, ó podrás ver en lo sucesivo, esos que han llamado bandoleros, no son tal: son hombres que obedecen ciegamente y nada más; no hay ejemplo de un robo á los circunvecinos, ni á los que pasan por la comarca: al gobierno, á los potentados, á esos que á trueque de títulos cometen toda clase de bajezas, á esos se les toma lo que

tienen y todo lo que se puede: no se mata á nadie por matar, no hacemos sinó defendernos; á veces es necesario ser cruel, el bautismo de sangre de la República Francesa, fué el engrandecimiento de esa nación. La sangre de Jesucristo levantó la humanidad, levantó el catolicismo, la mas grande de las religiones conocidas. Acabo de decirte que algunas veces es necesario ser cruel: el órden de las ideas cristianas rechaza como bárbaro ese precepto; en el fondo de tu alma, todavia palpita la virtud del perdón; quíen sabe si algun dia cambiarás, quien sabe si no tendrás que decirle á tu cérebro: basta, me ahoga tanta venganza: qué quieres! así es la humanidad, el poder de ser siempre bueno, se debilita, se destruye y obedeciendo á pasiones tremendas, á recuerdos amargos, á.... en fin, si la venganza es un crímen, no hay duda que para ciertas almas endurecidas puede ser un consuelo. Ahora, pues, resuélvete, marcha si quieres, pero júrame que ocultarás á todo el mundo que me has visto y el lugar en que me has encontrado; mi nombre es Beppo, es posible que lo hayas oido pronunciar alguna vez; si quieres quedarte y acompañarnos, ya sabes que no somos bandoleros própiamente dicho, sinó sencillamente hombres que *esperan*, y por lo pronto nuestra misión es atesorar ele-

mentos para *luego*, disciplinar hombres para *despues*, y entretener el espíritu revolucionario y militar para la *oportunidad*. Basta con lo que te he dicho.

Al oir pronunciar el nombre de Beppo, sentí una especie de horror, porque todas las veces que había sonado en mis oidos había venido acompañado de alguna historia terrible. Repuesto un momento despues, y ya con la convicción de que aquellos hombres no eran asesínos, ní ladrones, sinó que respondían á un concepto superior, y que el crímen cuando se llevaba á cabo, no era un móvil sinó un medio para alcanzar un alto fin, me decidí á quedarme. Por otra parte, Beppo se me destacaba como una personalidad fantástica, y sus ideas me parecían tan atrevidas como extraordinarias. Apesar de mi juventud, pensaba y me decía: Mazzini y Garibaldi, conspirarón esforzadamente por la Unidad y la República de la Italia! un dia capitularon y todos sus ideales se precipitarón en el abismo del no ser. Las transigencias en política, siempre son la muerte del partido que las acepta. La República murió en Italia por una transigencia.—Bien, esclamé al fin dirigiéndome á Beppo; contad conmigo ya como un afiliado.

Veinte dias despues de hallarme incorporado á la compañia pasé por la primera prueba.

Un pequeño destacamento de carabineros fué atacado por nuestra fuerza, el combate fué reñido y tanto los soldados como los paisanos, se batieron bizarramente, por fin, la tropa fué dispersada y en su persecución llegamos hasta las inmediaciones de Sorrento;—en ese combate salí herido de poca gravedad, pero tambien me cupo el honor de tomar prisionero, despues de haberlo herido mortalmente, al oficial que comandaba el destacamento; aquel oficial solo vivió algunas horas. Nuestro gefe, despues de examinarlo escrupulosamente y de haberse hecho cargo de sus papeles y de un anillo que llevaba en el dedo anular izquierdo, ordenó que se me entregase aquella alhaja: el anillo tenia escrito en la parte interna del aro estas palabras:

«Teresa .... 18......»

Guarda esa joya, me dijo Beppo con una entonación difícil de definir, algun dia conocerás su inmenso valor; yo sé quien es esa Teresa y conozco tambien este oficial; en seguida miró el cadáver, y con un gesto terrible esclamó: justicia eterna de Dios!

La historia que Marcelo me contaba iba por grados haciéndose interesante; despues de las últimas espresiones, se levantó, dió algunos pasos por la habitación, se pasó la mano por la frente, cubierta de sudor, y despues volvió á sentarse junto á mi, diciéndome con voz dulcísima:—Estará Vd. sín duda fastidiado de oir tan larga historia, mañana la continuaré, si es que sigue Vd. siendo bondadoso y quiere escucharla. Ví el reloj, iban á dar las dos de la mañana y entonces le dije: no es que me hayan cansado l(s interesantes detalles que Vd. me comunica sobre su pasado, pero lo noto emocionado y prefiero aconsejarle que vaya á tomar descanso y mañana si Vd. no tiene inconveniente, podrá continuar.

A la noche siguiente esperaba yo al caballero Marcelo N., y debo advertir que lo esperaba con vivo interés; pero la señora Ambrosina so pretesto de ciertos dolores cólicos había venido á consultarme y como parecía no tener miras de retirarse, me ví obligado á decirla que esperaba un masón, carbonario, especie de Satanás y que le pedía disculpa sino continuaba atendiéndola como era mi deseo; la vieja al oir el nombre masón, salió santiguándose y pronto llegó á insinuarme que aquella relación implicaba un pecado mortal.

Pocos momentos despues dos golpes á la puerta anunciaban al personaje de mi hístoria.

SEGUNDA VISITA

UNA OJEADA RETROSPECTIVA

Despues de los cumplimientos de estilo, y á mi solicitud, volvió á tomar el hilo de la narración interrumpida y comenzó:—

La Condesa de X, pertenecía á una de las familias mas nobles y antiguas del reino de Nápoles. Su ejecutoria, puede decirse, que databa del tiempo de las Cruzadas, pues alguno de sus antepasados acompañaron á Luciñan hasta el Santo Sepulcro; y fué de esa memorable campaña que el monarca de Italia recibió el dictado de Rey de Chipre y de Jerusalem y que, la mayor parte de los caballeros que lo acompañaron, obtuvieron para sus escudos ó broqueles, cuarteles que representaban por lemas ó alegorías los hechos mas nobles ó gloriosos de aquella época.

La Heráldica italiana cuenta muchos de esos títulos.

Como digo, la Condesa X, era de una alta nobleza; siendo muy niña quedó huérfana y pasó á

vivir con su tia la Marquesa de Montefelino, mujer de gran mundo y de mas grandes historias. Apesar de sus cuarenta y cuatro años no desdeñaba los galanteos de un jóven griego llamado Althorius, que la visitaba muy frecuentemente.

Aquellas relaciones amorosas, hubieron de producir un sério desenlace, pues el viejo Marqués muy poco satisfecho de relaciones tan íntimas hubo de ordenar á sus lacayos que pusieran en la calle al amartelado galan, cuando la Marquesa, mujer de pocos escrúpulos, de mucho mundo y de mucha pasión, concibió el proyecto y lo llevó á cabo, por el cual hizo saber á su esposo que todas aquellas grandes solicitudes, se referían al deseo que el jóven griego tenía de obtener la mano de su sobrina la señorita Sofia, Condesa de X. Esta noticia pareció satisfactoria al Sr. Marqués, y desde luego solo se trató de llevar á cabo el proyectado enlace.

La Condesa Sofía, acababa de cumplir diez y seis años, educada en una pensión en la gran capital de Francia, tenía todos los adornos y la esquisita finura y delicadeza que solo saben imprimir los franceses á la mujer. Sofía, además era de una belleza perfecta; alta, de talle flexible, morena, de ojos verdes rasgados, nariz un poco aguileña, lábios finos, blancos dientes y cabellos cas-

taños, tenía una poderosa atracción y si á todo esto se agrega la correcta línea de su ángulo facial y el torneado de bellas manos arístocráticas, podrá quedar establecido que era un verdadero tipo de belleza clásica. Juguetona, traviesa, siempre alegre y espiritual, tenía sumo placer en oir las repetidas galanterias de que era objeto, solamente, que apesar de sus pocos años poseía una filosofía bastante inconveniente y sobre todo bastante peligrosa. Los hombres, solía decir, piden á la mujer el corazon y cuando se les dá, es lo que mas pronto desdeñan; el corazon no sácia todas sus ambiciones, necesitan algo más que eso, algo mas que estética, y ese algo más para hacerlos constantes, es la duda de ser queridos. Con ideas más ó ménos fijas, sobre la misión de la mujer, agregaba: la mujer que solo ama á un hombre, es como el incauto que coloca toda su fortuna en una casa comercial que amenaza banca-rota; así, la que quiera conservarse rica, es necesario que distraiga sus intereses, dividiéndolos juiciosamente.

Con estas manifestaciones, la fisonomía física y moral de la jóven Condesa, queda perfectamenta diseñada.

Las indicaciones de su tia la Marquesa para que aceptase el jóven Althorius no fueron desde-

ñadas: no ignoraba Sofía las relaciones de su futuro con su tia, pero desde luego comprendía que un dia ú otro tenía que casarse, y por consiguiente aceptó al griego, y con él la vida nueva se estereotipaba en su mente como un Kaleidoscopo que á cada vuelta cambia las variadas imágenes

La ceremonia nupcial no se hizo esperar y fué celebrada con toda la pompa y esplendor de una gran fiesta; pero la Condesa Sofía que no se había casado enamorada, dejaba mucho que desear á las ambiciones de su esposo, quien por otra parte continuaba siendo el amante de la señora Marquesa de Montefelino, obedeciendo en esto á propósitos, que se conocerán oportunamente. Sofia y Althorius, tácitamente habían convenido en no incomodarse, su vida doméstica, si bien no ofrecía gran encanto, estaba al ménos desprovista de querellas matrimoniales.

No habrían pasado tres meses de la boda de la Condesa, cuando el Sr. Marqués de Montefelino, fué atacado de una rara enfermedad, que cortó su vida en veinte y cuatro horas. Al poco tiempo la Marquesa viuda dejó á Napoles y fué á pasar su luto á Niza, de donde pasó á Paris para instalarse allí definitivamente.

Es necesario que Vd. sepa que el señor Conde Althorius, al resolverse la Marquesa á salir

de Nápoles, había tomado la misma determinacion y partió acompañándola, hecho que al decir de las gentes, fué de suma satisfaccion para su esposa.

El luto de la Condesa no fué un motivo para que se suspendiese el movimiento de su gran palacio: Sofía había hecho allí un centro de verdadera atracción; conciertos, tertulias, amenizadas por la presencia del arte, del tono, de la ciencia, se sucedían y sucedían, y no se oían sinó palabras de entusiasmo para la bella y simpática mujer.

Entre los asíduos concurrentes á las variadas fiestas, se hallaba un jóven llamado Rodolfo Franck que hacía poco tiempo había llegado á Nápoles y siendo presentado por el Conde Althorius á la Condesa, había llegado á enamorarse perdidamente de ella. Esta por su parte, era al que ménos desdeñaba; pasaron los dias y al fin correspondiendo á aquel afecto, una nueva vida de amor entretenía todas las horas, que fueron perfumadas de un ambiente embriagador: nada parecía intervenir para la producción de algun disturbio, cuando la Condesa sintió los primeros síntomas de su embarazo y con tal motivo tuvo que retirarse á una de sus posiciones en Sicilia, siendo acompañada por su amante.

A la época debida, dió á luz un niño que fué entregado á una camarera llamada Cecilia y ésta obtuvo que lo recibiera y cuidara una jóven Teresa, esposa de un arrendatario de la Condesa, que ocupaba una porción de tierra de aquella propiedad. Una vez que la Condesa Sofía se vió libre de su anómala situación volvió á Nápoles, donde poco tiempo despues, se reanudó la vida de placeres que había estado interrumpida por varios meses.

Franck solía hacer sus escursiones hasta la propiedad donde se críaba su hijo, que estaba cerca de Palermo.

Teresa era una jóven bella, con el tipo perfecto de la aldeana de Sicília en donde había nacido; alegre y sencilla había tomado el cuidado de la criatura que se le había confiado como si fuera su propio hijo, así no era extraño que las relaciones del señor Franck con los modestos arrendatarios se intimaran más y más.

Andrea, que así se llamaba el esposo de la bella Siciliana, recibía con frecuencia cartas de un antiguo camarada residente en la provincia de Santa-Fé, República Argentina, en las que manifestaba las grandes ventajas que obtendría si se resolvía á establecerse allí, donde la agricultura prometía un porvenir alhagüeño; tales cartas, saturadas de

tantas esperanzas de risueño porvenir, llegaron á impresionarlo y le comunicó á su esposa su decision de hacer solo, un viaje de exploración para apreciar, por sus propios ojos, la verdad de lo que le comunicaba su antiguo amigo.

Teresa se opuso resueltamente á que su esposo emprendiera viage solo, pero él consiguió persuadirla de que convenía hacerlo como lo había pensado, prometiéndole estar de vuelta en cuatro ó cinco meses á lo más.

Decidido este punto, Andrea pasó á Nápoles, habló con la camarera Cecilia y ésta le hizo tener una entrevista con la Condesa, quien despues de oirlo le dió su consentimiento.

Andrea partió, no sin antes darle mil besos á su idolatrada Teresa, la que desecha en lágrimas no se resolvía á dejarlo marchar.

—Yo no sé que triste presentimiento, le decía, tengo, pero entreveo desgracias sin cuento en esta separación: déjame que vaya contigo, tengo miedo de mi soledad; me parece que sin tí me encuentro sola en el mundo; me parece que no te voy á ver más, me parece que voy á volverme loca.

—Te juro, alma mía, que estaré de vuelta muy pronto, desecha tus aprensiones y no pienses sino que cada momento de los que van á pasar, es

un momento que abreviará mi ausencia—Adios, adios, hasta la vista!

Raras aberraciones de la vida humana! Vive el hombre en la perpetua lucha de sus ambiciones y ambicionando más y más cada dia, el impulso de sus deseos lo conduce hasta el sacrificio de la noble idea del bien, y el impuro pensamiento inspirado por un móvil infame, le dice: adelante! y en ese concepto todo lo olvida, todo lo invierte; no hay barrera que lo detenga, ni consideración que lo subyugue.

Teresa en su tranquila felicidad nada más aspiraba que el bienestar de su hogar modesto; ni la mas leve sombra oscurecía la limpidez de sus pensamientos; ni la mas ligera ambición turbaba el bienestar que la rodeaba; sola, con el niño de quien se había hecho cargo y que trataba de hijo, para ocultar estrañas faltas, contaba las horas y esperaba, porque en ese pensamiento se diseñaba la imágen del hombre de su corazón: pasó un mes pasaron dos meses; Dios mio! á ese término debían sucederse hechos extraordinarios, hechos desgraciados que engendrarían toda una vida de dolor, de odio, de remordimientos y aún de crímenes.

El caballero Franck, como de costumbre, iba de tiempo en tiempo á visitar su hijo á casa de Teresa. Espíritu corrompido, que había bebido la

deprabación en los medios inícuos que desde muy jóven había frecuentado, creyó que una muger jóven, bella, ingénua y hasta cierto punto incauta, podría ser un buen alimento á sus apetitos brutales y así, poniendo en ejecución todos los resortes de la astucia, y cubriendo su faz con la máscara de la pasión, rodeó, persiguió, simuló desesperación y llegó á producir conceptos tiernísimos, con esa verbosidad que adquieren esas personalidades que hacen su estudio de la seducción.

La bella campesina rechazó con indignación todos aquellos engañadores afectos; protestó con violencia, repudió con altivez, pero desde aquel momento aunque contaba con su firmeza, tuvo miedo y amparándose en sus recuerdos, rogó fervorosamente á Dios que le enviara pronto al sér que debía defenderla y hasta salvarla.

La fatalidad no quizo que las cosas se pasasen así. Rodolfo, apuesto y gallardo jóven, sabía que la constancia de un cariño siempre fino, siempre tenaz, siempre respetuoso, podría ó tendría que vencer aquellas resistencias. Quiero tu amor Teresa, le decía; no debes dudar de mi cariño, por que tus perpetuos desvíos, no hacen sino aumentar mis ambiciones, mi tiernísimo afecto. ¿No estamos solos? como puedes imaginar que no te amo, cuando mi dicha está en amarte? Teresa, si el

tiempo se contara por la intensidad del cariño, mi corazón me diría que hace ya siglos que te amo; no hay un solo latido en mi corazón que no sea para tí, un sueño, una ilusión que no seas tú; tus desdenes, ya lo ves, no me arredran. Sisifo, condenado á trepar á la cumbre de la montaña, llevo la piedra sobre mis hombros, cae esta al abismo y vuelvo tranquilo á tomarla, y vuelvo tranquilo á subirla, por que espero alcanzar el fin de la jornada, por que el corazón es lo último que se desprende de la vida y tu estás impresa en mi corazon, para así acompañarlo en todos sus latidos.

En la corriente de aquellas poderosas impresiones, aquel hombre llegó verdaderamente á conmoverse, y si al principio tomó el galanteo como un pasatiempo, como una empresa fácil, cuando se pidió cuenta de lo que pasaba por él, comprendió que amaba, y que amaba por la primera vez de su vida.

Al árbol frondoso que sacude incesantemente el viento, se le marchitan sus hojas, las que al fin caen, se quiebran y ruedan quedando solo el tronco como un fantasma ó como un recuerdo. Teresa, apesar suyo, no fué dueña siempre de sí misma; las palabras de aquel hombre se infiltraban en su alma y despertaban alguna cosa que la aturdía, la embriagaba y la absorvía como una vorágine; al fin, pues,

cayó vencida y amó con esa pasión, con ese frenesí con que saben amar las mujeres cuando se sienten, sin quererlo, impresionadas. Así pasaban los dias, y la felicidad de aquel encanto no terminaba nunca, era un sueño de amor en que las horas se contaban por minutos, y cada minuto era un siglo de ventura.

La Condesa Sofía, entretanto, empezó á sospechar que las repetidas ausencias de su amante para visitar al niño obedecían á otro móvil que al afecto paternal; ella no puede decirse que estaba muy enamorada de Rodolfo, pero el presentimiento de que le fuese infiel, hería su amor propio, y ninguna mujer perdona al hombre á quién crée dominado, que la ofenda con el amor á otra. Para convencerse de la verdad de sus sospechas, encomendó á su confidente, la camarera Cecilia, que se trasladara á la granja cerca de Palermo, y averiguase todo lo que ella deseaba saber.

La presencia de Cecilia en aquel lugar, no podía ser interpretada sino de la manera con que ella se presentaba, pues ya había hecho otros viages para llevar objetos y tomar noticias del niño; fué pues recibida como de costumbre, pero bien pronto se penetró de las relaciones amorosas que entretenian Teresa y Rodolfo.

Al regresar á Nápoles comunicó á la Condesa

todo lo que había podido observar, Sofía disimuló su cólera, pero aquel mismo dia le escribió á Andrea comunicándole lo que acababa de saber, y aunque no firmaba la carta, comprendía que aquel aviso anónimo bastaba á su tremendo fin.

Tres meses despues arribaba á Génova el desgraciado arrendatario; dos dias mas tarde, llegaba á Sicilia oculto, y á la noche del mismo dia penetró furtivamente en la granja; observó, vió á Teresa y Rodolfo, se dió cuenta de todo; su alma rebozando de amargura descubrió que estaba confirmada la denuncia y entonces, temblando de furor, desnudó un agudísimo puñal, penetró por una ventana que estaba entreabierta por el calor y, jadeando como un tigre, se lanzó violento sobre la mujer que tanto había amado y sobre el hombre que tan desgraciado lo hacía; la acerada arma fué clavada profundamente en el pecho de Teresa y casi al mismo tiempo, su finísimo filo, rozaba el cuello de su amante.

En la precipitación y en el deseo de terminar su obra, matándolos á los dos, tropezó, y al caer, se le escapó el arma de la mano, lo que visto por Rodolfo, hizo que se arrojase sobre ella, la tomase y la sepultara tres veces en el pecho del desgraciado Andrea.

Toda esta tremenda escena se había producido

en dos minutos; Rodolfo se apercibió que Teresa no había muerto y comprendió que él mismo necesitaba ser socorrido; salió, pues, á buscar auxilios en las cercanías, cuando la Condesa acompañada de Cecilia y tres criados se presentó en aquella mansión, donde el crímen estaba escrito con la sangre de tres personas.

Sofía, que había previsto el desenlace, hacía algunos dias que se hallaba casi oculta en su castillo, y ya en Génova y Nápoles tenía apostadas algunas personas que debían comunicarle la llegada de Andrea.

Al penetrar en la habitación donde yacía inerte el desgraciado esposo, vió tambien á Teresa que respiraba con una especie de estertor, saliéndole por la boca una abundante espuma sanguinolenta.

Rodolfo había caido desmayado á consecuencia de la hemorragia.

Se hizo venir el médico del Castillo, quien declaró que tanto Teresa como Andrea debían morir, agregando que la herida de Rodolfo era leve.

El Doctor hizo las primeras curaciones, colocó convenientemente á los dos enfermos graves y al tercero lo dejó levantado.

Al dia siguiente la Condesa llamó á Rodolfo y le dijo: Anoche has asesinado un hombre en su propia casa, sinó huyes hoy, yo misma daré parte

á las autoridades y seguirás la suerte que se les depara á los asesinos.... esa mujer tambien vá á morir, yo haré saber que tu tambien la has muerto; huye desgraciado y olvidate para siempre de mí!

Rodolfo no habló una sola palabra y ese mismo dia salió de aquel lugar.

La Condesa hizo conducir los dos heridos al Castillo y allí se les prodigaron los mayores cuidados.

Naturalezas privilegiadas y fuertes, sobrevivieron á sus profundas lesiones.

Establecida la franca convalescencia de Teresa, aprovechó esa circunstancia la Condesa: la hizo llegar hasta sí y con voz tranquila aunque severa, le dijo: Tu marido ha muerto; por tanto, debes saber que estás sola en el mundo: en la situación en que te encuentras, no es posible que te hagas ver por nadie, porque tu presencia revelaría tu adulterio; tu amante que ha preferido abandonarte cuando su misión era estar á tu lado, será perseguido y ejecutado si se atreve á volver, y yo seré la primera en denunciarlo, y así el padre de ese ser que llevas en tu seno, morirá en un patíbulo: oyéme, pues no quiero que me odies, quiero todavia ser buena contigo, apesar de todo; así, pues, si te resuelves á aceptar mis propuestas, podrás tener derecho de esperar algo en el porvenir ¿que dices?

—Digo, señora, que acepto!

—Entónces en breves dias vas á salir de aquí: yo te enviaré á una posesión que tengo cerca de Napoles; allí tendreis cuanto precises para vivir tranquila; debes cambiar tu nombre, acepta el de Marta, y cuando hayan pasado algunos años, yo te daré lo que necesites para salir de tu retiro, y antes, si es necesario, hare educar á tu hijo ó hija: entretanto, sigue cuidando á esa criatura que tambien es hijo de tu amante y cuenta por fin con mi benevolencia.

Teresa impresionada, viéndose sola en el mundo, con un enemigo poderoso como la Condesa; con el temor, en fin, de que aquella terrible mujer hiciese perseguir á Rodolfo, prometió hacer cuanto la Condesa le mandara y guardar en todo la reserva que se le imponía.

Cuatro meses despues dió á luz una niña que recibió en la pila bautismal el *nombre de Alina.*

Como en la noche anterior mi hombre se levantó, pero esta vez tomó bruscamente su sombrero, me dijo "hasta mañana" y salió exhalando un profundo suspiro.

TERCERA VISITA

—

Daban las ocho de la noche del dia siguiente de aquel relato cuanto entró nuevamente en mi casa el señor misterioso que decía llamarse Marcelo.

—No se si Vd. recordará, me dijo, que yo me encontré en un combate con los carabineros del gobierno; bien, pues, desde aquel dia tuve, apesar de mi juventud, cierto ascendiente entre mis compañeros. Beppo, por otra parte, hacía de mí marcadas distinciones.

Los combates se sucedieron con mucha frecuencia y debo declarar que, aquella vida de agitación y de peligro, había llegado á ser para mí una verdadera necesidad; casi estoy por decir que gustaba de la sangre, y que el grito estertóreo de dolor de los que caían era para mis oídos una música grata.

Beppo me nombró su segundo y, un año despues, me confió la misión de acercarme al director de la guerra, un antiguo General Republicano, llamado Gandia, que se hallaba en Roma.

El Gefe superior, ó director, como le llamaban

los oficiales, recibió y escuchó con atención las noticias que yo llevaba de Nápoles.

Debo hacer presente á Vd., agregó Marcelo, que para acercarme á aquel personage tuve que pasar por muchas y variadas formalidades; así, la primera persona á quien tuve que dirigirme fué á un escultor, de apellido Fiorello, que residía en la Via Apia. Al presentarme á aquel hombre, tuve que hacerle una imperceptible seña con los labios, que fué contestada por una igual; acto continuo pronuncié la letra G, que fué contestada por A, y repitiendo otra seña con la mano agregué N, y entonces él terminó D: momentos despues le hablé al oído pronunciando la mitad de la palabra sagrada, que él terminó deletreando.

Fiorello, por otra parte, me dió instrucciones para un abogado de nombre Ortissi, con el que tambien tuve que usar un formulario: Ortissi me puso en comunicacion con un sastre Martini, y este último, al fin, anunció mi visita al General Gandia, que tenía sus habitaciones en el último piso del Hotel Quirinal.

Despues de dos horas de una larga conferencia, me dijo el General:—

Mañana mismo sale Vd. para Génova, allí immediatamente tomará Vd. el piróscafo Lepanto que parte para Nueva York; las instrucciones cifradas

que encontrará Vd. en esta cartera, le indicarán todo lo que tiene que hacer: esta letra por 20.000 dollars le será á Vd. abonada por el Banco Astoworp de aquella capital; creo que esa suma basta para las necesidades perentorias en la América del Norte.

Cuando á los veinte dias desembarqué en Nueva York y me presenté al Gefe del comité Carbonario, que tenía allí el objeto de comprar armas, y con todas las reservas imaginables embarcarlas en buques de nuestros afiliados que debían descargarlas en ciertos puntos de la costa de Italia, me encontré con la noticia de que cuatro dias despues de mi salida de Génova, Gandía había sido asesinado en Trastevere; que otro gefe de nombre Christóforo, habia sido arrestado por la policía de Verona, que las compañías de Nino, Masaniello, Terssi della Torre, Crosi y Brunetti, que funcionaban en Liguria, Lombardia, Roma, Nápoles y Piamonte, habian sido completamente deshechas y que Beppo había tenido que refugiarse en Bergamo, de donde había conseguido pasar á Francia.

El señor Zambriani, para quien yo había llevado la misión de recibir el primer contigente de armas y gente para desembarcarlas en Italia, ante mi desesperación, se encogió de hombros, como hombre acostumbrado á toda especie de contrariedades

y me dijo: Per adesso, tutto é finito, e forza aspettare ed aspetteremo. Piano piano si va lontano. Quell' infame Ortissi ha venduto i nostri amici, lei aveva nella sue mano gli fili della conspirazione e ci tradí; pero lui morira e saprassi cosi, come si castigano i traditori.

Quice hacer entrega al señor Zambriani de los 20.000 dollars, pero él me dijo: nó; reservelos Vd., vuelva á Europa, pero no á Italia. Constame que la policía de Nápoles busca con insistencia un bandido de nombre Marcelo, y probablemente ese bandido es Vd.; yo pronto partiré tambien para Francia, vaya Vd. allí. Beppo ocupa una pieza en el hotel Helder calle del mismo nombre en París y se llama el señor de Moriani.

Tres dias despues tomé pasaje para Enropa y á los quince dias me hallaba instalado en el hotel indicado por el señor Zambriani.

Beppo, ó mejor dicho el señor Moriani, hacía ocho dias que había salido de París.

Sin relaciones, sin conocer siquiera el idioma, triste y con el pesar de no saber una palabra del paradero de Beppo, me aburría grandemente en la gran capital de Francia.

Un dia, que paseando el bosque de Bologna, habia entrado al Restaurant de la Cascada para tomar café, noté que un jóven que se hallaba allí,

en una mesa de enfrente, me miraba con cierta impertinencia; en el momento en que me disponía á manifestarle cuanto me fastidiaba su insistencia en analizarme, el jóven se levantó y sentándose en mi misma mesa, me dijo, sin cumplimiento alguno.

—Creo, señor; que no es esta la primera vez que lo veo á Vd.

—Es posible, contesté, pero sea la primera ó la segunda, porque para el caso es lo mismo, le participo á Vd que no es de mi agrado que se me examine de la manera con que Vd. lo hace y que tampoco encuentro correcto se me dirija la palabra tan sin ceremonia.

—Tiene Vd. caballero sobrada razon, en manifestar su disgusto; yo soy el primero en reconocer mi falta, pero como creo que le soy deudor á Vd. de un gran servicio, quería aprovechar la oportunidad de agradecérselo y esto es lo único que puede servirme de escusa: Se parece Vd. extraordinariamente, agregó, á un jóven que me salvó la vida en los Abruzzos, hace un año poco más ó ménos; creía yo entonces que había caído en manos de una partida de Condottieri; me suponía por tanto, que entregándoles la bolsa, había yo cumplido con mi misión y ellos con la suya tomándola; pero como antes de caer yo preso había habido combate

y creo que herí ó maté uno ó dos de sns compañeros, mi posición se presentaba un poco difícil puesto que querían sencillamente arcabucearme, cuando Vd. se presentó. Su posición, señor, de gefe de aquella gente, hizo cambiar la faz de las cosas (debo declarar que muy oportunamente) pues, ante las manifestaciones de aquellos caballeros que encontraban un acto muy utilitario mi eliminación, dominó la órden de Vd. de ser puesto en el acto en libertad y al mismo tiempo de que se me entregase lo que se me había despojado, ménos las armas. He agradecido y seguiré agradeciendo siempre el inmenso servicio que Vd. me hizo........ Algun tiempo despues supe, que Vds. no eran bandoleros propiamente dicho, sinó hombres quizá mal inspirados para elegir los medios de servir á la idea de la libertad. Mi madre, señor, agregó el jóven sacándose el sombrero, en señal de profundo respeto, mi madre reza todos los dias por la vida de Vd. y lo bendice con todo el fervor de sus creencias: soy hijo único.

—Acepto, señor, sus esplicaciones, contesté yo: en efecto, ahora recuerdo todo ¿no es Vd. Griego?

—Si señor.

—¿Y de nombre Astraos, no es esto?

—Si señor.

—Bien, crea Vd., señor, que no eramos Condiot-

tierii, y siga creyendo que no se desdora al dirigirme la palabra.

—Ah! señor, agregó el jóven, uno de mis mayores placeres sería que Vd. se resolviera á hacer un viaje á Atenas; mi madre lo recibiría como á un hijo. ¿Tiene Vd. madre?

—No señor, soy huérfano, y digo huérfano, aunque creo que tengo madre. Son las eternas historias de la vida; cada uno lleva una en el corazon.

—Vea, señor, continuó Astraos; Vd. es jóven como yo, tambien los griegos pensamos que para sacudir el yugo que tantas veces se ha querido imponer á la pátria todos los medios son buenos, y la palabra crímen desaparece, para darle lugar á la fórmula *necesidad:* mi madre, pues, lo recibirá á Vd., no solo como el salvador de su hijo, sino como un patriota que todo lo sacrifica por la libertad del suelo donde nació: hay además en su manera de ser algo que me interesa particularmente, hay algo melancólico, algo de desencanto, algo en fin, que no sé como interpretar, pero sus últimas frases están saturadas de amargura y yo quiero ser su confidente, porque todo hombre debe tener un amigo, y yo me siento capaz de serlo de Vd.

—Iremos, señor, á Atenas; nada tengo que hacer en París y yo acepto su amistad con la misma buena voluntad que Vd. me la ofrece.

Aquel jóven se despidió, entonces, para emprender viage á Grecia al dia siguiente.

Cuando esa noche me quedé solo; cuantos tristes pensamientos se agolparon á mi mente! acababa de negar á mi madre ¿y por qué? ¿No la había yo abandonado tambien? ¡qué triste historia habría en aquel corazon! ¿porqué se fué á Francia? Beppo me decía en las largas horas de nuestra vigilia que toda mujer lleva un secreto en su alma, cuando no es ella misma un secreto para el hombre: ay! me agregaba, como respondiéndose á si mismo; yo tambien he querido y he querido mucho, muchísimo ... he visto al Stromboli vomitar torrentes de fuego y sus estremecimientos han hecho conmover toda la Sicilia .... el fuego de ese volcan, no es comparable al fuego de mi alma, y sus estremecimientos, no alcanzan, ni con mucho, á los que yo he sentido en mi corazón .... Cuanto dolor, Dios mio! He visto caer centenares de hombres diezmados por la metralla, como caer las mieses cegadas por la afilada hoz; he visto en el Océano bramar la tempestad, desencadenándose relámpagos, truenos y rayos; he visto la muerte cien veces delante de mí, y en presencia de todos esos cataclismos, he permanecido sereno, sin agitarse ni una sola de mis fibras: y sin embargo, los recuerdos, esas en-

tidades sin forma, ni color; esos écos perdidos de otra época de la vida, esa cadena de cuyos estremos uno se ata al pasado y el otro se ciñe al presente de nuestra existencia; los recuerdos, ó mejor dicho, ciertos recuerdos, me hacen llorar, me hacen temblar, y envuelven como un sudario de eternas tristezas todas las horas de mi vida. Oh! si hay un Demonio familiar que tiene por misión acompañarnos siempre, ese demonio, Marcelo, es la memoria.

La noche que Beppo hablaba así, brillaba la luna en todo su esplendor, el aire estaba aromatizado por el perfume de las flores silvestres; nuestros compañeros dormían acostados en la menuda grama y mi buen amigo se hallaba en uno de esos momentos en que la memoria abre la válvula en el recipiente de nuestros secretos, que salen á borbotones, como gemidos ó imágenes de los eternos torcedores de nuestra conciencia ó de nuestras pasiones. De pronto quedó profundamente abatido, permaneció algunos minutos con la cabeza inclinada y poco despues pronunciaba en voz sumamente baja estas palabras: Quisiera arrancarte el corazon con los dientes, mascarlo y escupirlo ..., Teresa, te quiero tanto .... como te aborrezco .... quisiera darte la mitad de las penas que lleva mi alma para saborear el placer de

verte nadar en las llamas del infierno que me abraza.... quisiera darte mil vidas para tener la satisfacción de quitártelas una á una.... para tener el placer de darte mil muertes ...¿Por qué se ama? ¿Por qué se ódia? ¿Cuál es la razon del movimiento que determina lo uno y que produce lo otro? ¿Si es el alma el centro de nuestros estímulos, centro único, indivisible, por qué surgen de él opuestas pasiones? Si son dos ideas distintas, por qué esa contradicción tremenda? Por qué el *ser* y el *no ser?* Oh! que misteriosa es esta existencia y cuán difícil es penetrar en el arcano para poder saber porqué se siente, para poder saber porqué se vive!

Estas y otras esclamaciones las producía mi amigo y al repetírmelas yo, lo hago bajo el imperio de un sentimiento distinto. Sí, todavia no me doy cuenta de lo que es, de lo que quiere mi corazón: ay! abierto apenas á las impresiones de afectos purísimos, todos mis encantos desaparecen en un momento, y sin fé, sin ambiciones, sin nada, me encuentro como desterrado en el mundo ¿Qué voy á hacer ahora? me decía. No tengo siquiera, la idea de donde podré encontrar á Beppo, á este hombre extraordinario que ha tenido el poder de subyugarme, á este hombre.... apenas había articulado mentalmente su nombre, cuando se

abrió la puerta y estendiendo los brazos Beppo me estrechó con la mayor efusión.

—Pensaba en vos, le dije; á lo que él me contestó, pensaba en tí: crée Marcelo, estos pensamientos nuestros no son el producto de la casualidad, es una influencia magnética que nos atrae, que nos acerca, y sin darnos cuenta de ella, la presentimos.

—Se me había dicho que habiais salido de Francia, le dije.

—En efecto contestó, he tenido que hacer un viaje para preparar otro; ahora soy libre, enteramente libre, y tengo tomada mi determinación: me voy á América, no lo he hecho ya, porque quería verte y hasta proponerte que me acompañases, casi no tenía duda de que te vería en Paris, contaba para esto con que Zambriani, te habría dado mi dirección. ¡Qué contraste tan tremendo, Marcelo! cuando las esperanzas parecían más risueñas, desaparece todo en veinticuatro horas; me ves vivo casi por un milagro.

—Todo lo supe en América, contesté, y como lo habeis pensado, os buscaba, primero, porque deseaba veros y seguir vuestra suerte; despues para haceros entrega de los 20,000 escudos que recibí en Nueva York, y por fin, para preguntaros ¿que debemos hacer?

—Lo primero que debemos hacer, Marcelo, es dejar la Europa y si es posible hasta olvidarla, teniendo presente el proverbio que dice: "ojos que no ven, corazon no siente", así, si quieres mañana tomamos el tren y partimos para Marsella, tres dias despues podemos salir para la América del Sud. En cuanto al dinero recibido lo entregaremos á Fiorello, para que proteja á las viudas y huérfanos de nuestros amigos muertos en acción de guerra ó fusilados por el Gobierno.

—No trato de contrariaros en nada, estoy dispuesto á acompañaros á América, pero una circunstancia particular me obliga á hacer un breve paseo á Grecia.

—¿A Grecia, dices? Y que tienes tú que hacer en ese desgraciado país? Mira, Marcelo, nunca te he pedido nada, ahora te suplico que no hagas ese viaje.

—No me doy cuenta de vuestras aprensiones, y la verdad es que son bien raras; pero, en fin, si lo deseais, mi compromiso con el señor Raul Astraos, no tiene nada de rigurosamente acordado.

—Astraos! no es ese el nombre que has pronunciado?

—Sin duda!

—Bien, eso me obliga más á pedirte nuevamente que desistaís, algun dia te contaré algo que

hoy me vas á permitir reservar y eso te esplicará la razón que tengo para solicitar que marchemos hoy mismo: tú debes tener la dirección de esa persona, escríbele una tarjeta disculpándote y partamos.

—Así lo hice, y tres horas despues nos encontrábamos en el ferro-carril, con dirección á Marsella: en esta capital estuvimos cuatro dias; allí supimos que el Gobernador de Nápoles había hecho ahorcar á Corsi y que se continuaba las mas escrupulosas diligencias para encontrar el paradero de Beppo y de otro bandido jóven que lo acompañaba.

Cuando Beppo leía estas noticias me miraba, se sonreía tristemente y murmuraba con cierta ironia: *Pecato*!

Dos meses despues estábamos en el Rio de la Plata. Desembarcamos en Buenos Aires con el escaso capital de mil escudos, en esta capital solo permanecimos un mes y de ella nos trasladamos á la Provincia de Santa-Fé, donde empezamos á trabajar como agricultores; en esa ocupación permanecimos ocho años, que fueron altamente propicios, puesto que al fin de ellos éramos ya lo que puede llamarse ricos.

Un dia me dijo Beppo: volvamos á Europa, Marcelo; no es justo que yo te sacrifique; tú tienes

horizonte, por que eres jóven y tu corazón no tiene aun la inmensa suma de los dolores que lleva el mio; quizá todavia puedas ser feliz ¡quién sabe! Volvamos pues, yo te acompañaré hasta donde pueda. Quizá te parezca enigmático....algun dia sabrás todo; entretanto, es indispensable que llevemos los nombres con que hemos venido á América, por otra parte el mio no es del todo falso, puesto que pertenece á uno de mis antepasados que llevaba el título de Baron, con el que yo quiero presentarme; tú comprenderás, desde luego, que en todo esto llevo yo alguna idea; las ideas republicanas se contradicen con los títulos, asi al verme tomar lo último, dadas las condiciones de mi carácter, es fácil imaginar que á ello me obliga determinado propósito.

No habían cumplido dos meses de aquella conferencia con Beppo, cuando desembarcamos en Burdeos y de allí nos trasladamos á Paris, tomando por domicilio el Hotel Continental.

Yo puedo decir á Vd. que me entregué á esa vida de placeres, de exhaltación y de alegría, que no conocía, pues mi juventud primera, como he dicho á Vd., pasó de una manera desastrosa. Paris por otra parte es el centro á donde converge todo aquello que puede alhagar la existencia humana; para el poder de la seducción no hay barrera, allí

se encuentra todo lo mas grande, todo lo mas bello; pero, si se busca, se encuentra tambien todo lo mas infame, todo lo mas pequeño. Paris, por fin, es un Paraiso ó un Infierno.

—

Marcelo se despidió nuevamente, prometiendo volver al siguiente dia; sin embargo, no fué así, pasaron mas de ocho, y cuando yo empezaba á lamentar que se hubiera terminado una historia que ya me interesaba sobre manera, apareció mi hombre mas pálido y desencajado que de costumbre y al saludarme cortesmente agregó: pensaria Vd. que no volvería, es verdad? Pues crea Vd. que eso ha podido acontecer, pero en fin, como no ha sucedido, vuelvo á mi historia.

CUARTA VISITA

—

Teresa, despues de la promesa que le hizo á su rival la Condesa Sofía, se instaló en la granja inmediata á Sorrento. Allí sola, con su hija, con su intenso amor y con su pena, veía pasar las horas, los dias y los años, evocando siempre la memoria de su amante y lisonjeada con la esperanza de que algun dia volveria á ver á Rodolfo, el hombre de

su corazón, el hombre que no podía haberla olvidado y que solo por la fuerza inquebrantable de un fatalismo, no había vuelto á llegar hasta ella.

Asi es el corazón: á medida que se analizan nuestros sentimientos, á medida que pretendemos darnos cuenta del porqué de nuestras esperanzas, de nuestros deseos, de nuestras ambiciones, nos perdemos en el laberinto de nuestras variadas impresiones y nos perdemos porque la duda viene á velar eso que llamamos ideal, aspiración, ensueño y algunas veces quimera.

Pasaban los años, largos y monótonos; el corazon de Teresa no tenia sino latidos para Alina y recuerdos para su amante. Un dia, dominada por una idea extraña, y sobre todo celosa, se decidió á presentarse en el castillo de la Condesa Sofía, que estaba de grandes fiestas con motivo de la llegada de la espléndida señora.

Se hizo anunciar por una camarera y cinco minutos despues fué récibida en un pequeño retrete.

Cuando las dos mujeres estuvieron una frente de otra, se contemplaron de hito en hito, con esa frialdad y ese encono que ofrecen los justadores, antes de entrar en combate.

—Teresa fué la primera en romper el silencio: Señora, díjo: hace ya diez años que, por el amor

de un hombre, vivo aquí secuestrada y solitaria; ni una sola queja ha salido de mis lábios, porque en medio de todas mis tristezas, vive todavía constante y simpática la idea de que volveré á ver á Rodolfo; vengo, pues, señora, á que me deis alguna noticia suya, pues tengo la plena seguridad de que vos debeis saber donde se halla.

—Oye, Teresa, contestó la Condesa con cierto énfasis: no sé verdaderamente qué me sorprende más, si tu audacia al presentarte en el Castillo, para pedirme noticias de tu amante, ó esa constancia de que haces gala por el amor de un hombre que parece te tiene completamente olvidada. Flor silvestre, arrancada por el primer pasagero de la montaña, has formado un idilio, un encanto, una pasión y al fin tienes la audacia, la pretensión de venir á pedirme cuenta de cosas que, si á tí te son simpáticas, para mí son de todo punto indiferentes. Yo no te he retenido los diez años en la Granja, creí hacerte un servicio y nada más, te encontrabas sola, viuda, sin recursos y ya sa; bes en qué estado; te estendí la mano; tu amantete abandonó miserablemente; crees tú por ventutura que yo me he vuelto á preocupar de aquel advenedizo.

—Señora, aquel advenedizo era el padre de vuestro hijo.

—Aquel advenedizo, replicó la Condesa, era el hombre de la casualidad, del estravío de un momento y nada más.

—Aquel hombre, señora, aunque lo neguéis, era el hombre brutal de vuestra persona, la ambición sensual de vuestros deseos, quizá de vuestros caprichos: no sería, si quereis, el sèr de vuestro corazón, porque vos no lo teneis, ni lo habeis tenido, pero de ninguna manera era el ser indiferente, el despreciable advenedizo como acabais de clasifi carlo. Decís que me ha olvidado abandonándome y yo os respondo, que no lo creo, porque si vos, como decís, fuiste víctima de la oportunidad, del estravío de un momento, yo no fuí víctima, sino ser consciente, lleno de amor y lleno de fuego, que todo lo rindió á su amante y hubiera perdido su vida por él. Vos le ofreciste el frío alhago de un deseo, yo le dí mí corazon con todo su supremo encanto, mi alma con todos sus pensamientos, mi vida, mis esperanzas, mi honor, mi religión, mi frenesí. No, yo no fuí una flor arrancada al acaso; no, yo fuí un ser enamorado, perdidamente enamorado y por esa pasión olvidé al mas bueno, mas cariñoso y mas solícito de los mortales, á mi propio marido, y le ofendí y le ultrajé, porque fuí adúltera; pero así mismo, midiendo mi falta, mi crímen, si quereis, y comparándolo con mi pa-

sión, me siento orgullosa al descubrir que todos mis males y mis remordimientos, están compensados con la satisfacción de haber amado y haber sido amada. Comparad ahora lo que vos habeis sido y sorprendeos cuanto querais de que yo os pregunte por él.

La Condesa Sofía estaba trémula de cólera, se sentía humillada por la explosión de amor de su rival, pero no quería darse por vencida. Despues de lo que acababa de oir era fácil comprender que pisaba un terreno deleznable y que sino operaba con sagacidad y talento sería necesariamente derrotada: hizo un esfuerzo y, con aparente tranquilidad, le dijo:

—Tú, desgraciada criatura, le has dado á ese hombre cuanto se dá en el misterio, en la soledad, en la vida precaria del labriego. Todos esos sentimientos, esos arrebatos de que has hecho alarde, son fuegos fátuos, fosforescencias en la inmensidad del mar ¿Quién apreció tus afectos y tus faltas? Un marido celoso; vino en seguida el terrible sacudimiento; despues, nada; el hombre de tus esperanzas desapareció como desaperecen los fuegos fátuos; entretanto, yo dominada por el vértigo, por lo que tú quieras, le dí á ese hombre, el derecho de la consideración de un amante, le dí la satisfacción de tener por querida una mujer jó-

ven, rica, bella, espectable, bien nacida; lo relacioné con cuanto hay de más encumbrado en nuestros altos centros y, por fin, dándole mi honor, le he sacrificado cuanto una mujer de mi posición puede hacer por un hombre.

Vos le habeís dado todo, replicó Teresa, ménos el corazón, ménos amor. Vos misma lo acabais de decir, le habeis sacrificado. Oh! yo no hice nunca sacrificio alguno; una vez establecida la corriente, su cauce me arrebató hasta el torbellino. Apesar de vuestro talento, habeis estado pobre en la réplica, no os hago cargos, no sabeis amar.

Al pronunciar Teresa esta última frase, sé abrió bruscamente la puerta y apareció Rodolfo, que habiendo llegado al Castillo, casi junto con su amada, no había perdido una sola palabra de la entrevista de las dos mujeres.

Hacía diez años que no veía á Teresa y venía por ella: entrar; tomarle afectuosamente la mano é imprimirle un beso en la frente, fué casi instantáneo.

—Perdonadme, dijo, dirigiéndose á la Condesa, perdonadme, os lo ruego encarecidamente. En todo el curso de mi borrascosa vida, he amado tan solo una vez. Es Teresa el único ser cuyo recuerdo me ha consolado en las horas de mi

eterna tristeza, la única luz en las tinieblas del negro laberinto de mi vida. Dios ha querido que aun aquellas almas mas extraviadas ó corrompidas, tengan un movimiento digno, aun en medio de las grandes perturbaciones engendradas por el vicio, por la fatalidad. Amando á Teresa, yo me siento bueno, regenerado, grande, magnánimo, Dios viene á mí, me ampara, me bendice y me dá la conciencia de un inefable sentimiento, puro como es el amor de Dios. Todo lo he oido, señora, y ya que, como decís, Teresa está viuda, os protesto que cambiaré su situación y que la haré mi esposa; y diciendo así tomó á su amante y salió del Castillo.

La Condesa los vió alejarse con extraordinaria indiferencia y con su rara filosofía murmuró: Pobre gente, no se dan cuenta que las impresiones mas poderosas se gastan con el frote del tiempo, del tiempo que todo lo consume y destruye; han fabricado un ídolo de barro, lo han contemplado orgullosos y ni siquiera se les ha ocurrido recordar la fábula de Prometeo:—faltó el soplo divino para animar la obra;—mañana el cansancio, el hastío, el marásmo engendrará la Tísis del corazon; entonces, esos sentimientos tan exaltados, languidecerán; la realidad, la verdad amarga, harán desaparecer el equilibrio que sostiene ese ideal y al

desvanecerse las ilusiones, caerán secas y marchitas, como las hojas de la flor que agosta la níeve, violentas, como los aludes que desprende y precipita la tempestad, ú horribles como el mecanismo de ese infierno que se llama tédio, remordimiento ó anhelo de un mas allá, que no se verá nunca, pero que se presiente y se ambiciona. Creen que se aman, continuaba: las leyes químicas nos enseñan esa simpatía de los cuerpos que produce las afinidades; pero si interviene otro agente, en mil circunstancias, las afinidades desaparecen; se desprenden gases, se precipitan bases, ó se forman combinaciones inestables. Las afinidades de las almas, pues, son como las afinidades químicas, ya intervendrá algo que destruya ó neutralice esa decantada simpatía.

En este modo de pensar la Condesa era consecuente consigo misma, jamás había amado, tomaba la vida como un raudal que corre y corre, ya entre flores ya entre cieno y al fin se precipita en la inmensidad del mar, que es el fin de todas las corrientes, como la muerte es el fin de nuestra vida.

Sofía era una muger descreida; para ella la verdad era el presente, el desengaño el pasado y el arcano el porvenir, el egoismo era su norma, el

placer físico su medio y fuera de esto, la indiferencia su filosofía.

La noche del mismo dia en que había tenido lugar la escena relatada, tenía lugar una gran fiesta en el Castillo de la Condesa.

El episodio de la mañana no había dejado impresa la menor seña en su fisonomía; sarcástica, bromista, alegre, frecuentemente espíritual, entretenía á cada uno amenizando la fiesta con su esquisita urbanidad.

De su marido, con quien apenas había vivido tres meses, no había vuelto á tener noticias. Vd. recordará, agregó Marcelo, que aquel se había ausentado acompañando á la señora Marquesa de Montefelino, que como se sabe, quedó viuda al poco tiempo del casamiento de Sofía.

Ni aquella ausencia, pues, ni la ignorancia de su paradero había producido el mas ligero efecto. Cierto es que ella se casó mas por darle libertad de acción al amante de su tía, que para tener marido propiamente dicho.

Había pasado pues su primera juventud, rayaba ya en esa edad á que las mugeres y los hombres de mundo, llaman juventud madura, y si bien su alma había sido siempre impenetrable para los grandes afectos, le placían, sinembargo, los

homenages, dejándose arrastrar por la corriente impetuosa de sus impresiones.

La Condesa, por otra parte, había llegado á establecer como un principio absoluto que toda mujer es susceptible de tener *caprichos*, caprichos que se traducen por amor y que frecuentemente son engendrados por vanidad, por envidia, por celos y aún por estravagancia. Solo así se esplicaba la estraña preferencia de Madame Deshouilliérs por Pradon, cuando Racine bajo tanto concepto representaba mas alta y mas distinguida personalidad. Solo así se esplicaba los escandolosos episodios entre Ninon de Lenclos y Marion Delorme por Richelieu y en este órden de ideas, la Condesa encontraba lógica en el vicio, verdad en el desórden y consecuencia en lo inmoral.

Obedeciendo, pues, esa noche á un instinto ciego, provocativa, chispeante, se dejaba perseguir por un hombre jóven, elegante y cuyos rasgos fisionómicos, traían á su memoria los de su antiguo amante que acababa de ver, y le decía:

—Hace apenas quince dias que os conozco, no puedo negar que me habeís sido simpático, casi estoy por deciros que concluireís por hacerme enamorar, pero tengo miedo y mas que miedo duda de que me esteís diciendo la verdad; reparad, agregaba, que vos sois muy jóven y que yo,

como podeis imaginaros, no puedo creer que os haya podido inspirar una pasión como la que decís os domina; quiero, pues, conoceros, quiero que me deis una prueba. ¿ Aceptaís ?

— Mandad, señora.

— Entonces, en el primer tren de Nápoles, marchais á París, dentro de ocho dias estaré yo allí, vos conoceís mi hotel.

— ¿Por qué me condenaís al suplicio de no veros en ocho dias?

—Acabaís, jóven, de decirme: mandad señora, y ya os quereís revelar: id; creeís que yo no siento dejaros partir, id, contad los días y entre tanto yo os prometo que vuestra memoria será mi constante compañera; no olvideís que esto os lo dice una mujer que no es jóven, pero que tampoco es bastante vieja para renunciar á las espansiones del corazón.

Raul de Astraos besó repetidas veces la mano de la Condesa y partió.

No sé si recordará, Vd., dijo Marcelo, quien es ese jóven Raul Astraos, pero por si lo ha olvidado, le diré que es aquel sujeto griego, con quien yo tuve una conversación en el restaurant del Bosque de Boulogne, y con el que me comprometí á visitar Atenas, cuando Beppo me hizo desistir de aquel viage, y me llevó á la América del Sud. Mas

adelante, tendrá Vd. la ocasión de oirme nombrar á este sugeto, pues, tiene su buena parte en la historia de mi vida.

La Condesa Sofía había venido á su granja de Sorrento, movida, por distintos intereses; quería, en primer lugar, tener noticias de su hijo Marcelo y despues inquirir algo sobre Rodolfo, pues aunque poco le importaba su antiguo amante, deseaba conocer cómo habían quedado sus relaciones con Teresa.

El suceso de por la mañana la puso en posesión de esta segunda parte, pero le quedaba por averiguar la primera y encomendó á Cecilia aquella investigación.

Las noticias que recibió de su fiel camarera, dadas por algunos de sus arrendatarios, fueron que Marcelo se había fugado hacía ya muchos años y alguno aseguró que lo había visto formando parte de la compañia de Masnadieri, que comandaba el célebre Beppo, agregando que en un encuentro con las tropas reales había sido tomado prisionero y ejecutado en el mismo campo de la acción.

Singular fenómeno: las pasiones afectivas puede decirse, como idea general, que tienen mayor imperio, mas perseverancia y mas espontaneidad en la mujer que en el hombre, y es precisamente

en la mujer donde está representado todo el poder del sentimiento afectivo, por el amor de los hijos.

Sinembargo, si la regla de ese afecto es la que rige, puesto que hasta en las bestias feroces el amor á sus crias es una manifestación de lo que importa, de lo que entraña ese sentimiento, existen esas escepciones brutales, esas criaturas imposibles, esas Medeas abominables que han perdido no solo la noción de sus deberes, sinó que han prostituido sus sentimientos, han envilecido sus afectos, han degradado, han corrompido infamemente todo su ser moral.

La Condesa Sofía que desde muy jóven se habia destacado como un ser en el cual se diseñaban los estigmas de una naturaleza perversa, oyó la relación de su camarera; sin que la mas ligera emoción sacudiera ni una de las fibras de sus músculos faciales.

Inquirió en seguida algo sobre la hija de Teresa y supo que dos meses antes de la fuga de Marcelo había sido puesta en una pensión.

Esa noche la Condesa no pudo conciliar bien el sueño, al ménos ese sueño reparador que provée al bienestar físico.

Cuando se adormia veía delante de si fantasmas ensangrentadas, la sombra de Genaro Beppo

amenazadora y tremenda; veía á Marcelo ahorcado y lanzándola en su hora extrema una angustiosa mirada, veía á Teresa perdida por su causa, pero adquiriendo en su abandono esa energía viva que ensancha, á fuerza de querer, la esfera de nuestras ambiciones y nos dá el instinto ciego ó fuerza inteligente, que se asocia á nuestros esfuerzos ó á nuestras pasiones; así, se despertaba sobresaltada y como dándose una satisfacción á sí misma decía: Son sueños, visiones pavorosas que no me amedrentan despierta, pero que me fatigan dormida: ¿qué representan esas imágenes siniestras? nada: una pequeña chispa en un antro oscuro......un soplo la apaga......sinembargo, de una chispa, puede surgir un torrente de fuego .... es preciso dejar la Italia......Algunas veces, continuaba, cuando me encuentro sola, me preocupo, y sinembargo interrogo á mi corazon y permanece mudo, seco, frio; interrogo á mi cabeza y la encuentro descreida y egoista......ninguna mujer me ha hablado comoTeresa....¿Será ella una escepción? ¿ Habrán seres que vivan con ese sentimiento infinito de ternura? ¿ Habrá un mas allá siempre para el que sabe amar? Pero ese orgasmo, ese eretismo del corazon que ama, no será reemplazado por el marasmo, por la atonía del corazon que olvida? ¿no es verdad, como

dice Juan Jacobo Rousseau, que los placeres exclusivos son la muerte del placer? y si muere el placer ¿qué lo sustituye? ¿adónde vá la vida? ¿qué tiene? ¿qué puede? ¿qué quiere?

A esto, me respondería Teresa: quiere tener la conciencia, la facultad de ser amada, que es un pedazo de Cielo donde se aloja el Dios de nuestra alma terrenal y toda la poesía de nuestra existencia, miéntras la ausencia de creer y la carencia de esperar, es el pedazo de Infierno que constituye el calvario de nuestras muertas creencias. ¿Tendrá razon Teresa? ¿podría yo regenerarme? ¿hay en mi algo para esa esperanza? O estaré condenada, como Satanás, al eterno suplicio de no amar nunca?

La Condesa cerró fuertemente los ojos, hizo un ligero movimiento de hombros, quedó un momento en vacilación y en seguida dejó escapar una carcajada que tenía algo de histerica, y esclamó: Vamos!

Ocho dias despues daba una fiesta de recepción en su hotel de Champ Elyses en Paris.

El caballero Astraos era el galanteador mas asíduo de la Condesa, pero apesar del poderoso esfuerzo que hacía para entretener el prestigio de sus espresiones, sucedía, con frecuencia, que

la conversación languidecía, y él se encontraba poco ingenioso para reanudarla.

A la condesa, mujer de mundo, no se le podía ocultar aquella circunstancia y trataba de procurar una esplicación, poniendo en juego el esquisito arte que saben emplear ciertas mujeres para así poder penetrar en ciertos secretos.

Astraos, apesar de su talento, incurría frecuentemente en inconsecuencias, y por ese medio Sofía estuvo plenamente convencida que Raul, al mismo tiempo que la galanteaba, se hallaba, sinó enamorado, al ménos encaprichado por otra mujer.

Como es fácil comprender, no era Sofía mujer de impresionarse por esas inconstancias, ó traiciones de amor, como ella las llamaba; así, hizo de manera que Raul imaginara que le era indiferente, en tanto que jugaba una partida de coqueteria ó de atracción con algun otro de sus admiradores.

Esa noche le tocó su parte de predilección á un antiguo conocido nuestro, el señor baron de Moriani, que ya hacía tiempo era uno de los *habitués* del palacio de la Condesa.

Sofía puso en actividad todos los recursos de su coquetería femenina, y sobre todo de la coquetería de una mujer que ya rayaba en los cuarenta

y ocho años, edad que ella trataba de ocultar y que disfrazaba tanto por el arte, cuanto por la singular frescura que había tenido la suerte de conservar.

Tenía el baron de Moriani un particular interés en ser amigo de la Condesa, pero muy poco, ó mejor dicho, ninguno en ser su amante.

Como se verá pronto, el baron había marcado su punto objetivo en las visitas de aquel Hotel; le convenía mucho, para sus fines, la relación de Sofía; y por otra parte, sabía de antemano que aquella muger era amazada con granito, que tenía por placer hacer víctimas, pero que ella no se inmolaba por nada ni por nadie.

En uno de los muchos giros de la amena conversación que entretenían, mientras que varios grupos jugaban, chanceaban, ó paseaban á su alrededor, preguntó la Condesa casi bruscamente:

—¿Conoceis, baron, al caballero Raul Astraos, que habeis visto varias veces en casa?

—Y el qué, señora, si no me engaño, os rinde todo el homenage á qne sois acreedora, por vuestra belleza y gracia, contestó el baron. Sí, lo conozco, ó más bien dicho, conozco su historia.

—¿Cómo, tiene historia ese caballero?

—Quién no la tiene en esta miserable vida! quién no lleva escondido algun secreto en lo

más íntimo de su corazon! Vos misma, señora, debeis tener alguna historia, breve, sin gran interés quizá, pero reservada ¿no es cierto?

—Nó! contestó Sofía: la vida de una mujer como yo, es muy insignificante para tener historia, casi está reducida á la toilette, al paseo, teatro y recibos: como casada muy pobre novela, abandonada por mi marido, me resigné pronto á vivir sin él; me casaron á los diez y siete años, cuando aún puede decirse que no se ha vivido; despues no he amado nunca, ¿qué historia quereis que yo tenga?.. pero en cambio me habeis dicho que conoceis la de ese caballero y tengo interés en que me la conteis.

—Señora, podeis creer desde luego que seré tan complaciente como querais, y aún podre agregar de antemano que os interesará sobre manera; pero voy á suplicaros, y para esto tengo razones que me vais á permitir reservar, que espereis todavia una semana; pasado ese tiempo os la contaré, con todos sus detalles.

—Respeto los motivos que decís tener para vuestra reserva, señor baron; por otra parte, mi interés no es tan grande como para que esto pudiera ofrecerme una contrariedad. No sé si vos conoceis cómo ha tenido lugar mi relación con ese caballero; todo fué debido á la casualidad

de que me prestase un servicio: figuraos que los caballos de mi carruage, espantados por no sé qué, tomaron el escape, y debido al oportuno socorro que me prestó, salí sin lesión alguna del percance: fuera de esto, ignoro quién es, aunque me hago un deber en manifestar que me parece una persona distinguida...... pero me hablais de historias y os prevengo que no olvidaré la que me habeis prometido, pues dejaría de ser mujer si no fuera curiosa.

—Señora, podeis creer que será mucha mi satisfacción, toda vez que pueda daros un rato de placer.

Algunos minutos despues de la conversación con la Condesa, el baron discutía con el señor Raul sobre la superioridad de la escuela italiana á la francesa, en el arte de la esgrima.

Raul como se ha dicho, estaba distraido, y el baron que creía adivinar la causa de aquella situación de ánimo, como hombre de mundo, insinuó un motivo que bien pronto lo puso sobre la pista.

—Mi querido amigo, dijo, dirigiéndose á Raul; vuestra escuela francesa no os ayudaría mucho hoy en un asalto de armas: os noto preocupado y para tener ojo fijo, brazo firme y movimiento rápido, la preocupación es una mala circunstancia.

—Quizá teneis razón, repuso Astraos; creo que estoy preocupado.

—Y yo, que tengo la pretensión de adivinar, me atrevería á deciros que el motivo de esa preocupación está en la Rue Laffitte.

—¿Cómo sabeis ó podeis saber eso señor baron? exclamó con cierta sorpresa Raul, os anticipo que por esta vez habeis adivinado.

—Y me dareis patente de nigromántico cuando os agregue, que no es ageno á vuestro pensamiento cierto caballero llamado Marcelo y cierta jóven llamada Alina.

—Por la santa memoria de Cristo, os aseguro que decís verdad, pero ya que parece conoceis tantas cosas, imaginais que Alina pueda corresponder de alguna manera á ese jóven que habeis llamado Marcelo?

—El corazón de la mujer es un abismo, repuso el baron, no es posible penetrar en el fondo; solo nos es dado ver la superficie. Vos amais locamente á Alina, teneis motivo para apreciar, sinó para querer á Marcelo, puede decirse que hasta hace poco tiempo teníais completa fé en la que aspirais á llamar esposa, ni la más leve sombra oscurecía vuestro horizonte; hoy, apesar vuestro, teneis miedo de que otro os arrebate el afecto de vuestra amada y bajo el imperio de

eso que llamaremos celos, casi, casi estais por provocar un lance á vuestro antiguo conocido el caballero Marcelo.

—Y lo provocaré, si es necesario, repuso Raul con entereza: no es este el momento de haceros mi profesión de fé, pero ya que apareceis como adivinador, creo escusado haceros saber que defenderé mi alma contra todo lo que trate de amargar mi vida.

—Voy á haceros otro vaticinio, caballero Astraos, dijo solemnemente el barón. Vos no os casareis con la señorita Alina, vos no os batireis con el caballero Marcelo.

—¿Y quien sois vos, señor, para hacer esos vaticinios ¿y sobre todo con que derecho los haceis? ¿creeis por ventura que mi credulidad llega hasta el extremo de dar crédito á vuestras paradojas?

—Señor Raul Astrados, los celos y la ira, son muy malos consejeros, tomad como querais mis opiniones, yo tampoco me batiré con vos, aunque casi tendría razones para hacerlo, como tampoco se batirá Marcelo, creedlo, jóven!

—Eso lo veremos, y en cuanto á vos, desde este momento declaro que me teneis que dar ámplias explicaciones á todo cuanto acabais de decir y lo hareis ¿no es verdad? dijo Raul, dándole á su voz un acento imposible de desconocer.

—No sé, contestó el barón; lo que si sé, es que preferiría no daros esplicación alguna.

Iba á replicar Raul, cuándo la Condesa se presentó y con suma coquetería tomó el brazo del jóven, diciéndole al mismo tiempo: — Tened la bondad de descifrar este enigma que acabo de encontrar en este periódico.

—Los enigmas, señora, solo lo descifran los nigrománticos, ó los charlatanes; dirijios, pues, al señor barón que tiene la pretensión de adivinar, él quizá podrá servir mejor que yo á vuestra indicación.

Aquella agresiva contestación demostró desde luego á la Condesa, que estos caballeros tenían algun motivo sério para no estimarse, pero no dándose por entendida y tomando, al contrario, una espresión de la mayor sinceridad, exclamó sonriendo: ¿quién es ella? A Francisco 1º, á Pedro el Cruel y á no sé cuantos, he oido aplicar esta interrogación; así, como os he visto conversar largamente y por la espresión del señor Raul me parecía contrariado, he venido intencionalmente á poner término á todo, y por consiguiente á evitar consecuencias. Observo, sin embargo, que el caballero Astraos, se ha olvidado que estaba en mi casa, por cuyo solo hecho me debía alguna consideración.

—Perdonadme, señora, he tenido un mal momento, y soy el primero en reconocer que os he faltado, os ofrezco todas mis escusas y creo que sereis bastante bondadosa para aceptarlas.

—Y desde luego las acepto, añadió Sofía, pero tambien os impongo y en esto me obligareís mucho, que os saludeis cordialmente con este caballero.

—Es inútil, señora, dijo á su vez el baron, el señor Astraos no podrá ser amigo mio, al ménos por ahora; así, si por cortesía y consideración á una bella dama, me saluda, dentro de algunas horas quizá, me provocará un lance.

Marcelo se levantó y sin mas cumplimiento me dijo: hasta mañana!

QUINTA VISITA

Al dia siguiente de los episodios que se han transcripto, entró aquel jóven y empezó de nuevo su narración.

¿Quién era Beppo? Hasta ahora solo lo conoce vd., me dijo, como un Capitan de una partida republicana que se había dado en llamarlos bandoleros, merodeadores de la Calabria.—Ya sabe vd. señor, que

desechas las operaciones intentadas para la regeneración política de Italia, tuvo que irse á la América del Sud y que regresó á Europa algunos años despues, llevando el título de Baron de Moriani. Su verdadero nombre é historia vá vd. recien á conocerlo ahora.

Andrea d'Alconti, nació en Sicilia allá por el año de.... hijo de un honrado escultor, recibió una educación esmerada y tomó por carrera la marina mercante; durante algun tiempo viajó como piloto en buques que hacían la carrera del Levante hasta que la conscripción lo obligó al servicio de las armas como soldado en el ejército real. Terminado aquel servicio volvió á Sicilia y halló á su padre paralítico, pobre y puede decirse abandonado, porque no tenía parientes.

El anciano d'Alconti, aunque escultor, era de noble estirpe, pero no usaba su título porque era de los que creen que los títulos que no dá la ciencia ó el arte, no son sinó vanaglorias ó fatuidades humanas, y por otra parte, su espíritu republicano le hacía desdeñar esas fórmulas de superioridad que no caben en los grandes conceptos de la igualdad y de la libertad.

El viejo d'Alconti pues, se hallaba en la mayor pobreza y soledad, cuando llegó su hijo Andrea como una providencia para su casa. El antiguo

marino comprendió que no era posible dejar á su padre en semejante situación, y no pudiendo volver á la mar, se consagró con todo esfuerzo al estudio de la agricultura. Hombre de poderosas cualidades y gran perseverancia, al poco tiempo se dió cuenta práctica del modo de aumentar las producciones y con el apoyo de un sacerdote amigo de su padre, consiguió hacerse arrendatario en una gran propiedad que poseía cerca de Palermo la señora Condesa Sofia X.

Por aquel tiempo su principal anhelo era atender al anciano padre, procurándole todos los medios al bien estar posibles: al mismo tiempo Andrea se ilustraba, y no poco, porque el viejo escultor d'Alconti era además de artista, un hombre altamente ilustrado.

Asi pasaba su vida sin grandes preocupaciones ni muchas necesidades, cuando el anciano paralítico tuvo un nuevo y sério ataque, que puso en peligro inmediato su existencia. Su amigo, el venerable sacerdote, que lo había favorecido tan eficazmente, obtuvo de la Congregación de Hermanas de Caridad, que fuesen algunas á atender al enfermo, cuya naturaleza de bronce batallaba rudamente con la muerte. Estas santas mugeres, cuya misión en el mundo enaltece por sus grandes actos de abnegación, la divina religión que las

ha formado, atendían al anciano con esa solicitud, ese cariño y esa bondad infinita, que son el sello indeleble de su carácter, llevando siempre al espíritu del enfermo esa palabra de aliento y ese rayo de esperanza que es inútil procurarlo en los asistentes remunerados.

Entre las hermanas que iban con mas frecuencia, se hallaba una jóven siciliana, morena y de grandes ojos negros, pero tan severa en su modo y acciones como solícita y afectuosa con el enfermo.

Andrea admiraba el ejemplar y asíduo cuidado de la bella hermana, que al ingresar en la Comunidad le habían cambiado el nombre de pila por el de Sor Saldara, con que se la conocía.

Los dias se sucedían y el entusiasmo del antiguo marino crecía más y más, sin darse cuenta que sus pensamientos se venían destacando de un sentimiento ménos puro y desinteresado que el que debía. La Hermana de Caridad se le presentaba rodeada de todo el encanto y misterioso prestigio que dá pávulo á las ambiciones de las cosas imposibles ó muy difíciles de adquirir. En su vida errante de marino ó soldado, habia llevado su corazón ageno á todas las impresiones afectuosas, si se esceptúa el amor filial; por eso, al despertar de esa especie de letargo, esperimen-

taba esa dulce emoción de las almas sensibles, que se abren como las flores cuando sienten el calor del sol, al calor de un sentimiento nuevo, sentimiento que ya en él embargaba todas sus otras facultades.

Asi es la vida. El hombre ama y se embelesa en los primeros tiempos de su vida adolescente, su horizonte no tiene otro objetivo que la imágen de ser amado, todo lo absorve ese sentimiento, no hay barrera que lo detenga, el vértigo es su vida-el deseo su guia, la esperanza su norte, el alimento de su espíritu es ese dulce éxtasis de su pensamiento que se nutre de su propío anhelo y del recuerdo siempre perseverante del ser amado. Una contrariedad terrible, un hecho cualquiera, pero de bastante imperio para desviar la rápida corriente, produce esa ansiedad primero, esa pena despues, esa desesperación mas tarde, que es como el producto de una conmoción tempestuosa de las pasiones vivas, desencadenadas en el alma enamorada, pero al fin, poco á poco, las aspiraciones empiezan á desvanecerse y de aquellos transportes, de aquella impetuosidad, de aquella turbulencia, no queda frecuentemente sinó el recuerdo vago como la sombra de una cosa que fué.

No son lo mismo, nó, las pasiones afectivas de los hombres que como Andrea había ya pasado

la época de los afectos transitorios. El amor por la Hermana de Caridad había estallado con violencia en su corazón, al impulso de los deseos, esos pérfidos enemigos de nuestro reposo: la amaba con toda la violenta pasión de la juventud y con la férrea entereza del hombre hecho, que habiendo pasado por todas las cosas, siente que siente y en cada transporte de sentimiento, late el ser, late su alma y se place al presentir que del volcan de su corazón, no surgirá un fuego transitorio, sinó una llama voraz é inestinguible; las vicisitudes, los estravíos, todos esos actos que concurren al aniquilamiento de tales afectos, no hacen sinó enardecer esas naturalezas, que aman como niños y adoran como hombres.

Andrea no vivia, pues, sinó para una sola idea: Sor Saldara se presentaba delante de sus ojos como la imágen bendita de una felicidad suprema.

Como todos los hombres vivamente impresionados, en medio de su enérgico temperamento, se encontraba medroso y casi incapaz de dirijirla la palabra; quería hablar y se retraía; al mirarla solía bajar los ojos, como espantado de sí mismo; se sentía sofocado y con una opresión inesplicable.

Un dia, en que la bella enfermera acababa de cumplir su filantrópica misión cerca del anciano,

Andrea se permitió dirijirla la palabra y la preguntó, no sin gran emoción:

—¿Teneis vuestros padres en Sicilia, Hermana?

—Soy huérfana, señor; no he conocido á mis padres.

—¿De modo que vivís sola en el mundo, no es así?

—Sola nó, vivo con Jesùs, que es mi padre y mi amparo; vivo con mis creencias y mi fé.

—Pero Jesus, Hermana mia, si bien es vuestro amparo y entraña vuestras creencias, no os obligará á renunciar definitivamente á la amistad, ni á los homenages á que sois acreedora, tanto por vuestra virtud como por vuestra resignación al llevar una vida tan precaria.

—Jesus me premiará por lo segundo y en cuanto á lo primero permitidme que os diga que las que llevamos este hábíto, somos amigas de todos los desgraciados.

Andrea no se pudo ya contener, así es que agregó:

—Pero hay desgraciados que no están enfermos y acaso necesiten el consuelo de vuestra amistad, el consuelo de vuestra palabra, el...

Sor Saldara no respondió; volvió al lado del paralítico y tomando su rosario murmuraba en voz

sumamente baja, esos salmos benditos, esas oraciones sagradas, esas invocaciones místicas, que recibirá Dios en su bondad infinita como una manifestación de que no todo es malo, puesto que hay seres que tienen fé y que adorando al Ser Supremo, adoran la verdad eterna.

Andrea, hombre duro y severo, sentía que las lágrimas rodaban silenciosamente por sus mejillas, sentía que la angustia le oprimía la garganta y que su corazón latía tumultuoso como no lo había sentido nunca latir.

Así pasó media hora, y en el momento en que se disponía á salir para que el aire le refrescara la ardiente cabeza, lo asaltó una idea, que aunque temeraria, no fué dueño de reprimirla.

—Venid un momento hermana, dijo, poniéndose de pié.

Sor Saldara se acercó en efecto, y entonces Andrea, con voz pausada y como midiendo cada una de sus palabras, la dijo:

—Ved, hermana, mis lágrimas; es la primera vez de mi vida que lloro, nunca he amado, os estaba destinado á vos despertar en mi alma ese sentimiento, os estaba destinado enseñarme el camino de la felicidad ó de la eterna desgracia. Oh! hermana, vos no podeis imaginaros lo que yo siento, porque jóven como sois y educada en un medio

que escluye todo pensamiento que no sea el cumplimiento de vuestros votos ó deberes el encanto de otra existencia os es completamente desconocido y os sacrificais en aras de un templo que está en pugna con la naturaleza de las cosas humanas.

—Os engañais, señor, y creo haberoslo ya manifestado; el templo de mi corazón está destinado al amor de Jesús, sobre todas las cosas; los verdaderos creyentes lo amamos así, porque adorando á Cristo, amamos en él la encarnación de Dios y esperamos por ese medio hacernos merecedores de la gloria eterna. Sí; él nos habla en el silencio y en la soledad, como nos habla en el bullicio y torbellino de las cosas: Dios ó Jesús nos habla en todas partes y lo vemos y contemplamos embelezadas en los mas variados y los mas grandes actos de la naturaleza. Dios, ante todo, señor; la vida terrenal es transitoria, pero la vida celestial es eterna, como Él; dejadme, pues, vivir con mis creencias y mi fé y no pretendais amargar las horas tranquilas de mi vida, llevando á mi espíritu ideas que no debo aceptar; os lo suplico, señor, os lo ruego con todo el fervor de mi corazón.

—Yo tambien, hermana, creo en Dios y amo á Dios. Yo tambien lo he contemplado y admirado en esos mismos actos que acabais de señalar. Yo

lo he visto en las primeras vislumbres del dia, cuando toda la naturaleza riente alza ese himno de alabanza que se traduce por los hechos más sencillos y al mismo tiempo mas encantadores; lo he visto en el aire que acaricia las hojas de las flores, las reverdece y anima; lo he visto en el murmullo de las corrientes cristalinas que envían esos sonidos, que solo los disciernen los que en la vida contemplativa los estudian; lo he visto en el canto variado de las aves al amanecer, en el movimiento imperceptible de los pliegues de la atmósfera flotante; lo he visto en el esplendor magnífico del astro del dia; y durante la noche, en los millares de estrellas que titilan en el firmamento; lo he visto en la melancólica luna que viaja solitaria en la región del eter, en el silencio solemne de la naturaleza y se me ha revelado en el fragor de la tormenta, viéndolo cruzar por el firmamento como lo vió el profeta con su planta firme en el ala del huracan.

Ya veis, hermana, que tambien soy creyente y si alguna duda hubiera debido caberme, ella se hubiera desvanecido cuando he podido observar que los seres mas empedernidos y descreídos, en los momentos supremos de la aproximación de la muerte, han esperimentado ese movimiento instintivo, por el cual entreveen un mas allá, y en ese

más allá la Omnipotencia, y la Omnipotencia es Dios. Sin embargo, hermana, para amar á Dios, á Jesús, si lo quereis, no es necesario renunciar del todo á los halagos de la vida humana y concretarse solo y esclusivamente á una misión, que por más santa que se presente, no es el solo, el único camino que conduce á merecer la bendición del cielo. Yo os amo hermana, y no habrá poder humano que me resuelva á renunciar á vos. Yo os consagraré todas las horas de mi vida, todas, ya os lo he dicho, y aunque sienta que mi corazón se haga mil pedazos con la desesperación de vuestro desvío, en cada pedazo vereis palpitar vuestra imágen y vereis renacer más poderoso y violento el amor que os profeso.

Sor Saldara, ante aquella esplosión de ternura quiso huir, pero Andrea la tomó de las manos, la atrajo á sí, y en un arrebato vertiginoso, imprimió en los lábios de la hermana de caridad un ardiente beso que conmovió todas sus facultades sensitivas.

Aquel beso candente hizo surgir un torrente de lágrimas, raudal de fuego líquido, que abrasaba las mejillas de la pobre niña.

Sor Saldara pasó toda esa noche á la cabecera del enfermo, pero al amanecer tomó todas las precauciones posibles para librarse de su implacable

perseguidor. Protestando que iba á reposar algunas horas se quedó sola en la habitación inmediata y cuando creyó que nadie la observaba, salió al campo para dirigirse al convento que no quedaba muy distante de aquel lugar: creíase ya libre del temerario Andrea, iba á dar gracias á Dios por ese hecho, cuando al dar vuelta una encrucijada de la alameda, se encontró con dos hombres, dos de esos seres degradados, para los que no inspira respeto ni compasión la debilidad, la virtud de una pobre niña, ni siquiera el hábito que viste.

Ante los avances de aquellos infames, dió un grito de desesperación, que fué contestado por la voz poderosa de otro hombre que la seguía á cierta distancia, sin que ella se hubiera apercibido, y que la seguía solo para pedirle perdón.

Aquel hombre que, como ya se habrá comprendido, no era otro que Andrea, se lanzó sobre los salteadores con todo el brío de su carácter impetuoso y con toda la inefable alegría de defender eficazmente al ser querido de su alma, y dispuesto á rendir su vida en su defensa.

La lucha fué tremenda; aquellos hombres se batían encarnizadamente, no se oía sinó respiraciones anhelosas, choques de puñales, gemidos sofocados, é imprecaciones horribles.

A los cinco minutos, uno de los bandidos había caído, el otro batallaba con brío, pero al fin rodó junto á su compañero para no levantarse más.

Andrea, cubierto de heridas, miró á su alrededor, llamó á la hermana con voz débil y suplicante y al ver que había desaparecido se desplomó exánime murmurando un ¡adios! tan triste como el adios del moribundo!

Sor Saldara cuando se vió libre de los bandoleros había huido precipitadamente y al penetrar en el convento, que como se ha dicho, no distaba mucho, contó á la Comunidad el terrible suceso y cayó desmayada.

La superiora envió al portero para que averiguase lo que había sucedido y aquel hombre volvió, media hora despues, comunicando que en el parage señalado por Sor Saldara había tres cadáveres.

Al oir aquella noticia, la jóven hermana se agarró la cabeza con ambas manos, y lanzó un grito de desesperación que resonó en todos los ámbitos del convento.

Cuando algunas horas mas tarde algunos campesinos condujeron al convento el cuerpo inmóvil pero vivo de Andrea, todas las hermanas, al saber el generoso esfuerzo de aquel hombre, que había llegado á comprometer su vida en defensa de una

de ellas, le prodigaron los mas solícitos cuidados.

Un médico llamado al efecto declaró que si bien las heridas eran muchas, no se hallaba interesado ningun órgano noble y que la gravedad consistía solo en la falta de sangre, porque la hemorragia había sido exhuberante.

Recien á las dos horas de estar en el convento Andrea se dió cuenta de donde estaba y recordó todo lo que había pasado. Se encontraba rodeado de Hermanas de Caridad pero no veía entre ellas aquella que anhelaba ver, ni su nombre había sonado una vez en sus oídos.

Los dias pasaban y el herido iba adquiriendo fuerza, pero se hallaba poseído de una tristeza infinita.

—Qué se ha hecho la hermana Saldara, se animó á preguntar un dia.

—Sor Saldara, los primeros dias os ha cuidado todas las noches; ahora atiende á vuestro padre, pero ha rogado á la Superiora volver á vuestra cabecera, pues quiere tributaros por ese medio sú agradecimiento: la verdad es, señor, que habeis comprometido vuestra vida por salvarla.

—Y casi habría sido mejor morir, dijo este, apercibiendo una sombra detrás de su enfermera.

—Porqué morir, señor, si todavía sois jóven, generoso y útil; porqué.....?

—Porque, terminando ahora, me imaginaría que moría rodeado de Angeles que se encargarían de llevarme al cielo, mientras que muriendo en otra parte, creería que me estaba destinado un Limbo, sinó un infierno de perpétua desventura.

Iba á continuar, cuando se presentó Sor Saldara y con una imperceptible seña le impuso silencio.

Parece inútil decir que esa noche no durmió Andrea.

Sor Saldara lo miraba con una dulzura infinita; quiso hablar, pero el torneado dedo color de rosa de la Hermana de Caridad, se posó en sus lábios y un *os amo Andrea*, penetró en su oído dulcísimo y suave como la promesa de una felicidad suprema.

Seis meses despues, la interesante Hermana de Caridad, cambiaba sus hábitos de monja, por el vestido pintoresco de la campesina Siciliana y su nombre de Saldara por el de Teresa con que había sido bautizada.

SESTA VISITA

—

El señor Marcelo entró como de costumbre á las ocho en punto.

Me veo obligado, dijo, á echar una nueva ojeada á un pasado no muy remoto y por consiguiente tengo que tocar algunas de nuestras personas conocidas, que forman cuerpo en la historia que le estoy comunicando.

Hace tres dias le decía á Vd., que al regresar á Europa, despues de ocho años de residencia en América, nos habíamos instalado en París, donde muy pronto pudimos penetrar en los altos centros sociales para lo cual el dinero y el título de Baron Italiano que llevaba Beppo eran excelentes medios de introducción.

Beppo y yó, ó mejor dicho, los caballeros de Moriani, eramos de los mas asíduos concurrentes á la sociedad de la señora Condesa de X, la que viendo agotarse su juventud, procuraba por todos los medios á su alcance entretener su antiguo prestigio

Bailes, paseos, comidas, cacerías é intrigas mil se sucedian y su espléndido hotel de la Avenue des Champs Elysées era siempre un centro de sociedad amena y de constante alegría.

Beppo, cada dia mas melancólico, perseguía una idea que nunca me comunicaba, pero que lo abstraia frecuentemente; algunos dias estaba intratable y solía pasar semanas enteras sin salir á la calle.

Se daba un gran baile de disfraz en la Grand Opera y no me costó poco trabajo reducirlo á que me acompañase. Yo había conseguido un palco, donde nos hallábamos medio aturdidos por el movimiento y el bullicio, cuando una máscara se presentó delante de nosotros y nos dirigió palabras amenas que nos revelaban esquisito trato y espíritu sutil.

Era una mujer admirable por la elegancia de su dominó y la esbeltez de su figura.

—Acompañadme, señor Baron, á dar un paseo por el salón; os elijo á vos porque me sois simpático, sin que esto importe decir que el caballero que os acompaña, no tenga tambien grandes títulos á mi consideración, pero, qué quereis, vos me atrais más; asi, pues, dejad en el palco todo lo osco que soleis llevar y venid en buena hora.

Beppo conoció al momento la persona que le

dirijía la palabra y se apresuró á satisfacer su exigencia.

—Ya me tienes á tu disposición, máscara, y me considero muy feliz en haber sido eligido por tí, porque tenemos que hablar cosas muy interesantes.

—Sí; pues, puedes empezar y te oiré con el ma' yor interés: comienza.

—Empezaré por decirte que me es sumamente satisfactorio el haberte encontrado, porque siendo muy curioso, necesito saber una cosa que solo tú podrás hacerme conocer.

—¡Solo yo! exclamó la máscara, eso quiere decir que me has adivinado, pues lo que es conocerme es imposible.

—Imposible! porqué?

—Por la sencilla razón que es la primera vez de tu vida que me hablas.

—Ojalá fuere así, replicó Beppo, ojalá! porque entonces no me habrían sucedido las cosas que pasaron, ni sabría las cosas que fatalmente he sabido.

—Sí, sabes muchas cosas?

—A no dudarlo, muchas, y tendría que preguntarte otras.

—Vas bien, adelante con tus preguntas, con tal que no sean impertinencias; cosa que desde luego no creo, porque eres galante al par que fino.

—No, no son impertinencias; son sencillamente maneras de curiosear, ¿dime: tienes noticias de un muchacho que fué llevado por una tal Cecilia y entregado á una tal Teresa en una posesión cerca de Palermo, arrendada por un tal Andrea. Te advierto que te estoy preguntando por cosas que sucedieron hace la friolera de veintiocho años.

—No sé absolutamente una palabra de lo que me estás hablando.

—Oh, que mala memoria tiene la bella Condesa de X cuando se olvida, ó mejor dicho, no quiere tomar interés en conocer ciertas cosas.

—Ignoro de lo que me hablas, repitió la máscara.

—Y si yo te dijera donde está aquel chico que es hoy un bravo muchacho ¿qué me dirias?

—¿Te diria que, ante todo, necesito saber porque estás tan interesado en que yo sepa ciertas cosas que no me atañen y que, por tus preguntas, parece que ellas quisieran envolver un cargo.

—¿Qué dice tu conciencia? agregó el Baron.

—Mi conciencia no dice nada, pero ahora aprovecharé el momento de hacerte un sério reproche, porque sin saber quien soy has nombrado una mujer cuyo nombre sin tacha parece que quisiesses maucillar y esto lo conceptúo mas própio de un hombre vulgar, que de un cumplido caballero.

—Sea, querida mia, clasificame todo lo mal que puedas, sé cruel si lo deseas, pero ten entendido que esta noche vamos á quedar lo mas amigos del mundo; desde luego voy á proponerte una cosa: aquí estamos mal, este movimiento es aturdidor' la conversación es casi imposible; vamos, pues, á tomar un camarin reservado en Bignon y allí voy á referirte una triste historia, de la que tú conoces muchos personajes.

—Iremos, ya que lo deseas, y así con toda comodidad podré oir esa triste historia de la que yo, dices, que conozco episodios.

—Personas.

—Bien, personas! la voz de la máscara no revelaba la mas ligera emoción.

Si Vd. ha estado en Paris, dijo Marcelo, debe recordar que Bignon es uno de esos espléndidos restaurant, donde concurre todo lo que hay en la gran capital de rico y distinguido; Bignon ha vencido al Café Inglés, Tortoni y la Maison Doré; en una palabra, Bignon está de moda.

Beppo y su compañera entraron en un elegante gabinete; se pidió la carta, se apuntó la cena y en seguida se dió principio á la conversación interrumpida entre ambas personas.

—Y bien, empezad vuestra historia Sr. Baron, dijo

la máscara despues de acomodarse en un gran sillon estilo renaissance.

—Señora Condesa......

—Si insistís en que yo sea Condesa, acepto el título, pero á trueque de que comenceis.

—Continúo, pues: Es una historia antigua y puede decirse ignorada, como sucede con muchas otras que yo conozco. El primer individuo que voy á haceros conocer es á un jóven griego, de orígen muy humilde y llamado Gamus, que entró á servir como ayuda de cámara á un caballero Rumano, el conde Rossi, á quién acompañó durante dos años.

El conde Rossi, hombre bastante rico, aunque muy disipado, tenía plena confianza en su fiel servidor, teniendo además una pasión loca por las carreras de caballos; era lo que puede llamarse un cumplido Sportman y, por consiguiente, muy conocido en Long Champs, Derby, todos los Sports principales de Europa y en Tattersal, donde á veces gastaba mas de lo que convenía á sus intereses y á las ventajas que debían producirles sus compras. Su banquero principal residía en Tesalia, y en un viage que tuvo que hacer á aquel punto, se creyó obligado á favorecer y hasta tomar á su servicio otro griego albanés de apellido Kalsikos que siendo *garçon* de hotel lo había atendido con

un marcadísimo empeño durante una larga enfermedad que contrajo en Tesalia.

El caballero Rossi murió repentinamente en un viage.

La máscara hizo como que bostezaba, lo que visto por Beppo le hizo decir:

—Os sentis, señora, muy fastidiada, ¿es verdad? sin embargo, me aventuraré á asegurar que no tardareis en interesaros: que quereis! para poder dar cuenta de ciertas cosas, es necesario apuntarlas cronólogicamente; tened, pues, un poco de paciencia que pronto vais à oir interesantes detalles.

Decía, pues, que el conde Rossi murió casi repentinamente; pero ahora viene el instante de declarar que falleció envenenado por ....

—Veo, señor, exclamó la máscara, que me quereis tomar por un Juez de Instrucción, y os declaro que ni siquiera el traje que visto en este momento os autoriza á que abuseis tan arbitrariamente de mi posición y de mi paciencia.

—Oh! nó; no abusaré, creedlo, refiero las cosas como pasaron y como yo no debo ocultar ni desvirtuar los hechos, hé aquí que los tengo que denunciar en sus mas insignificantes detalles, porque ellos son la espresión del principio de un drama ó una inicua tragedia.

—Dios mio, agregó nuevamente la máscara: que

cansados son los señores italianos para las esposiciones dramáticas; así, permitidme que os advierta, que si teneis empeño en referir historias lúgubres, ó formar el cuadro de una terrible tragedia, me vais á obligar á abandonaros, y si deseais horripilar á alguno, que sea al ménos al pobre *garçon* del hotel que á esta hora estará probablemente esperando su propina.

—Veo, señora Condesa, que estais de muy buen humor, repuso el Barón, y esto me place, porque como el mio está hoy lo que se puede llamar muy negro, resultaría que si los dos estuvieramos alegres concluiríamos por cometer alguna tontería.

—Usad, si os place, el verbo *decir*, en vez del *cometer*, señor Barón; se me figura que el primero es más correcto.

—Me veo obligado, señora, á declarar que vuestro espíritu sutil, tiene siempre una buena salida en una mala cuestión.

El señor Conde Rossi, pues, murió envenenado por Gelsemina y los que llevaron á cabo el crímen fueron sus fieles servidores Gamus y Kalsikos.

—Supongo, dijo la máscara, que no se olvidarían de mandar decir algunas misas por la salvación del alma de ese pobre conde.

—Cometido el crímen y repartido el robo, se separaron los dos amigos; uno Gamus, se fué á Ser-

bia y el otro quedó en Grecia, pero luego volvieron á reunirse.

Nadie tuvo la más ligera sospecha de ese crímen. El conde padecía ataques epileptiformes y con ese motivo se presumió que una brusca parálisis del corazón había sido la causa de la muerte.

Gamus entró al servicio de un compatriota suyo llamado Astraos, cuyo sujeto tenía un hijo de su misma edad, y como sucede, que casi todos los griegos tienen algo en la fisonomía que los asemeja, el jóven Astraos y Gamus eran sumamente parecidos;—debo haceros presente que el jóven Astraos, de quien acabo de ocuparme, era oficial de un cuerpo de artillería Serbio y su padre llevaba un título de Baron.

—Ah! ya véo venir la história, dijo riendo la máscara, vois sois probablemente, señor Baron, el caballero griego á quien entró á servir Gamus; ¿me equivoco?

—Os equivocais, señora, el Baron Astraos murió envenenado, como lo había sido el Conde Rossi; y su hijo el oficial Raul Astraos, se suicidó de un pistolazo; es decir, no se suicidó, apareció como suicida pero fué muerto por el mismo veneno que había cortado la vida á su padre y al Conde; Gamus, despues de muerto, ó mejor dicho, en las

convulsiones de la muerte, le descargó un tiró de revólver en la sien derecha. Colocó el arma cerca de la mano del mismo lado, manchó con pólvora sus dedos y mandó á su cómplice é instigador que no era otro que nuestro conocido Kalsikos, que fuera á dar parte á la autoridad de lo ocurrido.

Parecería inútil decir, que en ese mismo momento se repartieron el robo de dinero que tenían las dos victimas, pero Gamus en el acto que quedó solo tomó el uniforme, despachos, pasaportes y otros papeles importantes pertenecientes al oficial, los escondió y esperó con lágrimas en los ojos que la autoridad interviniese legalmente en aquellas muertes.

Como ningun cargo resultare contra los servidores, estos quedaron en plena libertad de acción.

Gamus marchó para Austria, de donde pasó á Italia, y un año mas tarde regresó á Grecia y se estableció en Atenas donde pasaba y era recibido por el caballero Raul S. Astraos.

Al poco tiempo de su residencia en la capital de Grecia, contrajo matrimonio con la rica y bella hija de un antiguo Ministro de Estado, figurando desde entónces como una persona distinguida en la primera sociedad de Atenas.

Todo sonreía al caballero Astraos y para colmo

de su felicidad, su esposa dió á luz un niño, al que se le dió el mismo nombre de su padre.

—La verdad es que vuestra historia, ó mejor dicho la historia que me contais, dijo la máscara, no dejaría de ser entretenida, sino fuera la parte fúnebre.

—Y como la parte fúnebre es el todo, añadió el Baron, ella viene á quedar en pié; pero no he terminado y todavía hay algo antipático que....

—¡Qué! aún todavia teneis que referir algo ingrato, ¡ah! la verdad es, que si es asi, no podré ménos sinó deciros que sois un hombre muy desagradable.

—Oh! si he tenido la desgracia de decir cosas que hayan podido desagradaros, creed al ménos que en ello no he tenido la menor intención,—continúo, pues:

El caballero Raul, puede decirse que vivía como deben vivir las buenas gentes, pero estaba escrito que las cosas no debían continuar así.

Un dia se presentó en su palacio un jóven muy pálido y mal entrazado... Se me figura, señora, que vuestro corazon debe haber batido en este momento algo mas fuerte que de costumbre, ¿me engaño?

—Mi corazon, decís? Si teneis la pretención de

adivinar, os prevengo que por esta vez estais en un grandísimo error.

—Mas vale así, porque la verdad es que el jóven que se presentó á Raul, no era otro que su antiguo cómplice y camarada, nuestro conocido, el Albanés Kalsikos.

A fuer de buen cronista, debo declarar que aquella visita le fué altamente antipática al caballero Raul Astraos.

Kalsikos empezó por manifestar á su amigo la suma pobreza en que se encontraba, y despues de mil circunloquios, concluyó por solicitarle la respetable suma de 50.000 francos para trabajar, segun decía, y poder vivir como persona decente.

Raul lo echó á la calle, y aún le ofreció ponerlo en una casa de corrección si volvía á importunarlo.

Ante aquella amenaza, Kalsikos pareció amedrentarse; permaneció un momento cabizbajo y enseguida sacó esta carta, que veis en mis manos, y un revólver.

—Y bien, dijo, con voz serena y palabra pausada, mi vida, por ahora es tan triste y precaria que casi no vale la pena de conservarla; morir, pues, de hambre, suicidarse por un balazo ó ser ahorcado en la plaza principal de Atenas, puede decirse que me es de todo punto indiferente. Como el contenido de esta carta lo sé de memoria, voy á refe-

rirtelo y sinó aceptas lo que te he propuesto, la entregaré á la autoridad y una vez justificados los hechos (como lo serán, no tengas la menor duda) tú y yo iremos á la horca, ni más ni ménos que cualquier otro prójimo de los que habitan la cárcel del crímen.

Kalsikos contó entonces todos los crímenes que había cometido asociado á Raul y tambien le dió parte en otros en que no lo había acompañado.

Raul temblaba de cólera y de espanto. Comprendía que se hallaba en presencia de un hombre que le cumpliría fielmente cuanta amenaza le había hecho y que tampoco era sugeto de tomarlo desprevenido para arrancarle el arma; pensó tambien que era inútil esponer escusas, hacer promesas, ni invocar sentimientos de amistad; conocía á Kalsikos y sabía, por tanto, que no le quedaba otro recurso sino entregar la suma que se le pedía.

—Bien, dijo, mirando fijamente á su terrible amigo, te daré la suma que me has pedido, para llenar los fines que señalas y te daré algo más: el consejo de que cambies de vida y hagas lo mismo que he hecho yo, vivir alguna vez honradamente, pues de otra manera, un dia ú otro terminarás mal; así, pues, voy á entrar un instante á mi gabinete y dentro de cinco minutos tendrás en tu poder la suma que me pides.

—Nó, nó, querido mio, no te moverás de donde estás, repuso Kalsikos; yo soy hombre que preveo las cosas y tomo mis medidas para que salgan lo ménos mal posible; ahí tienes tu timbre, llama, alguno de tu confianza podrá venir y me bastará con un documento, un cheque que ponga á mi órden la suma establecida, salvo que tengas el dinero en casa y prefieras entregármelo.

— Pero, hombre, desconfias de mí ? dijo Raul.

— ¡Oh nó, Dios me libre de eso, repuso Kalsikos, desconfiar de tí! un amigo de tantos años, un amigo á quien me ligan tan *estrechos vínculos*, ¡ nó; no desconfio, tomo sencillamente precauciones; esto, querido, no es desconfiar.

Recibida la suma, Kalsikos agregó : Todavía, apesar mio, me veo obligado á otra exigencia : qué quieres, tomo precauciones. Voy á dictarte unas cuantas líneas que vas á escribir y firmar, anticipándote que no haré jamás uso de ellas.

—¿Qué quieres que firme? dijo Raul.

—Esto sencillamente: « Yo el llamado Gamus, declaro por la presente que asesiné en compañía de un Albanes llamado Kalsikos, al Conde Rossi de Rumania y que despues, en Sèrvia, asesiné con el mismo sugeto al señor Baron de Astraos y á su hijo Raul, tomando, además del dinero que aquellos tenían, sus papeles y documentos con lo que he

conseguido pasar como hijo del Baron Astraos, casándome en seguida con la señorita Ursula, hija del señor Marapol.

—¿Pero me pides mi condenación?

—Te pido mi garantía.

—Es un error, por que ese documento no podrá servirte y aparecerá al contrario como arrancado por la fuerza, por la violencia.

—He pensado en eso, repuso Kalsikos, pero como las declaraciones de mi carta encaminarán al sumario por otro lado, no creas que ese documento sería contraproducente. Qué quieres, nos conocemos y por consiguiente me precavo.

—Bien, te anticipo, dijo Gamus, que eso no lo haré nunca.

—Entonces, mi querido, repuso Kalsikos, parto; pero tén entendido que haces muy mal en no estenderme ese documento, por que es lo único, entiéndelo bien, lo único que puede salvarte algun dia.

Raul quedó un momento pensativo; en seguida, como impulsado por una fuerza superior y bajo el imperio de la diabólica expresión que en aquel momento presentaba la cara de Kalsikos, se sentó y dijo: dicta.

Simultáneamente con la escritura, concebía Raul algo que debía salvarlo de su terrible cóm-

plice y al terminarla la entregó con una sonrisa maligna, diciendo: la verdad es que has estado tremendo conmigo.

—Que quieres, volvía á repetir Kalsikos, tomo medidas precaucionales y nada más: adios!

No había descendido el último escalón, cuando Raul llamó á un ayuda de cámara, hombre de toda su confianza, y le dijo:

—Sigue á ese hombre, toma los cuidados posibles, no lo pierdas de vista y cuando tengas la seguridad que se instala, lo que podría suponerse definitivamente, me lo comunicas sin pérdida de tiempo; marcha, pues!

Es preciso que ese hombre desaparezca, dijo Raul como hablando consigo mismo; su existencia en el mundo es un peligro perpetuo para mí; le he entregado mi condenación; bien, dijo sonriendo de una manera particular, se la he entregado, pero á cambio de su vida; ya nos veremos, amigo Kalsikos, ya nos veremos.

A los dos meses de este episodio, el señor Raul Astraos recibía una carta, en la que se le comunicaba que Kalsikos estaba establecido en Nápoles, ocupando un Palazzo, en la Strada Marcelina, inmediato á la Chiaya.

Raul pretestó un negocio urgente fuera de Ate-

nas y se trasladó á Nápoles, pero tuvo el cuidado de cambiar de nombre y....

—Señor Baron, interrumpió la máscara; observo que vuestra historia no lleva miras de terminar; perdonadme, pues, la franqueza, pero me aventuraré á declararos que es de muy mal género obligar á una dama á escuchar historias de ladrones y asesinos, que verdaderamente son poco edificantes, y además reparad que van á sonar las dos y que por consiguiente es hora de que volvamos al teatro.

—Os dije, señora, hace ya un buen rato que seguiría cronológicamente la exposición de los hechos; verdad es que hasta ahora poco ha podido interesaros el asunto, pero bien pronto, creedlo, os llenará de particular interés; continúo, pues:

El Sr. Kalsikos no era hombre de permanecer mucho en una misma parte, de manera que cuando Raul llegó á Nápoles ya aquel no habitaba la Strada Marcelina, sinó otro punto que no se supo indicar.

Ahora viene la parte que necesariamente debe interesaros.

El caballero Rodolfo Franck, este era el nombre que había adoptado el Sr. Astraos. ¿Os impresionais, señora? El caballero Rodolfo Franck, repito, no tardó en frecuentar los círculos elegantes de

la bella Nápoles. Rico, jóven y con muchas de esas dotes que imprime la vida de los buenos centros sociales, encontró muy pronto el medio de pasarlo agradablemente y empezó á galantear á una noble, bella y rica jóven, la Condesa de X; que, aunque casada hacía poco tiempo, había sido abandonada por su esposo, que encontró mas fácil y, sobre todo, mas pronto el medio de desplumar á la señora marquesa de Montefelino.

Ahora, señora, el interés será mas vivo; pues es necesario que yo os diga que el esposo de la Condesa Sofia era nada ménos que nuestro antiguo conocido el Albanés Kalsikos, así como el Sr. Gamus, era su amante.

La máscara se estremeció y, arrancándose la careta, dijo: Me acabais de contar una historia horrible y, no es posible que yo siga guardando el incógnito que, delante de un hombre como vos, es completamente inútil. Ahora, sin antifaz, me pongo bajo vuestra proteccion, pues sabeis que si alguna falta pesa sobre mí pasado, esa falta no es un crímen, própiamente dicho, sinó el producto de la fatalidad, ...pero, en cambio, ¿quién sois vos que estais en tan estensos pormenores?

—Señora, no quiero ser ménos franco que lo que vos lo habeis sido, porque eso sería aprovecharme de una ventaja que me ha dado la casua-

lidad ó tal vez mi fatalismo; pero, para tranquilizaros, os anticiparé: que sois viuda y os diré tambien que vuestro amante fué muerto hace ya muchos años y que en ese acto hay algo tremendo, que creo prudente ocultaros. Os agregaré, por fin, que el jóven Raul, que os visita y galantea, es el hijo legítimo del otro Raul que ocupó vuestro corazon y produjo mi eterna desgracia.

—Vuestra desgracia, decis, repuso la Condesa.

—Mi desgracia, señora, mi eterna desgracia! Yo soy aquel pobre arrendatario, llamado Andrea, esposo de aquella Teresa que sedujo vuestro amante. Yo soy tambien, señora, el terrible Beppo, de que tanto se han ocupado en otro tiempo las crónicas de Nápoles. Yo soy, señora, el hombre que ha recibido de vuestro esposo, en artículo mortis, toda la historia que os he referido; y tambien fué delante de mí que espiró Gamus, quien había conseguido ser oficial de carabineros llevando el nombre de Rodolfo Frank. Ahora que nos conocemos, permitidme, señora, que os dé las gracias por los cuidados que me hicisteis prodigar en vuestro castillo de Palermo. Yo debí haberme despedido de vos, pero, cuando estaba en condiciones de poder hacerlo, se me dijo que habiais partido para Nápoles; poco tiempo despues fuí yo tambien allí, pero fuí

para llamarme Beppo, y la Providencia quiso que para salvaros tambien. Recordadlo, señora, una tarde cerca de Cassertta fuisteis tomada por una partida de los que vosotros llamabais Masnadierii. Vuestros servidores, os habían defendido heróicamente y los que os tomaron estaban perfectamente dispuestos á vengar en aquella *nobleza*, las desgracias de aquel dia y de aquel pueblo. Por lo pronto os saqueaban, en seguida quemarían vuestro equipaje, y por fin, la bella Condesa de X, quién sabe por las cosas que habría pasado, sin la presencia de un jóven llamado Marcelo, que estando á mis órdenes, me preguntó lo que había que hacer. Ya sabeis, señora, que para los nobles, y para los servidores del gobierno, la banda de Beppo no tenía la más lijera consideración; si esa vez Marcelo hesitaba era porque no ignoraba que Beppo no quería mal á la señora Condesa de X.

—

Mi interlocutor se levantó, saludó y hasta despues de cuatro dias no volvió á tomar el hilo de su esposición.

SÉPTIMA VISITA

—Vd. debe recordar, doctor, que yo le he dicho ya que al regresar con Beppo á Europa nos instalamos en Paris, tomando un elegante departamento en el Hotel Continental y que poco tiempo despues, como ya Vd. sabe, entramos en el gran mundo. Pero estaba escrito por el inescrutable destino, que yo debía relacionarme con una persona que no sé porqué el fatalismo presentaba siempre en mi camino.

En un club, frecuentado por las más distinguidas y acaudaladas personas de Paris, se jugaba una noche una fuerte partida de Baccarat, en la que yo llevaba la banca, y en una de las vueltas le ganaba 50.000 francos á un jóven que estaba á mi lado y cuya fisonomía traía á mi memoria algun recuerdo que no me era dado por el momento esclarecer; breves instantes despues me acordé de todo: Aquel sujeto era el jóven griego Raul Astraos, á quién había yo salvado

una vez la vida en los Abruzos y con el cual despues debí hacer un viaje á Atenas, cuando Beppo casi me obligó á abandonar la Europa. Persuadido de que no me engañaba, lo llamé aparte, me hice reconocer por él y no me costó poco trabajo el que recibiese la suma que, por un golpe de suerte, le había ganado.

Raul y yo, desde aqella noche, entramos en una franca y leal amistad; de la misma edad poco más ó menos, teníamos los mismos gustos y hasta la misma manera de pensar. Entre nosotros no había secretos; Raul me comunicó que estaba perdidamente enamorado de una jóven que había tenido ocasión de tratar en la casa de una Mme. Beofort y que tambien galanteaba á una bella Condesa, que aunque no jóven, tenía poderosos atractivos.

Por mi parte le hice la confidencia de que tambien me hallaba impresionado por una señorita que no sabía quien era, pues las dos veces que la había visto había sido saliendo de la iglesia de San Agustin. Nuestra confianza, pues, era suma.

Un jóven amigo, llamade Briand, me propuso un dia presentarme en casa de cierta Madame Seguier que vivia en la Avenida Hoche, y que recibía los lúnes. Aceptada la invitación é introducido

en aquella sociedad, cual no seria mi sorpresa al encontrar entre las señoritas que allí se hallaban á mi bella conocida de la Iglesia de San Agustin: al momento me dirijí á mi amigo y le pregunté quien era aquella niña. Es la señorita Franck, una de las jóvenes más espirituales é inteligentes que yo he conocido. me contestó. ¿Desea Vd. serle presentado? agregó.

—Mucha será mi satisfaccion, repuse yo.

—Señorita, dijo Briand, dirigiéndose á ella, tengo el honor de presentar á Vd. á mi amigo el Sr. Vizconde de Moriani.

—Me es grato el conocimiento de este caballero.

—La señorita Alina Franck, continuó mi amigo.

Al oir el nombre de Alina, sentí algo estraño, como mareo, algo que me perturbaba y me hacía desfallecer, debí quedar horriblemente pálido, pues, tanto mi amigo como la señorita, exclamaron casi á un tiempo.

—Os sentís mal, caballero.... venid, sentaos, señor.

—No es nada, ya pasó, gracias, dije haciendo un supremo esfuerzo;. .¡. ha sido un vértigo.

Pocos minutos despues me hice presentar á la madre de Alina.

Aquella cara me era conocida, y por otra parte, á pesar de que hablaba correctamente francés, su

frase tenía cierta cadencia italiana que hacía más y más que mis ideas se trastornáran. ¿No había muerto Alina? ¿Seria mi madre Mme. Franck? Pero, si era mi madre, como lo era tambien de Alina? ¿Seria Alina hermana mia! qué misterio, qué tremendo misterio hay aquí?

Yo estaba convencido que esa noche, dada mi situación de ánimo, iba á decir muchas tonterias; no era tampoco propio que permaneciera reservado y osco. Empecé, pues, mi conversación con Mme. Franck.

—Sois italiana señora, le pregunté.

—No, señor, soy francesa, me contestó terminantemente.

—Os decía eso, agregué, porque vuestra palabra parece saturada de cierto acento estrangero.

—Puede ser, señor, repuso ella, pero soy francesa y no he salido jamás de Paris.

Esa noche le conté á Beppo mis impresiones y él, que desde nuestro arribo á Francia, había parecido indiferente á todo y vivido en una tristeza mortal, al oir el nombre de Mme. Franck, se inmutó, como me había sucedido á mí al oir el nombre de Alina, pero, reponiéndose poco á poco, me hizo que le repitiera, con todos sus detalles, las circunstancias de la entrevista, mis dudas, mis perplegidades, mis apreciaciones, la descripción de

los rasgos fisionómicos y, en una palabra, todo lo que había visto y hasta lo que había desconfiado.

Cuando hube terminado, me dijo:

—Si quieres conocer la verdad en toda su magnitud, es preciso que me presentes en esa casa, lo mismo que en lo de la señora Condesa Sofia. Yo tengo motivos para conocer esa señora Franck y puedo casi anticiparte, que si es ella la que yo presumo, no es seguramente tu madre.

Te advierto, continuó, que para los fines que yo me propongo adelantar, necesito que tu no cometas acto alguno, que pueda de ninguna manera trastornar mis propósitos: no deis pues motivo de desconfianza y espera.

Al poco tiempo, Beppo, con el nombre de Baron de Moriani, fué presentado por mí á la señora Condesa de X y tambien en la casa de la señora de Franck, en la Rue Laffitte.

No habían pasado dos dias del conocimiento de Beppo con esta última dama, cuando una noche me dijo:

—Puedes estar completamente persuadido que Madame Adela Franck no es aquella Marta de quien tu crees ser hijo. Esta dama es una antigua conocida mia, cuya historia te contaré en oportunidad, pero aun me conviene que por el

momento, no me conozca; cuento, pues, con tu prudencia y quiero tambien hacerte otra advertencia. Conozco tambien algo á esa señora Con_desa Sofía, pero es necesario que ella ni lo sospeche, tengo interés en todo esto. Te pareceré enigmático, Marcelo; por ahora tengo que ser así. Oye: hace ya muchos años que nos conocemos; puedes creer que eres el único ser que quiero en el mundo y cuando un dia, no lejano, leas la historia de mi vida te darás cuenta de la razón que he tenido para ser reservado contigo.

Las seguridades de Beppo con respecto á Madame Franck, me dejaron en entera libertad de acción.

Alina era el tipo de la belleza estética y su espíritu cultivado la hacía doblemente simpática é interesante.

Mis obsequios, mis galanteos, eran recibidos con todo el agrado del ser que corresponde, aunque se reserva el corresponder mejor, cuando tenga la convicción completa de que ama, ó de que es amada.

Mis vinculaciones de amístad con Raul Astraos continuaban estrechándose más y más. Un dia se empeñó en presentarme en casa de Mme. Beofort, pues tenia empeño en que yo conociera, la jóven de quien él se sentia enamorado.

Acepté aquella invitación, que no solo satisfacía una curiosidad, sinó que tambien me ofrecía la oportunidad de ver á Alina que solía concurrir á aquellas tertulias.

Mi sorpresa, al saber que la jóven que amaba Raul era Alina, fué como debe Vd. presumir, estraordinaria, pero no fué ménos la de aquel á quien ya de antemano, é ignorando todo, había manifestado mi creencia de que sería del todo correspondido.

Raul desde entonces entibió un poco sus relaciones conmigo; notaba yo que además de la frialdad con que me trataba, algunas veces era cáustico y hasta llegó á hacer insinuaciones poco convenientes. Por otra parte, si antes de conocer mis inclinaciones á ella la obsequiaba empeñosamente, desde que se apercibió de lo que por mí pasaba redobló sus esfuerzos, é hizo todo lo posible por que yo me persuadiera que él era el verdaderamente preferido.

Las cosas iban pasando así, cuando un dia me comunicó Alina que en una entrevista habida entre Raul y Mme. Franck, éste había llegado hasta significar el deseo de que le fuera concedida su mano.

Madame Franck, no obstante las muchas sim patías que Raul le inspiraba, se concretó á decir

que ella nunca sería un obstáculo á sus pretensiones, pero que no quería actuar de manera alguna, en la decisión de Alina.

Muy pronto, señor doctor, volveré á tocar este tópico, pero recuerdo en este momento que he dejado sin terminar la historia de los Sres. Gamus y Kalsicos que es necesario que usted conozca.

Como ya he manifestado á Vd., el Sr. Gamus, ó mejor dicho, el que en aquella época se llamaba Raul Astraos, no le hacía mucha gracia que hubiera un hombre que, como Kalsicos, tuviera en sus manos documentos que en cualquier momento podrían ser su perdición. Así es que al llejar á Italia rastreó á su amigo, no solo para obligarlo á que le devolviese el documento, sino tambien para librarse de tan peligrosa personalidad, cosa que encontraba muy justificable. Una bala bien dirigida, un stilettazo mejor aprovechado ó el mismo veneno que se había empleado para el conde Rossi, del que gracias á la casualidad conservaba un frasquito, debían ser empleados segun las circuntancias.

Rastreaba, pues, el Sr. Astraos, cuando una tarde se encontró con su antiguo camarada.

—¡Cómo; tu en Nápoles, Gamus!

—¡En Nápoles tu, Kalsicos!

--No sé, querido Gamus, porque se me ocurre que me andas buscando.

—No, repuso Gamus, mi presencia aquí responde á cuestiones agenas á la amistad. Vengo por negocios.

—Sí, pues me place, agregó Kalsikos, pero deben ser negocios esos en que intervenga algo la política, pues de otra manera no me esplico por que en vez de llamarte sencillamente Gamus, ó mas sencillamente Raul, Baron de Astraos, te presentas en el hotel con el nombre de Rodolfo Franck.

—¡Ah! sabias eso?

—Cómo no: figúrate que habitamos bajo el mismo techo: tu ocupas dos espaciosas habitaciones en el Hotel de Roma, con linda vista al mar; yo ocupo otras dos, casi encima de las tuyas, con vista á la Chiaya. Cuando, hace cuatro dias, bajáste á tierra, yo te vi, y te seguí; la casualidad quiso que vinieras á habitar el mismo hotel en que yo me alojo; y me alojo ahí, porque cierto sujeto, que salió conmigo de Grecia y me seguía por todas partes, me era una cara tan conocida, que tu persona venía constantemente á mi memoria: ese sujeto lo habia yo visto en tu casa cuando te fuí á pedir los 50.000 francos.

—Ah! con qué si, eh!

—Mira, Gamus, es inútil que me persigas, porque

nada conseguirás con matarme, si es que la casualidad te favorece: oye, si yo llegara á morir asesinado, el documento que tu buscas, la carta que tu conoces y otras noticias que se relacionan con esos asuntos, serán en el acto entregados á la justicia italiana y su cópia será enviada acto continuo á Atenas. Entónces Gamus, Rodolfo ó Raul iran muy pronto á hacerme compañia en el otro mundo.

Hubo un momento de silencio y continuó Kalsicos: La persona que entregará esos documentos, es una mujer que ha cometido la tonteria de apasionarse de mí: ella ignora el contenido de esos papeles, pero yo le he dado ya mis instrucciones; confio pues, en que estas confianzas que tengo contigo, te harán comprender que es mejor para los dos, que sigamos siendo amigos y por consiguiente viviendo.

—Sea, dijo Gamus; me confieso vencido y me vuelvo á Grecia.

—Es lo mejor que puedes hacer, y por otra parte, vé tranquilo, pues he encontrado una mina cuyo filon aurífero parece interminable y como para tí no tengo secretos voy á comunicártelo.

Amo .....como yo se amar, se entiende, á una aristocrática dama, que aunque no jóven, es todavia aceptable y lo es, no solo por que su fortuna

dá una renta tentadora, sino porque creo que ha llegado el momento de hacerme dueño de esa renta....El Marqués de Montefelino se irá pronto ya sabes dónde; todavía conservo un frasco de aquella célebre Gelsemina que fué tan provechosa al Sr. conde Rossi y á los otros amigos nuestros. Estoy por decirte, que cada dia encuentro un motivo para felicitarme mas, de haber sido ayudante en un laboratorio de toxicologia, pues de otra manera no podría, ni sabría, poseer tan precioso elixir. Mis relaciones con la Marquesa me han abierto las puertas de una muy buena sociedad, y si antes de regresar á Atenas quieres ser presentado en ese centro, te anticipo que serás bien recibido

Vd. debe recordar que Kalsikos se presentaba con el nombre de Althorius.

El marqués de Montefelino, como se comprende, murió envenenado por la sustancia tóxica que ya nombramos.

Kalsikos derrochó toda la fortuna de la Marquesa y luego la abandonó: la pobre dama lloró su desventura, pero desde que se encontró sola venieron á asaltar su espíritu ciertos recuerdos y la idea de que el Marqués había muerto envenenado fué puesta en conocimiento de los Jueces del Crímen, lo que sabido por Kalsikos le hizo tomar

sus precauciones y se trasladó á Bélgica. Allí siguió su vida aventurera y criminal; no podía esplotar mas á Gamus porque este había desaparecido y él no sabía donde habia ido á parar. Perseguido por la Policía de Bruselas, volvió á Italia y no teniendo como vivir sentó plaza como soldado en un cuerpo que no tenía otra misión que perseguir los bandoleros calabreses que habian sentado sus reales en los Abruzzos.

Prisionero en un encuentro con las fuerzas de Beppo, este como de costumbre, le tomó sus papeles, se impuso de ellos y sometiéndolo á un prolijo interrogatorio, supo todo lo que le he contado á vd., pues Kalsikos no ignoraba que hombres de su temple tenían buena acogida entre los calabreses y, por otra parte, sabía perfectamente que si engañaba á Beppo y este lo tomaba en falsía, antes de cortarle la cabeza le haría pasar por horribles torturas. Kalsikos murió, naturalmente á consecuencia de una fiebre malaria, ignorando que hacía pocos meses había fallecido su antiguo cómplice Gamus. Estas reminiscencias, doctor, se las hago para que se de Vd. cuenta de ciertos hechos que podrían quedar confusos sin esta aclaración.

Marcelo se agarró la cabeza con ambas manos, hondos suspiros se escaparon de su pecho y des-

pues de permanecer un cuarto de hora en un silencio profundo, volvió á tomar la palabra y continuó:

La pasión del jóven Astraos por Alina iba tomando ya un carácter de verdadero frenesí, sus pensamientos eran de fuego y sus preocupaciones lo conducían á cometer los actos mas estraños.

Había llegado á tomarme ódio, hacía todo lo posible por provocarme una querella, más yo que comprendía la razón de aquella mala disposición de su espíritu, hacía tambien todo lo posible por no comprenderlo, y por tanto lo trataba con la mayor consideración.

Una noche que nos hallábamos en el salón de Mme Beofort y en el momento en que yo acababa de hablar con Alina, se me acercó, me llamó aparte y me dijo:

—Hace ya mucho tiempo que vuestra mala comportación para conmigo, es merecedora de sérios reproches y como está colmada la medida, os prevengo que no estoy dispuesto á toleraros más. Vos sabeis, porque yo os lo he manifestado, que estoy apasionado de Alina y, sin embargo, os permitís galantearla y, hasta me atreveré á decir, á fastidiarla con vuestras eternas tonterias: os prohibo, pues, que continueis.

—Vuestra prohibición, señor Otello, es además

de intempestiva, ridícula. Os abrogais un derecho que no teneis y que yo no os reconozco.

—Está bien, contestó Raul. Confio, señor, en que vuestras relaciones con la gente de pró, os habrán hecho olvidar las prácticas de bandolero y que os sabreis portar como lo hacen los caballeros en otro terreno que el salon de una dama.

—Tendré el placer de cortaros la lengua en ese terreno de que hablais y hasta os arrojaré por el balcón ahora mismo, si continuais siendo procaz é insolente.

Muy de mañana al dia siguiente recibí la visita de dos caballeros que venían de parte del señor Raul Astraos, á pedirme una satisfacción por las armas.

—Tened, señores, la bondad de indicarme donde podrán encontraros dos amigos mios, para poder arreglar las condiciones del duelo.

—En el Club, señor, á las dos.

—Perfectamente, querriais dejarme vuestras tarjetas?

En el momento que salían aquellas personas entraba Beppo.

Os iba á llamar, le dije, para que busqueis á Briand y paseis á las dos por el Club para tener una entrevista con esos sugetos, que me envía el caballero Astraos: ahí teneis sus nombres.

—Bien, dijo Beppo, todo se arreglará satisfactoriamente y como corresponde entre personas que no las puede impresionar el silbido de una bala, ni el filo ó la punta de una espada.

Beppo escribió cuatro letras al caballero Briand y una esquela á la señora de Franck, rogándole que le concediese una entrevista lo mas temprano posible.

La señora de Franck señaló las once y Beppo se presentó con la última campanada.

—Madame, la dijo, motivos particulares que no se escaparán á vuestra penetración, han inducido al caballero Raul Astraos á provocar á un duelo á muerte, á nuestro amigo y pariente Marcelo Moriani. Yo tengo un medio, señora, de evitar ese encuentro y para esto vengo á suplicaros que me ayudeis. ¿Quereis hacerlo?

—Ya lo creo, señor Baron, y me felicito de que hayais tenido tan buena idea, pues me sería sumamente doloroso que esos exelentes jóvenes pudieran esperimentar alguna desgracia ¿Teneis confianza de que el medio que vais á emplear no tendrá resultados negativos?

—Señora, no solo tengo confianza sinó la seguridad mas completa. Tened la bondad de escribir á cada uno, citándolos para la una en punto: yo estaré aquí á esa misma hora.

A las doce entró en mi cuarto Beppo, estaba muy pálido, ofreciendo ese gesto particular que yo le conocía en todos los momentos en que debían producirse hechos extraordinarios. Se sentó y en seguida con una entonación solemne al par que triste, me dijo:

—Marcelo, hoy será quizá el último dia que nos vamos á encontrar juntos en el mundo..... Vamos á separarnos para siempre. Yo ignoraba hoy, tu proyectado duelo y sin embargo ya había tomado la resolución de separarnos. Este cheque te pone en posesión de toda mi fortuna; en la vida que voy á seguir no se necesita eso.... no te imagines qué voy á suicidarme, no; te lo juro; voy á pasar el resto de vida en la soledad, en el silencio; sí, solo con mis penas y mis tristezas, hasta que Dios quiera apiadarse de mí y llevarme al eterno descanso. Marcelo, te he querido como á un hijo, como á un compañero inseparable; te he conocido virtuoso, valiente, generoso; algun dia recibirás el premio que merecen tus grandes condiciones y sabrás quien es este Beppo, del cual no conoces sinó falsos nombres. No me preguntes hoy nada porque todavía debo ser reservado. Marcelo, continuó: dadme la mano y te juro en nombre de Dios todo poderoso, que te profeso el único cariño que me ha quedado en mi miserable vida.

A pesar mio, las lágrimas rodaban silenciosas sobre mis mejillas; me parecía que Beppo se despedía de mí como se despiden los moribundos.— ¿Creeis que voy á morir en el encuentro? le dije.

—Nó, contestó, tengo fé en tu fuerza, en tu destreza y en tu ánimo; lo que te he dicho es completamente ageno á tu querella. Por otra parte, quién sabe si ese duelo tendrá lugar.

—Oh! qué decís, eso sería inaudito, despues de las cosas pasadas, no queda otro recurso que el señalado, ¡qué diablos!

En aquel mismo instante recibía yo una esquela de Mme Franck suplicándome la visitara á la una en punto.

Beppo se despidió de mí.

Tres cuartos de hora despues nos encontrábamos reunidos la señora Franck, la Sta Alina, el caballero Raul Astraos, Beppo y yo en la Rue Laffite No ... que ya vd. conoce.

Despues de habernos saludado, lo mas cordialmente posible, tomó la palabra Beppo y dirigiéndose principalmente á Madame Franck, dijo:

—La casualidad ha querido, señora, que nos encontremos reunidos hoy, y esta reunión va á producir un acto sumamente simpático. Figuraos señora, que se van á desviar dos espadas, en el momento en que debían cruzarse, figuraos que se

van á conocer por los circunstantes, una porción de hechos que me aventuro á clasificar de interesantes y en los que cada uno de los presentes tiene su rol.

—¿Cómo así, Baron; todos tenemos rol?

—Todos, señora, por eso vais á permitir que refiera una historia antigua que vá á despertar recuerdos que yacen dormidos, por no decir hechos olvidados; así pues, como yo tengo tambien gran parte de protagonismo, comenzaré por mí.

Tened la complacencia de prestar un poco de atencion.

Hace 30 años, mas ó ménos, que un hombre jóven, honrado y que, aunque de aparente condicion humilde, pertenecía á un alto linaje, vivía tranquilo en su hogar paterno, sin que hasta entonces hubiera palpitado en su corazon otro sentimiento que el solícito afecto por su anciano padre paralítico y valetudinario.

Hubo un momento de silencio.

Decía pues, continuó el Baron, que aquel jóven ageno á todo ese movimiento de la vida social, que permite á cada uno dar curso ya á los instintos, ya á las pasiones, debía tener tambien un momento en que, interrogando á su corazón, pudiera este decirle, si era capaz de amar, con esa pasión que, enalteciéndose más y más, concluye

por absorver todos los otros sentimientos, concluye por vislumbrar nuevos horizontes y dá la conciencia de que se siente y que se ama. Un ser simpático se presentó en su camino, rodeado de todo el prestigio de esas criaturas que tienen el poder de hacerse adorar y que hasta la misma condición social en que viven las enaltece. No es, pues, de estrañarse que aquella simpática criatura fuera amada hasta el delirio y que su imágen bendita fuera como la antorcha que debía alumbrar todas las horas de su vida. Enamorado pues, desencadenada en su alma esa tempestad que tanto conmueve los seres sensibles, se sintió arrebatado por el frenesí y su lábio candente chocó apasionado sobre la boca del ser inmaculado.... ese ser, señores, era una hermana de Caridad.

—Dios mio! santo Dios! protegeme, exclamó arrebatada Madame Franck. Perdon, Andrea, perdon, aunque no sea sinó por el recuerdo de ese amor que no se supo ó no se pudo comprender·

Todos los circunstantes se contemplaban atónitos, sin poderse esplicar satisfactoriamente los efectos que había producido aquella revelación.

Alina ante la desconsolación de su madre, se precipitó en sus brazos y los sollozos de ambas se confundían como un tristísimo sonido.

—Observo que mis palabras han producido malí-

sima impresión, dijo Beppo; por otra parte, agregó, si hubiera de continuar, esa mala impresión se aumentaría y por consiguiente prefiero suspender mi narración. Voy á permitirme, (agregó con muy marcada intención) rogar á la señora Franck que nos manifieste el motivo de la cita en que nos encontramos, pues yo á las dos de la tarde, debo concurrir á otra parte para resolver una cuestión de honor que deberá terminar en el terreno de las armas; es decir si circunstancias extraordinarias no se oponen á ello.

Hubo dos minutos de silencio, al fin de los cuales la señora Franck con voz entera y con palabra pausada continuó:

—Acabais de oir, señores, una historia que yo conozco y que voy á continuar aunque en breves términos, porque á ello me obligan deberes imperiosos. La Hermana de Caridad, cuya referencia acabais de oir, se casó algun tiempo despues con el jóven Andrea d'Alconti, que así se llamaba el sugeto apasionado. Una persona de alta distinción que los favorecía, les encomendó el cuidado de un niño hijo del *amor*....Poco tiempo despues el padre de la criatura, sedujo á Teresa que así se llamaba la Hermana de Caridad y de esa seduccion resultó otra criatura....señor Baron, tened la

bondad de proseguir, la emoción me embarga la palabra.

—Y bien señores, añadió el implacable Beppo, el niño que se le dió á cuidar á Teresa, es el jóven Marcelo, aqui presente y la niña fruto de la seducción de la misma, es la señorita Alina que en estos momentos besa con la mayor efusión el rostro de su madre.

—Dios mio!! Marcelo es mi hermano! exclamó Alina con una entonación en que habría sido imposible comprender si era debida á la sorpresa del conocimiento de los hechos ó de la idea de que volaba de su alma el hasta entonces ángel de su pensamiento.

—Dios mio!! repitió Marcelo, Alina es hermana mía!

—Ahora me esplico, señor Baron, repuso Raul porque me asegurabas la otra noche que yo no me batiría con Marcelo y lo comprendo perfecta mente; pero tambien me agregabais que no me casaria con Alina y en esto, señor, es de lo que no me es posible darme una esplicación satisfactoria.

—La esplicación es muy sencilla, señor Astraos, agregó Beppo: vos no podeis casaros con la señorita Alina, porque tambien sois hermano de ella, como lo es el señor Marcelo.

—Mi hermano!! exclamaron á un tiempo Marcelo y Alina.

—Como lo oís: vuestro hermano; y ahora señor Raul, sabed que sois el único hijo legítimo: que vuestro padre, por motivos que no os conviene conocer, al pasar á Italia tomó el nombre de Rodolfo Franck, como antes había tomado el de Raul Astraos, que fué con el que contrajo matrimonio en Atenas; y que su verdadero nombre era Gamus, como podreis saberlo cuando Marcelo os pase estos papeles y documentos, de que lo hago depositario.

—Justicia divina! exclamó Teresa, hermanos!

Como es fácil comprender la escena íntima que tuvo lugar ante aquellas tremendas revelaciones, no es posible relatarla, porque hay situaciones en la vida humana que se sustraen á toda esposición. Tres hermanos, poseídos de tan distintos sentimientos; tres hermanos á quien la fuerza de un fatalísimo horrible obliga á la abdicación de tan diferentes aspiraciones; tres hermanos que por el momento no era posible determinar si serían capaces de amarse fraternalmente, ú odiarse con ese extraño sentimiento que engendra el egoismo; un amor contrariado, una esperanza aniquilada ó una ilusión perdida.

Con las cabezas inclinadas ó como si estuvieran

oprimidas por un círculo de fierro, ni una palabra, ni un grito, ni un acento, se desprendían de sus lábios áridos, capaz de interrumpir la larga monotonía de aquella situación.

Teresa fué la primera que se aventuró á hablar.

—Te ruego, hija querida, dijo dirigiéndose á Alina, que te retires un momento, y á estos caballeros les suplico que me dejen diez minutos con el señor Baron.

Cuando Teresa se encontró sola delante de su esposo, quedó silenciosa por algunos instantes y despues, con las lágrimas en los ojos y un acento triste al par que tierno, dijo:

—Te creía muerto Andrea; despues del terrible episodio de aquella noche, créelo, he llorado mucho en mi vida.... ¿porqué me dejaste? Yo era buena, mi corazón te pertenecía y ni una sombra lijera velaba la pureza de mi alma; la fatalidad, algo de diabólico, que no es posible definir, quiso que te olvidara, quiso que me olvidara de lo que te debía, de lo que me debía á mi misma.... No te pido que me perdones.... no merezco tu compasión. El hombre que me condujo á este infierno de pasiones contrariadas, al que sacrifiqué loca, inconsciente, mi felicidad y mi porvenir, me abandonó primero diez años, despues volvió á tomarme para volverme á dejar con mis remordimientos y mi

desesperación. Oh! si me hubiera sido dado desde el primer momento buscar la tranquilidad en el retiro solitario del claustro, lo habría hecho, para allí como el ángel caido, devorar mis penas en el silencio de la vida austera.... pero tenía una hija, único vínculo que me unía á la sociedad, á esta vida miserable en que los recuerdos, como fantasmas siniestras, atormentan todos mis instantes ... Las únicas horas en que la amargura deja de envenenarme, son aquellas que consagro á tu pensamiento.

Andrea se sonrió tristemente.

—No lo dudes, y para que te convenzas lée estas líneas que escribo todos los dias, como un tributo á tu memoria veneranda.

Teresa abrió el cajon de un pequeño escritorio, sacó un rollo de papeles y los entregó á Andrea, que maquinalmente los tomó.

—Como te he dicho, continuó, te creía muerto estos apuntes me justificarán ante tí, al ménos como un ser arrepentido.... ahora solo espero que Alina no necesite de mí para ir á rogar á Dios por ella y por tí, aunque no sé si Dios querrá oirme, porque en mi desolación, creo que hasta Dios se ha alejado de mi.

—Tu amante, Teresa, se alejó de tí la segunda vez, dijo Andrea con voz solemne, para recibir el

castigo que merecía: fué Marcelo, su própio hijo, quien lo mató en un encuentro con las tropas de Beppo. Tu amante era un ser abyecto, cuya vida, antes de conocerte, era una cadena de crímenes: asesino y ladron, su verdadero nombre era Gamus, como has oido. Ahora, adios, puedo asegurarte que no me volverás á ver; llevaré tus memorias por si alguna vez, aunque sea en la hora suprema de la muerte, puedo perdonarte..... Extraños misterios del corazón, el único ser á quien he amado despues de tí, ha sido á Marcelo: tambien le voy á dejar y deseo que ignore quien es la desgraciada mujer que le dió el ser y quien fué el miserable hombre que lo engendró....Adios, otra vez, no te ódio, no te amo: te compadezco!

—Andrea salió,—dijo el Sr. Marcelo, —pero antes me estrechó fuertemente la mano y acercándose á mi oído me dijo con voz conmovida: quiere á Alina siempre, porque es tu hermana y es buena, respeta á la señora Franck, que es hoy un ser muy desgraciado; no le tengas mala voluntad á Raul, él es como tú una víctima del infortunio, no siempre es culpa del hombre lo que pasa.... es el fatalismo. .. nada más que el fatalismo.

Al quedarme solo con Raul éste me estendió la mano y me dijo: Dios ha querido que pasen las cosas así; hoy mismo parto de Francia; si alguna

vez necesitas de mi, no me olvidaré que soy tu hermano... en un mal momento llegué á olvidarme que te debo la vida y te ofendí; perdoname, adios!

Salió Raul y yo pedí saludar á Teresa; á aquella Teresa que había sido mi madre durante diez y ocho años!

Al encontrarme solo con ella, le dije: Permitidme, señora, que todavía os llame madre una vez; permitid que os quiera y os respete; hoy al levantarse el velo del pasado, he visto cosas increibles, pero no he visto todavía el fin de tanta historia ¿quién es mi madre, decidme: vive? Si vive ¿podré yo saber donde está, como se llama? podré yo amarla como os he amado á vos? ¿Es buena, no es verdad? hablad señora, hablad os lo suplico encarecidamente. ¿Y mi padre donde está? quién es? Oh! decidmelo vos, por que no me atrevo á preguntárselo á Beppo.

—Por el momento, me dijo Teresa, abriéndome los brazos y estrechándome con efusión, por el momento, solo podré decirte una cosa y es, que tu padre ha muerto hace muchos años, que tu madre vive, que es bella, noble y aunque no jóven, pues tiene cuarenta y ocho años, apenas representa treinta y cinco. Andrea me ha pedido que no te la nombre todavía, él tiene interés en arreglar las

cosas en concepto de que tu puedas obtener su fortuna y sus títulos, entretanto yo respetaré ese mandato. Como has podido ver he ofendido mucho á ese hombre, cuyas altas condiciones habrás tenido ocasión de apreciar en el tiempo que has sido su compañero.... hoy, pues, no habrá poder humano que me haga faltar á lo que le he prometido; espera, pues, que él ordene y si he de ser yo la encargada de hacerte esas comunicaciones, crée Marcelo, que lo haré sin dilación alguna.

Al llegar á mi casa encontré una carta de Beppo, gran parte de los apuntes que me han servido para las referencias que he hecho á Vd. y un cheque contra el Banco de Francia, por el cual me dejaba toda su fortuna; en la carta se despedía otra vez para siempre, pero volvía á asegurarme que no atentaría contra su vida.

Yo adiviné su proyecto y desde aquel instante tomé tambien mi resolución.

Al dia siguiente fuí á ver á Teresa: mañana, la dije, parto para Italia, cerca de Cassertta hay un monasterio donde pienso pasar el resto de mí vida; si alguna vez sabeis de Beppo y os autoriza á que me comuniqueis algo que se relacione con mis antepasados, os ruego que me lo participeis; yo os haré saber el nombre que llevaré en el solitario retiro que voluntariamente me impongo.

—Espera, Marcelo, dijo Teresa, tu resolución es tremenda; el claustro es solamente el refugio de aquellos que obedecen á una vocación, tu puedes todavía esperar dias felices.

—No, Teresa, os engañais; en el claustro el hombre habla directamente á Dios y Dios le habla directamente al hombre, para darle la esperanza de un más allá: ahora yo tengo vocación porque necesito de Dios........mi madre me abandonó al nacer, víctima de una de las mil preocupaciones humanas, prefirió lo que se llama honra á su hijo; mi padre me olvidó; amaba con locura á una muger, que era lo único que podía compensarme mis pasadas desgracias, cuando la fatalidad cierne sus alas sombrías sobre mi existencia y me enseña que aquel ser por el cual había entrevisto un mundo soñado de eterna ventura, es mi hermana, y como Ycaro despues de haberme remontado al cielo, caigo al abismo; por fin, Teresa, en mi peregrinación por la tierra me quedaba un hombre que me había consagrado su amistad y su afecto, ese tambien me deja siguiendo la ruta de su triste destino; viéndome, pues, desterrado en la tierra voy á buscar á Dios.

—Despídete, al ménos de Alina, me dijo Teresa arrasados sus ojos en lágrimas.

—Oh! no, no, imposible, para que hacerla sufrir
—Adios!

—Yo tambien me voy, quedando sola en el mundo, dijo Teresa, y continuó: Andrea, si pudiera verter toda mi sangre para regenerarme, si pudiera acumular mayor suma de dolores sobre los que ya he tenido en vida para espiar quemándome en las llamas de mi purgatorio, la falta, el crímen con que te ofendí; si pudiera á costa de los más grandes sacrificios merecer que volvieras á mirarme un solo momento como en los buenos tiempos de mi vida, vería despues venir la muerte tranquila y serena como el ángel de la resignación; pero nó, no merezco la paz para mis dias, solo soy acreedora á abrazarme en el fuego de ese infierno á que yo misma me condené. Andrea, en estas tristes horas de mi vida se tú mi luz, no quiteis nó, tu resplandor purísimo, aunque no sea sinó para alumbrar mis penas. Yo estoy loca, no veo sinó las densas tinieblas del caos; Dios mío! gritó, amparame; y cayó desplomada sobre el pavimento.

Yo que desde la puerta había escuchado y visto aquella escena desconsoladora, volvi á entrar; besé la fría frente de Teresa y con voz ahogada, la dije: Adios Marta, preferiría llamarte Marta, porque así serías mi madre.

Al dia siguiente salí para Italia; pronto me puse en relación con el prior de la abadía de Cassertta á quien le referí parte de mis pesares y mi firme propósito de enclaustrarme. Allí fuí recibido y vestí desde luego el hábito de monge.

La vida tranquila de aquel claustro fué lentamente amortiguando las angustias de mi corazón.

De tiempo en tiempo venía á mi memoria el recuerdo de Beppo y de Teresa, pero no me llegaban noticias de ellos. Así pasé dos años; yo había desaparecido del mundo y el mundo había desaparecido para mí.

Una tarde en que me encontraba abismado bajo el imperio de ciertas ideas, me decía á mi mismo: la vida de los frailes, en general, es una corriente de hechos que le dan la espresión de la vida del Limbo; pero yo suelo sentir mi corazón rebelde y en mi dormido cérebro, se despiertan ciertas ideas que por el impulso de mi sentimiento me conducen á pensamientos imposibles. Acababa de hacerme estas reflexiones cuando vinieron con urgencia á buscar un hermano que fuera á ofrecer los auxilios espirituales á la señora Condesa Sofía de X, que se hallaba moribunda.

Fuí yo el encargado de llenar la sagrada misión.

Al entrar en el suntuoso palacio, pude observar ese movimiento algo desordenado que se produce

en las casas donde hay algun enfermo próximo á dejar la vida.

Introducido en la alcoba de la moribunda, la contemplé silenciosamente. Estaba acostada de espaldas, con los ojos entreabiertos y una espresión de fatigosa angustia se diseñaba en su fisonomía, tenía la naríz afilada y una respiración breve y entrecortada; entre sus manos se hallaba un crucifijo de marfil, que se movía al impulso de ciertos movimientos convulsos de sus dedos, subsultos ó carpología que presentan los enfermos muy graves.

He ahí, me dije, la elegante dama, la espiritual y alegre Señora, para la cual ni los años habían dejado huellas; hela ahí, próxima á morir como cualquier otra criatura, ¿de que le sirven sus blasones, su lujo, su inmensa fortuna? ni siquiera tiene á su lado un ser querido que le prodigue palabras de esperanza y de unción; todo aquí es silencioso, funerario, solo interrumpe esta monotonía la respiración anhelosa de la que vá á morir.

Abrió los ojos, me contempló un momento, hizo un esfuerzo y con voz desfallecida me dijo: Padre!

Hice una seña para que se retirara la servidumbre: Breves instantes despues, volvió á mirarme y con voz algo más entera, agregó: Creo, padre, que ha llegado mi última hora... quiero morir

como cristiana, como creyente; vos me dareis la absolución ¿Es verdad, Padre, que me la dareis?

Hubo un momento de silencio y continuó:

Creo en Dios, creo en el ser infinito, poderoso, omniciente y santo, creador del cielo y de la tierra... creo en Dios, bondad suprema, espíritu inmortal;... creo en Dios, principio vital del Universo, verbo divino de la creación; amo á Dios, espero en Dios, me confieso á Dios y le encomiendo mi alma, poseida de la fé, de la inmensa fé que me dá la intuición de su existencia eterna. He pecado, señor, porque me he olvidado de Dios en el torbellino de las cosas mundanas; he pecado, porque he desconocido sus sublimes doctrinas, porque he menospreciado sus sacrosantos preceptos y sus mandatos. Siento en el fondo de mi alma el arrepentimiento y no lo siento porque comprendo que se acerca mi última hora, sinó porque esperimento algo en mi que me dice que yo podría ser buena si llegase á vivir y que soy capaz de serlo en la hora suprema de la muerte. Yo sé que necesito algo para purificarme de todos mis errores, de todos mis estravíos y siento el torcedor de la conciencia que se esperimenta al comprender las malas acciones que se han cometido.... Sí, Padre, yo tuve un hijo, producto de una falta que la sociedad condena, y en vez

de hacerme digna del perdon divino, enseñando al mundo la desnudez de mi pecado, preferí confiarlo á manos estrañas, lo entregué á una pobre muger para así sustraerme á los cargos de los hombres y aparecer ante el mundo con una pureza que no tenía... La muger que se prestó á servirme cuidando la criatura, fruto de mi ilícita relación, fué á su vez víctima de la seducción de mi amante: por mi ofendió á su marido, y su marido, honrado arrendatario en una posesión mía, vino á ser desgraciado: se hizo capitan de bandidos, tomando el nombre de Beppo, y mi hijo Marcelo, que accidentalmente lo acompañaba, impelido por el fatalismo, fué el encargado de matar á su propio padre.....

—Dios mío! Santo Dios! justicia divina! Sois mi madre, exclamé. Oh! que tremenda revelación! Yo soy el matador de mi padre..... hijo parricida... horrible designio, fatalismo; las faltas de los padres caerán tremendas y renacerán como estigmas de sangre ó de horror en las generaciones sucesivas..... Dios mio ten piedad de mi! amparame!

Al oir mis vehementes exclamaciones, mi madre quiso hablar, más solo produjo una especie de gemido inarticulado; se descompuso horriblemente su fisonomia; sus lábios se amorataron, su

respiración se hizo estertorosa, un sudor de nieve innundó sus mejillas cárdenas, y en una especie de convulsión pasiva, saltó de sus manos el crucifijo, quedando en seguida con los ojos abiertos, empañados por el barniz gomoso de la muerte.

Loco, sin conciencia de lo que hacía, quise abandonar el aposento, pero allí me retenía una fuerza extraña, mas rígida que el cadáver de mi madre; yo sentia que el corazón me martillaba el pecho con inusitada violencia; las mas estrañas ideas se chocaban y repercutían en mi cerebro erético. Despues, por un impulso estraño me acerqué al lecho y obedeciendo á un sentimiento tierno, inefable, mis lábios áridos fueron á posarse sobre la frente helada de mi pobre madre, luego, un torrente de lágrimas se desprendió de mis ojos, y por fin bajo la influencia de una sensación extraña, me pareció que los objetos daban vuelta al rededor mio, que me faltaba la tierra bajo los piés, que las sombras invadían el espacio; zumbaban mis oidos, el corazón tumultuoso dejaba de latir, y precipitado por el vértigo, una atracción poderosa me arrebataba y conducía á la región desconocida del *no ser*.

Cuando volví en mí, me hallé en la celda de la Abadía; poco á poco me fuí dando cuenta de las cosas; todos los recuerdos vinieron como fantas-

mas ennegrecidas á tomar posesión de mi conciencia. Llamé y pronto me encontré rodeado de varios monges, quienes me manifestaron que mi desmayo databa de dos horas; tenía necesidad de pensar y les rogué que me dejaran solo.

La idea del suicidio vino á posarse en mi espíritu, fulgurando siniestramente, pero hacía tanto tiempo que pensaba en Dios, que Dios no quiso abandonarme y deseché los malos pensamientos aceptando el sacrificio de vivir, aunque no fuera más que para rogar á Dios por aquellos que, al darme la vida, me habían legado una inmensa suma de dolor.

Algun tiempo despues del episodio que acabo de referir á Vd., salíamos del Convento varios hermanos en calidad de misioneros; los puntos acordados para nuestra misión de convertir infieles, eran el Asia, Africa y América; á mí me habia tocado esta última región. El buque en que yo viajaba naufragó en las costas del Estrecho de Magallanes, pero fuimos socorridos por un vapor que debía recalar en Montevideo.

Al desembarcar en aquella Capital, las autoridades Eclesiásticas, no dieron gran fé á la historia del naufragio y me favorecieron muy poco; tenía hambre, dejé los hábitos y á fuerza de trabajo y economía conseguí medios para trasladar-

me á esta Capital, donde la misma noche del dia que llegué encontré una fuerte suma de dinero; puse avisos en los diarios, pero aunqúe algunos se presentaron ninguno señaló la cifra perdida.

Acaso, se pregunte Vd., como llegó á saber mi madre que yo fuí el hijo parricida; esto no lo dicen las memorias que me dejó Beppo; presumo que al retirarse del mundo social se lo comunicó. Tampoco dicen aquellas memorias donde se fué mi padre, despues de la tremenda noche de la Granja de Palermo, ni porque estuvo diez años ausente; es probable que Beppo lo ignorase y como yo no conocía ese episodio no pude preguntárselo á Teresa: por otra parte es un detalle de muy escasa importancia;—en fin, señor, ahora necesito mas que nunca palabras de aliento, porque vuelvo á sentirme presa de siniestras preocupaciones; sí, la idea del suicidio renace un mi espíritu; pero quiero batallar hasta el fin y por eso volveré á visitarle; pues concluida mi historia, necesito su palabra, necesito su consuelo.

Hasta mañana señor.

El señor Marcelo me hizo varias visitas; se había tranquilizado y un buen dia vino á comunicarme que volvia á Nápoles, con el propósito de

ingresar nuevamente en el Claustro ó Abadia inmediata á Casserta.

Dos semanas despues de haberse despedido de mí aquel sujeto, fué encontrado en el bajo de la Recoleta el cadáver de un suicida; tenía atravesado el corazón por un balazo y en el bolsillo de su paletot se encontró una carta en que decía, textualmente estas palabras:

«A nadie se culpe de mi muerte, se ha cumplido en mí la ley fatal con que nací; hijo de una falta fuí inconcientemente parricida y aun creo que mi própia madre murió al descubrir que yo era su hijo. He comunicado hace muy poco tiempo á un médico la historia de mi vida, él podrá ser juez de mi resolución».

Aquel desgraciado era Marcelo.

MISTERIO

CAPITULO IV

Matrimonio modelo, jóvenes aún, padres de una interesante niña de once años, con buena fortuna y posición social, formaban un conjunto en el que parecía que solo intervenían motivos gratos para el entretenimiento de la vida.

Médico yo de la casa, al observar tanto bienestar, tanta intimidad y unidad de pensamientos, solía decirme: he aquí una familia feliz, la tranquilidad del hogar no se perturba, ni aún por esas pequeñas dolencias de los niños, que tanto afectan á los padres cariñosos; nada interviene aquí en concepto de trastornar la corriente de esta felicidad.

La jóven señora, á quien llamaremos Lucía, era lo que se puede llamar una mujer de espíritu sutil, bella todavía, simpática é instruida; hacía tiempo, me consultaba sobre ciertas molestias que, no estando bien definidas, no me daban motivo para intervenir, sinó con ligeras indicaciones.

Un dia me pareció prudente manifestarle, que todos los trastornos que me señalaba, podrían

depender de la circunstancia de que pudiera hallarse en estado interesante.

—Piense, amigo mio, me dijo, en cualquiera otra cosa, pues puedo asegurarle, sin temor de engañarme, que no me encuentro en el estado que Vd. presume.

—Sin embargo, agregué, es posible que Vd. se equivoque.

—Sin embargo, repuso ella, tengo la firme convicción de que nó, y esto debe bastarle á Vd.

—Señora, en estas cuestiones, se equivocan Vds. noventa y nueve veces entre ciento.

—Mi querido doctor, cuando una muger como yo dice que nó, sabe lo que dice; no insista, pues, y procure buscar otro orígen á las molestias que me aquejan.

Pasaron tres ó cuatro semanas, y el cuadro de fenómenos que ofrecía la señora, se diseñaba más y más, de manera que me creí obligado á repetirle mis sospechas.

—Vuelvo, señor, á insistir en que está Vd. equivocado, y le ruego, agregó con un acento que revelaba cierta impaciencia, que no me hable mas de eso.

Al salir ese dia de la casa, se me acercó el esposo y me acompañó hasta la puerta, cosa que hacía con bastante frecuencia.

—¿Como va ésta? me preguntó con el modo más natural.

—Señor, contesté, la verdad es, que la señora ofrece un cuadro de síntomas tan insólitos, que empiezo á preocuparme: yo hasta hoy he creido que pudiera estar en cinta y la verdad es, que todavía, no abdico esta creencia, á pesar de que ella asegura que nó y lo repite con la más grande convicción.

—Cosas de señoras, agregó el esposo con una naturalidad tal, que el mas atento observador no habría podido descubrir la más fugaz é insignificante emoción.

Dos horas despues, al llegar á mi casa, se me dijo que hacía ya rato me esperaba un sujeto: éste no era otro que el esposo de Lucía.

—Doctor, me dijo ¿estamos solos?

—Sí, señor.

—¿Podrá Vd. consagrarme veinte minutos de atención?

—Como Vd. lo desée, contesté, estoy enteramente á sus órdenes.

—Caballero, repuso, esta mañana me ha significado Vd. que crée que la señora se halla en cinta; esta noticia, señor, viene á colmar la medida de mi desgracia, porque ha de saber Vd. que yo no hago vida marital con esa muger, hacen cuatro

años, y si bien hasta hoy he tenido que reprocharle su mal carácter y todas sus perversas condiciones, lo único que me contenía en ciertos límites, era la creencia de que fuera honrada, pero desde que esto puede ofrecer uua duda, yo creo que ha llegado el supremo momento de no tolerar más. Esa muger, continuó, es un ser odioso; y la mayor felicidad de mi vida vendrá el dia que ella desaparezca. Vd. no puede tener ni la más remota idea de lo que es esa persona; acumúlele defectos, haga un esfuerzo de imagiginación para crearle faltas, y crea doctor, que no llegará ni con mucho á aproximarse á la verdad, en lo que respecta el carácter de esa abominable criatura.

Yo oía estupefacto aquella suma de violentos ataques, y hasta hubo un momento en que creí insensato aquel hombre; entónces le dije:

—Tenga Vd. presente, señor, que esta misma mañana le manifesté que su esposa niega en absoluto que pueda hallarse en estado interesante, que esto me lo ha repetido más de una vez y que si yo he insistido en mi suposición, es porque ignoraba lo que Vd. acaba de comunicarme; pero ahora, caballero, que sé lo que hay, me hallo en el deber de declarar honradamente que la señora no debe estar en la situación que yo sospeché,

de la que, por otra parte, no existen sinó razones de segundo órden para poder formular aquella idea.

—Preficro que sea así, dijo el esposo, porque la verdad es, que no sé hasta donde iría, si fatalmente se confirmara el hecho

Hubo un momento de silencio y en seguida exclamó: es lo único, lo único que no tenía que reprocharle.

El caballero se retiró, me encaminé al comedor, y en una bandeja que tenía varias tarjetas encontré una carta cuya letra reconocí; la abrí y leí estas lacónicas frases: «Ruégole venga lo más pronto posible; tengo que hablarle muy sériamente. Lucía N.»

—Diablos, me dije, esto se complica.

Tres cuartos de hora despues, concurría á la cita de Lucía.

—Lo esperaba con ánsia, me dijo, haciéndome entrar en un pequeño salón. Esta mañana, continuó, me insinuó Vd., como ya lo había hecho otra vez, que yo podría hallarme en estado interesante; se lo negué y ahora me hallo en el imprescindible deber, no solo de repetirle mi negativa, sinó de probarle mi afirmación, para así obligarlo á que no haga mérito de su sospecha, sobre todo delante de mi marido.........Yo, señor, nó

puedo estar en cinta, agregó, porque hacen cuatro años que no vivo con mi esposo, á quien ódio con toda mi alma, á quien desprecio, y á quien vería desaparecer de la vida sino con satisfacción, al ménos con indiferencia; ese hombre es un miserable, encarnación del vicio y de la degradación: sinó lo he ofendido en su honor, no ha sido por no afectar su personalidad, sinó por no ofenderme á mi misma. Y que más quería ese infame, que poderme lanzar al rostro esa inculpación!

—Señora, respondí, desgraciadamente su recomendación viene tarde, porque hoy mismo he hablado con su esposo al respecto y con mi más alta sorpresa, he oido de sus labios cuanto Vd. me acaba de manifestar, solo que todas las recriminaciones iban sobre Vd.

—¿Sí? dijo Lucía, pues es necesario ahora levantar la punta del velo y mostrar á Vd. la verdad desnuda, para que se asombre. Es toda una historia; quiera Vd. prestarme un poco de atención.

Lucía continuó así:

—Pertenezco á una familia de condición sumamente humilde; siendo muy niña quedé huérfana de padre y madre y pasé á vivir con mi abuela materna, que ya era muy anciana y absoluta-

mente pobre: no referiré á Vd. la vida miserable y llena de privaciones, que llevé desde mi infancia hasta la adolescencia. Rayaba ya en los quince años y, no habiendo estado nunca en la escuela, carecía hasta de las más ligeras nociones de los estudios; no sabía ni siquiera leer, ni tenía otras ideas de moral, que las que se adquieren en el Rio y en la vida intima de los conventillos. Fué en esa época, que mi abuela, achacosa y algo viciada por la bebida, me propuso que me entregase infamemente á un hombre. Indignada ante tan monstruosa proposición, me escapé esa noche del hogar y me coloqué como sirvienta en casa de una señora francesa, que tenía un alto empleo en la Escuela Normal, y á la que yo conocía por haber sido mi abuela lavandera de la casa.

Aquella dama me tomó mucho cariño y al penetrarse de que yo era una persona completamente ingnorante, llevó su protección hasta enseñarme, empezando por las nociones mas rudimentarias.

A medida que se despertaba mi espíritu, dormido á las impresiones del saber, mi protectora iba tambien colocándome gradualmente en mas ventajosa posición, hasta que al fin concluyó por tratarme como hija.

A los diez y ocho años me hizo entrar en el colegio, donde á fuerza de estudio y perseverancia, conseguí en tres años obtener el diploma de Maestra Normal.

Mi bienhechora tuvo que irse á Estados-Unidos, pero me dejó tan recomendada en varias casas, que desde luego me basté á mi misma.

Ah! Señor; cuantas, acechanzas, cuantos peligros no pasa una jóven en esta sociedad, aunque por su comportación no dé mérito á las persecuciones de los hombres!

Entre mis constantes galanteadores se hallaba mi marido, y aquel sujeto á quien había querido venderme mi abuela.

Yo rechazaba, señor, aquellos hombres que instintivamente me inspiraban horror, pero ellos redoblaban sus persecuciones á medida que yo redoblaba mis desdenes.

Un dia se presentó en la habitación que yo ocupaba en una honrada casa de familia, la señora de N.... madre de mi esposo.

—Vengo señorita, me dijo, á manifestarle que mi hijo F. de T. se halla perdidamente enamorado de Vd., que desea ser su esposo y ya que está Vd. sola en el mundo, le ofrece su nombre, que lo crée sin tacha, le ofrece su corazon y por consiguiente su vida. Crea Vd., señorita, que aceptán-

dole, alcanzará una buena suerte: F. es rico, buen mozo, como Vd. lo sabe, y admirablemente colocado en sociedad; acepte Vd. señorita, y crea que no tendrá que arrepentirse, porque mi hijo es todo lo que se puede llamar un gran partido.

—Señora, contesté, no dudo absolutamente de cuanto Vd. me ha manifestado, pero yo soy de las que creen, que el hombre á quien la mujer debe ligarse para toda la vida, debe ser, ante todo, amado, debe ser estudiado y por último juzgado; así como tambien la mujer tiene que ser apreciada por el hombre, en todo lo que vale y en lo que es; por consiguiente, señora, yo agradezco el honor que me dispensa Vd. y su hijo, pero no puedo resolverme á contestarle, pues, á ese respecto soy esclava de mis convicciones.

—Bien, señorita, bien, repuso la señora; todo eso la hace á Vd. mas recomendable, pero...... ¿cómo hacer para que Vd. pueda conocer á mi hijo?

—He ahí, señora, contesté, la gran dificultad.

—¿Quiere Vd. recibirlo?

—Señora, consultaré á la excelente famila de esta casa que me quiere bastante, y si ellas aceptan esta visita acompañándome, no tendré inconveniente en recibirle.

—Mañana volveré por la contestación.

Las señoras de la casa que conocían de nom-

bre á la familia de T. no tuvieron inconveniente en satisfacer mi pedido.

T. visitó, y tres meses despues se concertó mi matrimonio.

Debo advertir á Vd. que al resolverme á aceptar por esposo á ese hombre, lo hacía más por los consejos y repetidas observaciones de las señoras, que por la razón de estar muy enamorada: mil y mil veces en mi vida, he tenido que arrepentirme de esa ligereza.

La familia de mi esposo, si bien estaba bien colocada en sociedad, carecía de ese tacto y cultura que ofrecen las personas que han recibido desde muy temprano una perfecta educación: mi esposo, aunque de porte simpático y maneras hasta cierto punto desenvueltas, incurría con frecuencia en vulgaridades, que si bien no me afectaban rudamente, me hacían entrever que aquel hombre, por su nivel intelectual, carecía de las condiciones de esas personas que, por sus cualidades, se manifiestan desde luego como gentes de tacto y espíritu.

Mi futuro, entónces, resolvió que vivieramos en familia y la suya parecía muy satisfecha de tal resolución.

Mi casamiento, pues, no se hizo esperar.

Llegó el dia señalado, y ese dia, que es el más

grande de la vida de una mujer, fué para mi un dia de inmenso pesar: tuve grandes momentos de vacilación. ¿Cómo es posible, me decía, que yo me case con este hombre, á quien verdaderamente no creo amar? ¿Porqué me he de condenar al perpetuo suplicio de vivir con un ser que no sé si tendrá el talento de impresionarme favorablemente y de romper algun dia el hielo que envuelve mi corazón? ¿Qué derecho tengo yo, por otra parte, para hacerlo desgraciado?, pues, es claro que si él alguna vez se apercibe de que yo no le amo lo bastante, tendría que esperimentar toda esa suma de pesares que necesariamente engendran esas anómalas situaciones.

Pensando así, me dirijí llorando á una de las señoras de la casa que tenía por mí particular predilección; le espresé mis zozobras, mis ideas, mis vacilaciones; en una palabra, le pedí un consejo, alimentando en mi corazón la esperanza de que mis razones la convencieran y convendría conmigo en que era mejor determinar las cosas á tiempo ántes que esponerse á arrepentimientos tardíos.

Mis esperanzas fueron defraudadas, la señora acojió mi declaración, mi consulta, con verdaderas muestras de disgusto.

—No piense Vd., me dijo, niña, en esas tonterias:

Vd. concluirá por querer mucho á ese caballero, que es fino, galante y obsequioso con Vd.; su situación, por otro parte, señorita, no es de las más propicias: una enfermedad, cualquiera circunstancia puede intervenir y Vd. se encontraría en las más sérias dificultades: el hombre que Vd. pretende desechar, encontrará mil que lo acepten y se darán por muy felices por el solo hecho de haber encontrado un marido de tales condiciones: déjese de majaderías, las muchachas no ven el mundo sinó por el lado del amor y olvidan el lado de las conveniencias: despues que pasen las horas de su vértigo, se habituará Vd., se encarrilará en el riel de la vida comun y al fin concluirá por considerarse feliz.

Debo declarar á Vd. que las teorías de aquella excelente señora, no llevaron la convicción á mi espíritu y que para resolverme al matrimonio; intervenieron no puedo negar otras ideas que me subyugaron.

—Si yo no me caso, me decía, los que no me conocen, los que ignoran lo que pasa en mi alma, los que no ven las cosas sinó á través de las malas impresiones, no han de suponer que soy yo la que doy el paso de no aceptar á T...., sinó que él, por alguno de esos motivos que se reservan siempre, rompe su compromiso, y que al dar este paso,

prefiere aparecer ante el mundo como una víctima y no como un victimario: mucha parte del mundo me juzgará mal, me calumniará y ¿qué otro hombre en presencia de una duda querrá ligar luego su existencia á la mia?

Me resolví, pues, por mi desgracia, á aceptar el yugo de un matrimonio, delante del cual, la vida resbalaría fatalmente empujada por el infortunio.

La noche de mi boda, fué la primera de mi desgracia.

Una concurrencia muy numerosa asistió á la ceremonia, que tuvo lugar en casa de la familia de T......

He dicho á vd. hace poco, que esa gente á pesar de estar bien colocada, carecía de tacto social, de modo, que la noche de mi boda se convirtió, más que en una fiesta íntima de familia, en una gran fiesta de baile.

El movimiento, la algazara de mal género se continuó hasta las seis de la mañana; casi de dia.

Mi esposo, encantado de tanta satisfacción, se entregaba á repetidas libaciones; los tertulianos empezaron á retirarse, cada uno de los miembros de la familia se dirijió á su habitación; yo fuí conducida á las mias, por mi suegra, en tanto que mí

señor esposo cenaba á última hora, con una tia, que pronto le haré conocer á vd.

Media hora despues se presentó en mi habitación, venía en un estado tal de embriaguez que á duras penas podía tenerse de pié.

Al fin solos, me dije; él se sentó en una otomana balbuceando palabras inconexas é ininteligibles; su fisonomía representaba ese atontamiento de los imbéciles ó idiotas en que parece velada la limpidez del espíritu; breves momentos despues quedó profundamente dormido, con esa respiración estertorosa y ruda de los ébrios; de su boca entreabierta se escapaba una abundante secreción salibal que manchaba su blanca corbata y la tersa pechera de su camisa de baile; de cuando en cuando murmuraba palabras brutales, que me abochornaban y me daban asco, y desde tal momento, aquel hombre se destacaba delante de mis ojos, degradado, antipático, asqueroso.

¡Qué reflexiones no se agolparon esa noche en mi mente! Qué tempestad de pensamientos encontrados no se agitaron en ella! Hubo momentos que hasta la idea de huir cruzó por mi espíritu.

Estoy sola en el mundo, me decia; quien me defenderá, nadie me conoce; esta gente, con derecho ó sin él, está bien colocada, yo llevaría siempre la parte odiosa: por fin, me repetí: toleremos.

Los condenados en el Infierno deben sufrir la eterna pena de sus culpas, tú tambien tienes ya tu Infierno, solo que tú no has pecado.

Las lágrimas entónces surgieron á torrentes de mis ojos, y mi corazón, por la primera vez de mi vida, lloró tambien con ese llanto silencioso que produce la angustia del alma.

Esta fué, señor, mi noche de boda.

Eran las diez de la mañana y mi exelente marido dormía todavía estirado en el sillón; ya hacía tres horas que yo me había despojado de mi velo, mis azahares y mi ropage de novia, cubriéndome con un *Robe de chambre*, para esperar así la vuelta de mi esposo á la luz del dia.

Recien á las diez y media, cuando la voz de mi suegra se hizo sentir en la puerta, lo llamé, lo sacudí y abriendo los ojos con cierta estupefacción, me miró atontado, pero los vapores del vino no se habían desvanecido del todo, de manera que sus primeras palabras tuvieron algo de inconexas y su aliento se hallaba saturado de ese fermento ácido de los borrachos, que rechaza y repugna.

Debo declarar, sin embargo, que pronto se dió cuenta de su situación, porque empezó á producir algunas escusas que, léjos de satisfacerme, me indignaban más y más, porque cada palabra parecía arrastrar un concepto brutal; de pronto se levantó

y quiso acercárseme, pero yo huí de él, impelida por un movimiento instintivo de dignidad y de horror,

Mientras él cambiaba sus vestidos abrí la puerta.

Pocos momentos despues se presentó mi suegra y debo declarar que sus primeras palabras fueron muy poco edificantes.

Conceptos vulgares del màs mal género, acompañados de algunos gestos que le daban la repugnante espresión de un Fauno, vinieron á acentuar más y más mi malestar.

En seguida llegó mi esposo, algo más despejado; acto continuo la tia y sus hermanas.

Se sirvió el almuerzo y T...., inspirándose en el brutal concepto de que los que tienen penas ó disgustos, deben ahogarlas en vino, bebió tanto y tanto, que hasta mereció algun amistoso reproche de los de su familia.

Concluido el almuerzo, se vistió, me llamó, quiso acariciarme, pero yo escusé sus halagos; en seguida formuló algunas estúpidas disculpas, salió y no volvió á aparecer hasta las doce de la noche.

Mi suegra, preocupada de aquella estraña conducta de su hijo, procuraba disculparlo por todos los medios imaginables, y en sus esplicaciones

llegó torpemente á insinuar, aunque muy velados, algunos conceptos injuriosos para mí.

Mi esposo volvió bastante pesado de la cabeza, y cuando nos quedamos solos, empezó á sollozar, á pedirme perdón y en seguida me habló de *Banca*, *jugadas*, *clavadas*, y otros términos, que deben ser muy conocidos y apreciados en las mesas de los Tahures, pero muy poco oportunos para una novia de cuarenta y ocho horas.

Esa noche T. se acostó, pero yo me hallaba tan horrorizada, que insinué un motivo por el cual pude permanecer levantada hasta que lo noté profundamente dormido.

El recuerdo de Balzac vino á mi mente y esa noche bendije la moda de los lechos gemelos, pues si hubiera sido único, creo que la hubiera pasado levantada como la anterior.

Lo que acabo de referir á vd., señor doctor, no es sinó un insignificante episodio de mi vida marital, comparado con lo que todavía tiene vd. que oir.

A los seis meses de mi casamiento, resolvió mi esposo vivir separado de la familia, y tomó una casa en la calle de....

A medida que trataba íntimamente á este hombre, me iba persuadiendo que en él había una mezcla de sencillez, disimulo y falta de sentido

moral que no sabía verdaderamente hasta donde podía llegar.

Evidentemente era jugador, porque unas veces se presentaba con grandes sumas de dinero y hasta alhajas que me ofrecía, significándome que había hecho grandes y lucrativos negocios, y otras ocasiones carecíamos hasta de lo más esencial para la vida.

Todo esto era, sin embargo, disculpable: el juego es una mala pasión, pero no es un vicio degradante en la extensión de la palabra.

Otras cosas mas sérias debía yo ver en mi vida con este hombre.

Habíanse cumplido dos años de mi matrimonio, y si bien yo no era feliz, porque no podía serlo desde que no amaba á mi marido, procuraba con dulzura conducirlo al camino de la honorabilidad, poniendo en juego hasta un cariño que verdaderamente no me inspiraba.

El vicio de la ebriedad no era precisamente el que lo dominaba, pues, pasaba grandes temporadas sin beber.

El juego tampoco parecía ser la pasión favorita, pues solía tener épocas en que no jugaba, y léjos de eso, trabajaba y llenaba sus deberes sociales y de familia, sinó perfectamente, con bastante corrección.

En ese tiempo dí á luz á Lucía; pensaba yo que esta criatura, que nació endeble y delicada, podría ser quizás un vínculo de afectos, y me lisongeaba de ello, puesto que observaba que él la prodigaba las mayores caricias y dedicación. He aquí una corriente que me acerca á este hombre, me decía; he aquí cómo el amor por esta inocente criatura puede traer á mi corazón el tierno sentimiento de afecto por su padre; he aquí como el amor de los hijos vincula y estrecha relaciones que parecían imposibles; una fuerza irresistible empieza á conmoverme y siento un latido en mi corazón, que lo creía seco; sí, me agregaba, yo haré lo posible, con mi solicitud y mi cariño, para que el padre de mi hija sea tambien el amante cariñoso de su esposa y espóntaneamente le abriré los brazos y le enseñaré que la verdadera felicidad estriba en el mútuo afecto de los esposos y en la educación perfecta de su prole.

Cuando concluí estas reflexiones yo amaba á T...

Pasaron los años: mi esposo, si bien conservaba algunos ligeros resabios de su vida de soltero, era, por otra parte, afectuoso, solícito y hasta sóbrio.

Mi felicidad no debía ser muy duradera.

Un dia, en momentos en que la criada acababa

de acomodar el escritorio, encontré una carta en el suelo que leí, sencillamente para guardarla, por si ella pudiera tener alguna importancia comercial.

Bien pronto conocí la letra: aquella esquela era una cita para la casa *consabida*, asi decía, y la inicial que la firmaba correspondía al nombre de una sospechada persona.

No eran celos, no era curiosidad; era algo que no me es dado esplicarme lo que se apoderó de mí, pues tomé la firme resolución de ver por mi misma lo que pasaba.

Mi marido, como de costumbre, comió en casa, pero no bien hubo tomado el café, cuando se puso el sombrero y haciéndome un cariño salió precipitadamente.

Yo que tenía previsto todo, salí tras él, dí órden á un carruaje que me esperaba en la esquina, de seguir despacio; llegó al Club.... yo quedé en acecho; poco despues subió á un carruaje que le fuéron á buscar y partió á largo trote: mi cochero, que era un antiguo conocido, comprendiendo que se trataba de una intriga y que sería bien remunerado, obedeció mis órdenes de seguir aquel carruaje, y lo hizo á mi entera satisfacción.

Veinte minutos tardamos en llegar á la casa donde se apeó mi esposo; breves momentos des-

pues llegué yo, llamé á la puerta, abrió un portero italiano de faz antipática y me dijo:

—Entri signora, á chi cerca?

—No acaba de entrar F. de T.

—Ah! lei é la signora J.

Nó, soy otra persona, pero desearía entrar sin ser vista de nadie y espero que Vd. me sirva, le dije, entregándole cinco pesos.

—Grazie tanti, signora, abbia la compiacenza di seguirmi.

Entré por un zaguan, cuyo gas estaba muy oscurecido, pasé un pátio que tambien tenía muy poca luz, el portero golpeó una puerta á la derecha, habló con no se quién y en seguida, despidiendose me dijo:

—E necessario pagare dieci pezzi anticipati.

—Aquí los tiene Vd.

—Bene, addio!

—Perfectamente, oiga: si quiere ganar cinco pesos más, es necesario que me conteste á lo que le voy á preguntar:

—Scusi, io non posso; ma se lo desidera chiameró á la camariera Letizia ed essa potrá servirla.

—Llamela al punto.

Letizia era una jóven en cuya fisonomía franca y simpática se diseñaban, sin embargo, los estigmas del vicio y de la corrupción.

—Que desea usted de mi, me dijo, en correcto español.

—Darte un billete de diez pesos á trueque de algunas noticias.

—Oh! es vd. muy amable, pregunte y yo contestaré.

—¿Qué casa es esta?

—¿Vd. no lo sabe?

—Es claro, desde que te lo pregunto.

—Bien, señora, esta no es una casa, son dos, son tres, segun convenga á los parroquianos. Para algunos, continuó Letizia, es una casa reservada para coloquios de amor; para otros, es un lugar de juego, donde se trasnocha; para otros, en fin, es la *Camorra.*

—¿Qué es eso?

—Aquí se llama así, á dos salones donde concurre la gente alegre y de pocos escrúpulos: en uno de esos salones hay un tablado, donde se toca por una chica de doce años, vestida de Cupido, un piano armonium, como esos que usan los organistas de las calles.

La señora Patrizia, que es la Regente, sale vestida de Maga, en trage talar azul, bordado de estrellas y una media luna en la cabeza; lleva tambien en su mano la vara de la virtud y á sus primeros golpes suena la música y aparecen los

privilegiados; estos son concurrentes pagos ó aficionados á los *actos* plásticos y tanto unos como otros, ya sean mugeres ú hombres, se presentan completamente desnudos.

—¡Qué horror! esclamé al oir aquella infame relación; ¡qué horror! repetí, y mentalmente me dije: en qué casa ¡Dios mio! he entrado.

—Qué dice vd., señora, dijo entónces la camarera. Es una cosa muy bonita, ver las figuras y los bailes que hacen esas personas; pero lo mas lindo es que despues de algunos cuadros y acciones, la señora Patrizia tira su trage, presentándose desnuda como las otras, pero con la varita en la mano, entónces tres golpes anuncian la salida de los mancebos, que se presentan en el mismo carácter que las damas, pero siempre viene uno de más que le llaman el zángano, y hace cosas graciosísimas. De esos, algunos son pagos y otros se presentan de aficionados, siendo frecuente que estos traigan ó tengan elegida su compañera, como vá á suceder esta noche: así, si vd. quiere ver las escenas, iremos á lo que se llama el *Cosmorama* y tomaremos un camarin para ver, sin ser vistos. Si vd. prefiere estar sola, pagará veinte pesos, pero si va acompañada de algun hombre, entónces tendrá que pagar cuarenta. Sin embargo, si vd. no quiere entrar en tantos gastos, puede perma-

necer aquí, donde ya ha pagado su entrada, solo sí, que debe darme el nombre ó las señas del caballero á quien debo llamar para hacerlo entrar inmediatamente.

—Me ha dicho vd., dije á Letizia, que aquí tambien se juega.

—Si señora, en los sótanos.

—¿Y viene mucha gente?

—Mucha, señora.

—¿Conoce vd. sus nombres?

—Aquí siempre se dan nombres supuestos, pero yo conozco algunos por los própios.

—¿Podria vd. nombrármelos?

—Oh! señora, eso no puedo, porque se me despediría si se llegase á saber que los he nombrado.

—Le prometo la mayor reserva y haré más: la gratificaré.

—No puedo, señora; en lo que respecta al juego, hay prohibiciones absolutas, severísimas.

—¿Y para la Camorra?

—Ah! para eso nó, porque es cuestión de que la vea el que paga.

—¿Y sabe vd., ó puede nombrar alguno de los que no son pagados, ó de los que van á bailar esta noche?

—A funcionar, dijo maliciosamente Letizia, y agregó: si señora, esta noche, como lo ha hecho

otras veces, entrará el señor F. de T. y será su compañera una señora que frecuentemente lo acompaña, buena moza por cierto, y admirablemente bien formada, la que no debe tardar, porque ya es hora: esa dama entrará en la habitación de enfrente para arreglarse.

—¿Para qué?

—Para desarreglarse, agregó la camarera sonriendo; aquí tiene vd. la seña con que debe entrar.

La seña era una targeta con la letra J.

—Apuremos hasta la última gota este veneno, dije mentalmente; me he casado con un infame corrompido, es preciso ver por mis propios ojos; es preciso, por más que me duela y por más que esto me infame.

Los vicios, las mayores iniquidades son hoy la consecuencia de una bastarda civilización, que crea el refinamiento de la mas alta inmoralidad, y con ésta el movimiento de la podrida imágen de la degradación humana. El hombre no se sacia nunca apurando el néctar corrompido con que pretende nutrir sus brutales instintos, agrandando la esfera de su estúpido sensualismo. Imbéciles! no meditan un solo momento, que al prostituirse á sí mismos, ofenden su própia dignidad y se equiparan á algo peor que las bestias.

—Vamos, repuse, no es una curiosidad que me dá asco, lo que me lleva, es el deseo de convencerme lo que me impele á esta degradante investigación.

Entré al *Cosmorama.*

Diez minutos despues sonó la música, salieron las mugeres y me horroricé al ver salir desnuda á la tia de mi esposo, unida á otras Bacantes, ante las cuales la Balladera más infame, hubiera podido pasar por una muger honesta.

Instintivamente cerré los ojos y me quedé abismada por algunos momentos, sin atreverme á levantar la cabeza.

Una gritería infernal, acompañada de un gran golpe de música me sacó de mi letargo, miré nuevamente y ví que entre la canalla que danzaba, se hallaba el miserable con quien me hallaba unida por vínculos indisolubles.

Movida por el sentimiento de mi própia dignidad, que había sometido á tan dura prueba, me levanté y salí horrorizada.

El aire de la noche refrescó mi ardiente cabeza; pedí que me abrieran paso para salir, cuando un sugeto que yo conocía, desgraciadamente, por ser el mismo á quien había querido venderme mi abuela, entró en la habitación en que me ha-

llaba, quedándose como petrificado al encontrarse conmigo.

Por mi própio honor y dignidad, yo debía á aquel hombre una esplicación de mi presencia allí.

—Señor, le dije, le ruego que no vaya vd. á formar mala opinión de mi persona al encontrarme en esta casa; cuando vd. me haya oido se convencerá de que no son motivos que puedan degradarme, los que me han conducido á ella; soy la primera en reconocer, señor, que las circunstancias no me favorecen, pero le ruego que no forme mal juicio de mí sin oirme.

—Señora, contestó el sugeto á quien llamaremos E.; no tengo duda alguna de que está vd. aquí inocentemente, pero desde luego, adelantándome á lo que vd. pueda decirme, le anticiparé que no me sorprende verla á vd. en esta degradante pocilga.

—¿Qué no se sorprende vd.? esclamé espantada, ¿qué no se sorprende?

—No, señora; mas bien dicho, la esperaba.

—Dios mio! santo Dios! esto es lo único que me faltaba! aparecer indigna, culpable en medio de mi mas grande inocencia!

—No es vd. la culpable, señora; quiero pensar y lo creo que está vd. aquí inocentemente; quiero

creer, y tengo poderosas razones para pensarlo, que es su própio marido, quien la ha conducido hasta el dintel de la perdición.

—¿Qué está vd. diciendo? esclamé, no comprendo sus conceptos, no entiendo absolutamente sus observaciones.

—¿No? repuso E., pues, oiga señora primero y esplíquese despues, por qué no me sorprendo de nada.

Hubo algunos segundos de silencio y el señor E. continuó:

—Hace dos meses largos, que su marido, señora, perdió en esta casa toda su fortuna, perdió algo más, que no tenía con que satisfacer, y me estendió este documento, por el cual se reconoce deudor de treinta mil nacionales. Desde aquel tiempo, ha venido jugando y haciendo pequeñas ganancias, que no alcanzaban ni con mucho, á la suma que adeudaba. Yo nada le exigía, de manera que mi comportación parecía satisfacerlo grandemente y hasta llegó á tratarme con cierta intimidad.

Una noche, continuó E., me hizo conocer la *Camorra,* cosa que vd. ni siquiera sospecha lo que es, y yo por delicadeza debo reservarle; despues se sucedió una especie de orgía, y mas tarde una gran partida de Monte Inglés, en la que perdió

cuanto tenía y seis mil pesos más que yo le presté.

Cuando terminó el juego se hallaba bastante mal de la cabeza y lamentándose de no tener con que pagarme, me insinuó en su brutal embriaguez, que nada le quedaba *sinó vd.*

—Ah! señor, qué infamia, esclamé, es imposible que mi marido haya podido, en su razon, abrigar tan degradante pensamiento.

—Tal fué mi opinion, señora, y creí que por delicadeza no debía ni siquiera darle curso á tan inmorales insinuaciones; al dia siguiente, que fué el lúnes último, con plena conciencia de lo que decía, repitió ambiguamente su proposición; segun espresó me era deudor de treinta y seis mil pesos; con veinticuatro mil más renunciaba á sus derechos de esposo.

—Ah! señor, esclamé yo, eso es inaudito, imposible; ébrio, loco, quizá; en su razón nunca; será un perdido, será un perverso, pero semejante cosa nó, nó y nó.

—Pues no estaba ébrio, ni loco, señora; especulaba infamemente, pero especulaba, y aunque por honor á vd. y por respeto á mi mismo, no quise esclarecer más las cosas y permanecí silencioso; si vd. lo desea podrá convencerse esta misma noche, pues para ello, seré yo quien produzca la es-

plicación; éntre vd. en la habitación inmediata y prepárese á oir cosas inauditas, que no le dejarán duda alguna de lo que es su escelente marido.

—Lo que vd. me cuenta, señor, contesté, es tan monstruoso que hay momentos en que creo que soy víctíma de una pesadilla horrible; por eso no quiero saber nada más, sinó irme de esta casa maldita, donde tanto se ha lastimado mi alma, y á la cual vine empujada por los celos. Ahora ya tiene la esplicación de mi presencia aquí, ahora no quiero saber más nada.

—Señora, repuso E., yo debo justificar que lo que he dicho á vd. es la verdad; de otra manera podria suponérseme un impostor y es mi deber justificar mis palabras ante vd.; su esposo debe estar en la *Camorra*, lo haré llamar y es preciso que vd., aunque le duela, haga el sacrificio de oir.

—Ah! nó, nunca, eso nó, señor.

En aquel momento oí la voz de mi esposo que preguntaba por E.: éste, me indicó con una seña el cuarto inmediato y mi marido entró acto contínuo acompañado de la tia J.

—Buenas noches F., dijo E., ¿cómo se ha pasado por allí arriba?

—Admirablemente, contestó mi marido; la vieja Patrizia ha hecho toda clase de barbaridades.

—Y vd. señora, se ha divertido mucho, volvió á preguntar E., dirijiéndose á J.

—Bah! contestó la tia, á cierta edad es necesario apurar el *barbarismo* hasta saciarse; los médicos dicen que la sensibilidad orgánica se embota con la repetición de los actos; es, pues, necesario variar los estímulos y yo encuentro muy sábio el precepto, porque en esta noche todos los sentidos han tomado parte; pero es tarde y me voy, adios!

—Tengo que hablarle á solas, dijo E. á mi marido, que se disponía á salir acompañando á la tia.

—Entónces me iré sola, dijo J. y salió.

Cuando E. y F. quedaron solos, me parecía que se me salía el corazón por el aliento, sublevándose de mi pecho, ¿qué iba á oir? oh! qué tremendo paso he dado! qué mala inspiración he tenido! he tegido la túnica de mi desgracia eterna: cesé en mis reflexiones, porque oí distintamente la voz de E., que dirijiéndose á mi esposo, le decía:

—El otro dia, ó mejor dicho, la otra noche me significó Vd. que, no teniendo nada, ni siquiera la esperanza de poder pagarme, podríamos chancelar nuestras cuentas si me resolvía á entregarle 24,000 pesos más, ¿lo recuerda Vd.?

—Sí, lo recuerdo, señor E.; y crea que me he arrepentido mil veces de haberle hecho semejante proposición; debo, señor, haber pasado por mo-

mentos de muy grande perturbación, cuando me he presentado á Vd. en una condición tan miserable; le ruego, por Dios, que olvide esas palabras, cuyo solo recuerdo me quema la cara, como si me aplicaran botones de fuego; sí, he sido un miserable, y ya vé que lo reconozco, yo trabajaré y procuraré pagarle, señor E., aunque tenga que trabajar como un peon; pero, por el santo amor de su madre, le pido que olvide lo que le propuse y que me perdone ese estravío.

—Déme la mano, dijo E., y crea que no solo le perdono el mal momento, sinó que nunca más me volveré á acordar de tan desgraciada proposición; haré más: le perdono la deuda que tiene conmigo, y para que esté tranquilo hago esto...... y acto continuó, E. hizo mil pedazos el documento que le había dado F.

—Ahora, continuó, me voy á permitir darle un consejo, y acuérdese que se lo dá un hombre bueno: no vuelva Vd. más á esta casa, que envilece; deje de beber, porque el embrutecimiento del alcohol conduce á los mas grandes estravíos, el hombre pierde la cabeza y llega hasta querer sacrificar su honor, prostituyendo á la madre de sus hijos, á su própia esposa.

Yo, al oír todo aquello, temblaba, como si tuviera azogue en mis venas.

—Le juro, contestó T., que seguiré ciegamente su consejo, y romperé con la mujer que acaba de salir, que es la causante de mis grandes estravíos, y la misma que me insinnó la infame acción que le propuse.

T. se retiró por indicación de E.

Cuando éste tuvo la seguridad de que había salido, se acercó prudentemente á la puerta y me llamó.

Yo estaba medio desvanecida.

—Señora, me dijo con el mayor respeto, es necesario que salga Vd. cuanto ántes de aquí; yo la acompañaré hasta que quede Vd. en lugar seguro, pero ántes quiero permitirme una breve aclaración.......

Yo no soy parroquiano de esta casa, vine á ella por casualidad y he repetido mis visitas, generalmente por aburrimiento: ahora, despues de lo que he visto, pienso que, es peligroso continuar, y no volveré más; no me juzgue, pues, un jugador, ni un hombre de malas costumbres; soy sencillamente un desgraciado, que, si bien muchas veces no sabe donde va, tiene, sin embargo, la seguridad de que será dueño de sí mismo, toda vez que sea necesario.

—Es Vd. muy bueno, señor, y agradezco lo que acaba de hacer en obsequio del que se llama mi esposo; procure ser feliz, lo que no le será difícil, e agregué, admirando interiormente las grandes

condiciones de aquel hombre, y sintiendo por él algo que me parecía admiración. Acepto su compañia hasta mi carruaje, que debe estar esperándome en la otra calle.

El señor E. me acompañó, en efecto; volví á mi casa y me encontré con mi esposo sumamente abatido.

—De dónde vienes, tan tarde, me preguntó.

—No sé, le dije; pero lo que sí sé es que desde este momento quedan completamente rotas nuestras relaciones íntimas.... estoy dispuesta, agregué, á llevar las cosas hasta el último estremo; pero me resignaré á vivir con Vd. bajo el mismo techo, y me sacrificaré por salvar á esta inocente criatura, que debe ignorar siempre lo que ha sido su padre, con tal que él se someta á aceptar estas condiciones.

—No entiendo una palabra de lo que me estás diciendo, repuso T., pero su acento revelaba en aquel momento la mayor emoción; no entiendo, esplícate.

—No tengo que darte otras esplicaciones, ni tú las necesitas, porque una voz secreta te grita del fondo de tu alma que tengo derecho para hablarte así.

—Esplícate, repitió colérico, porque de otro modo yo buscaré medios de hacerte hablar.

—Pégame, le dije con sarcasmo, es lo único que te falta.

—Habla, replicó con tono amenazante, habla, ó soy capaz de cometer un disparate.

—Una carta que encontré en tu escritorio, firmada J., y dándote una cita para la casa *consabida,* te esplicará todo; si esto no te basta, te declaro que para mí es lo suficiente.

—Esas son tonterías, dijo T., bastante inmutado.

Me retiré á mi dormitorio, y desde aquella noche T. se hizo solícito y hasta cariñoso, pero rechazado siempre, y rechazado con energía, á pesar de sus protestas, concluyó por quedar sério y hasta ceñudo conmigo, siempre que estábamos solos.

Un día, sin embargo, se acercó violentamente, me tomó con brio de un brazo, y me dijo con voz ronca y palabra breve:

—Estoy ya cansado de tí, estoy pensando que eres un ser odioso, porque el rencor es el fondo de tu mal carácter, porque no hallo en tí sinó motivos de ódio y de mal querer, y hasta desconfio que tengas un amante.

—Piensa, miserable, lo que quieras, yo te desprecio, y elijo como juez de tus culpas á tu propia conciencia.

Él no respondió.

Así pasamos tres años engañando á la sociedad

con una naturalidad tal, que nadie se ha apercibido de lo que pasa entre nosotros.

Pero mis desgracias no habían terminado.

Hace un año recibí una carta, lo más apasionada, lo más respetuosa y lo más tierna del señor E., que no había vuelto á ver desde la fatal noche de la *Camorra*.

Los términos de aquella carta me obligaban á contestarla, y lo hacía porque, no teniendo nada de qué arrepentirme y no diciendo nada que pudiera comprometerme, debía algo á aquel hombre que tan dignamente se había comportado conmigo.

Mi contestación era, pues, digna: rechazaba como debía sus espresiones de cariño y sus esperanzas, pero por desgracia esa carta cayó en manos de mi esposo, y él, que hasta entónces no había tenido que hacerme un reproche fundado, encontró en aquella carta el medio de mortificarme más y más.

Ahora ya sabe Vd. todo, señor doctor, créalo como el Evangelio, y esté persuadido que si alguna vez ha tenido mi corazón un latido para E., he sabido dominarlo, y lo dominaré mientras sea casada, ó mejor dicho, mientras viva.

. .

UNA MASCARA

CAPITULO V

—Eh! eh! pare vd., pare vd., caballerito. ¿Caramba que vá vd. sério! Cualquiera diría al verlo tan circunspecto y con ese aire de canónigo, que es vd. una persona formal: Cualquiera diría.....

—No sé lo que diría cualquiera, lo que si sé, es que no me gusta que me tomes el brazo, con que así, al ladito y nada más.

—No digo yo! el pulcro: Jesús, como son insoportables estos mediquitos de reciente data: ¡ que aires! qué, ¿no te acuerdas ya que ayer no más eras estudiante? Ah! entónces para parecerte al diablo no te faltaban sinó un par de cuernos.

—Pero en cambio, si me faltaban los cuernos, tal vez me sobraría otra cosa que le suelen poner al diablo.

—Señorito, cuidado con decir barbaridades!

Estas exclamaciones se producían en la calle de la Victoria, la víspera del entierro del Carnaval de 1888.

Una máscara, bastante bien vestida, en trage de vieja, acompañada de otras dos chicuelas, como de 13 á 14 años, descendían en dirección á la Plaza, mientras que un servidor de Vds. llevaba la dirección opuesta entre Perú y Chacabuco: las máscaras pasaron, pero casi al instante se dieron vuelta y se estableció el diálogo que les acabo de referir.

—Y bien, agregó la máscara: ya que no quieres que te dé el brazo, voy á acompañarte hasta donde vás.

—Chícuelas, lleguen hasta la esquina, doblen para Barracas, caminen dos cuadras, despues den vuelta para el rio y á los cincuenta pasos, parénse en una casa, cuya puerta está muy iluminada.

—No puedo negar que sabes donde voy, así ya que te muestras tan amable, acepto tu compañia y conversaremos si te place.

—Pues ya lo creo que conversaremos: figúrate que tenía vivisimos deseos de encontrarte y, más que deseos, necesidad de hablar contigo.

—Sí, cuanto me alegro ¿y qué tienes que decírme?

—En primer lugar tengo que decirte que estoy enamorada perdidamente de tí.

—Magnífico! aunque esto sea una tanda repetida á cada momento por muchas de las que se disfra-

zan, acepto la declaración y la acepto con doble placer por que es la primera vez de mi vida que oigo esas cosas, aún en broma.

—Pero es que yo no te lo digo en broma, te lo digo de veras,—y tambien has de saber que soy jóven, bonita y......

—Casada?

—No, soltera: ¿qué es eso? ya empiezas á tener la pretensión de que hasta las casadas se han de enamorar de tí? ¡Caramba! que vanidosos son los hombres.

—Qué quieres, me parecía que las casadas tendrían ménos vergüenza que las solteras para decir ciertas cosas, así......

—Así, se acabó; y digo se acabó, por que si te dejo hablar, temo que la lengua te se salga de la boca más de lo que conviene.

—Pues al avio, querida mia: decias hace un momento que estabas perdidamente enamorada de mi.

—Lo decía y lo repito.

—Pues *refláutame* todo lo que tengas que decirme, porque me gustas muchísimo.

—Mira, contestó la máscara: esta misma noche vas á saber quien soy, y á tal respecto no te quedará la mas mínima duda, porque me voy á sacar la careta, de manera que, despues de lo que te he dicho y siendo jóven y bonita......

—Voy á tener andadas las tres cuartas partes del camino.

—Soy además, agregó aquella, de buena familia y *colocados* como han dado en llamarse en la high-life.

—Que suerte la mia, que portento de fortuna, y yo que ni siquiera lo había sospechado.

—Estas tomando las cosas á la broma y te prevengo que nada tiene de broma esta declaración.

—Bueno, yo te diré á mi vez, que aunque fuese un celibatario empedernido, tus palabras concluirían por cambiarme y me rendiría á tí, como el más amartelado cantimplon.

—Y qué crees tú, que las cosas se van á continuar asi no más y que yó me voy á descubrir sin otro preámbulo. ¡Nó; caballerito! ántes que el agua se meta en tiempo, como decía en casa la otra noche Joaquin Granel, ántes que el agua se meta en tiempo, tendrá vd. que pasar por la prueba del fuego y del agua: pues no faltaba otra cosa que así, sin más ni más, se obtuviera un amor, una declaración, una......

—Pues bien, cuenta conmigo, figúrate que yó estoy hecho á prueba de bombo.

—Vamos, y si yó te dijera que no lo creo.

—Te digo que sí.

—Te digo que nó.

—Pues á la obra: empieza.

La máscara se acercó á mi oido y pronunció unas cuantas frases en voz sumamente baja, pero yo la interrumpí diciendo: máscara, mientras tus bromas no pasaban del género ameno, yo me complacía en seguirte oyendo, pero ahora te anticipo que no toleraré por un instante que trates de vilipendiar á personas por las cuales tengo el mayor respecto y la mejor amistad; te prohibo que las ofendas y te advierto que si continúas, yo mismo te arrancaré el antifaz.

—Bravo! bravísimo! estás sublimemente ridículo en tu estupendo enojo; no volveré, señor, nó, á provocarle un ataque de nérvios. Su indignación es solo comparable á la que hubiera tenido una institutriz ó una de las hermanas Irlandesas del Sacre-Coeur....He aquí los hombres: al primer sacrificio que se les exige, quedan anonadados por los escrúpulos, y yó que he cometido la tontería de enamorarme de tí.

—Eso me gusta, mascarita, continúa en ese tópico ú otro semejante, pero no ultrajes ni manches tu linda boca, espresando malos conceptos.

—¿Cómo sabes tu que tengo boca linda?

—Lo presumo.

—Ya empiezan los galanteos.

—Y cómo nó, despues de lo que me has dicho.

—Cuando? ántes ó ahora?

—¿Volvemos?

—Bien, pues, te repito, á pesar de todo, que no te engaño y te cónfirmo que esta noche me sacaré la careta en el balcon del Club, como algunas lo hacen en el salón, ó en el corredor, pero tambien debo prevenirte, que me has de convencer que eres hombre capaz de aprovechar una intriga, ó de dar una prueba. Yo sé que eres vivo, y tal vez por eso me seduces, ¡qué quieres! las mujeres somos así, cuando encontramos un demonio, nos place con frecuencia intimarnos con él, aunque desconfiemos de su constancia. A veces tenemos un verdadero placer en dominar esas naturalezas rebeldes, que tienen la pretensión de no impresiónarse nunca; á veces, precisamente por que desconfiamos del éxito, lo tentamos, porque nos place batallar y *así* triunfar; y á veces; por fin, nos enamoramos de veras. Entónces empezamos por callar, despues oímos y mas tarde escuchamos; ahora te diré, que tengo miedo de tí y de mí, agregándote que soy capaz de ir muy léjos, con tal que te hagas acreedor.

—Has hablado como un libro mascarita, y no olvidaré eso, de que la mujer que oye, luego escucha y que la escucha no está léjos de responder; pero te advierto, que á traves de toda esta filoso-

fía estoy entreviendo un propósito en cuya confección te está indudablemente asesorando Satanás.

—No lo creas, Satanás es el más implacable enemigo de las mujeres y como las mujeres le conocen, no hay miedo de que se dejen inspirar por él.

—Y entónces si es así ¿porqué suceden ciertas cosas?....

—Suceden porque son cosas de mujeres, pero nó del Diablo.

—Bien, máscara, vamos adelante ¿te quitarás la careta?

—Como te he dicho, eso dependerá de que me contestes á algo que te tengo que preguntar, agregó la máscara y bajando otra vez la voz dijo: ¿Sabes en qué ha quedado la cuestión que se ha producido en la casa de Espósitos con motivo del hijo de: *fulana de tal*, que tú mismo llevastes al torno una noche de Octubre, si mal no me acuerdo?

—¡Máscara! eres un verdadero demonio, qué espíritu perverso tienes! que se yó de eso, es la primera vez que oigo hablar de semejante cosa, que por otra parte, no creo. Yo no conozco á esa niña, en mi vida he hablado con ella y por fin pienso que todo lo que me has dicho, no pasa de una infame calumnia, en la que deseo no estar

mezclado de ninguna manera. Parece imposible, por otra parte, que una jóven, porque tu pareces ser jóven, tenga un espíritu tan perverso.

—Ay! ay! ay! ya te tenemos otra vez hecho un predicador de moral, un padre Jordan un.... Jesús que hombre tan intratable.

—Precisamente soy todo lo contrario, el hombre más tratable, pero cuando se oyen ciertas cosas, uno no puede ménos que saltar.

—Pues salta, hijito, salta, que lo que es por mi parte, rompo en absoluto contigo, y crée que lo siento, porque me gustabas.

—Pero, como quieres que te diga yo cosas que ignoro absolutamente, cosas que absolutamente no creo.

—Mira, voy á darte otros detalles: tu estás en posesión de ese secreto por casualidad; el médico ó partera que debía intervenir no eras tú, pero las cosas como suele suceder, se precipitaron. Una tarde, serían las dos, ibas tú por la calle de la Piedad, cuando de pronto un carruaje que corría á gran trote se paró frente á tí y un caballero que iba dentro te dijo: doctor, tenga Vd. la bondad de subir un momento: lo hiciste y entónces el sujeto agregó: es necesario que me preste Vd. un gran servicio y que me prometa guardar un gran secreto. Es mi deber contestaste. Y bien agre-

gó el caballero: la señorita *fulana de tal* está en un duro trance, está de parto. Vd. sabe que es mi sobrina carnal, yo soy el culpable, así pues, debe comprender mi situación. El caballero aquel era casado—Cuando llegaron á la casa, te presentaste con la desenvoltura y galantería que es necesario reconocerte y dirigiéndote á la niña, la dijiste: Esté Vd. tranquila, señorita; se encuentra Vd. en presencia de un caballero y casi me atreveré á decirle de un amigo—no se impresione pues, por el futuro, porque todo quedará en el mayor misterio, ó reserva. ¿Sufre Vd. mucho?

—Si señor, pero sufro más porque ignoro el tiempo que deberé estar aqui. Vd. se hará cargo, yo debo volver á casa.

—Veamos: señorita, ántes de dos horas estará todo concluido.

—Así fué: dos horas mas tarde la niña subía á un carruaje sola y á la noche tú y el *culpable* depositaban el niño, en el torno de la Casa de Espósitos ....pero......como me miras....por supuesto, te estas imaginando que soy la misma. ¿No es eso?

—Te miro máscara, nó por lo que has supuesto, sinó porque no comprendo como pueden haberse inventado tantas calumnias, y digo calumnias, por que yó, al ménos, soy ageno á cuanto me acabas de referir; te miro porque, como te he dicho, me

hasta la enseñanza del hombro; me felicito mucho de mi previsión.

La misma noche de ese dia concurrí al Club del Progreso, pues un buen amigo me había conseguido una invitación.

Muchas máscaras me rodearon desde que entré en el Salón, y debo declarar que me encontraba en mi elemento, imaginándome que todas ellas eran divinidades.

No sé si Vds., queridos lectores, se habrán fijado alguna vez en una cosa, y es que todas las mujeres que llevan antifaz parecen bonitas. Las bocas, que suelen ser cavernas, aparecen, cuando ménos, graciosas, y puede, desde luego, asegurarse que la que con antifaz se presenta fea, debe ser indudablemente horrible.

Entre las máscaras que me asediaban, había una que se acercaba siempre, pero que no me hablaba y, sin embargo, tenía una boquita como para desear vivir eternamente alojado en ella; esa máscara, aprovechando un breve instante, en que me quedaba solo, se acercó, y me dijo imperativamente: ven, vamos al otro salón, allí nos sentaremos sin ser molestados por todas estas insignificantes. ....¿No me conoces? agregó.

—Creo que sí; es decir, creo que eres....

—Pues, repuso: aquella que el año pasado te-

—Sí, con que era ella!

—Y está encantada de la manera con que Vd. se asombró y negó el hecho.

—Y cómo es que Vd. protestaba que no podía ser ella?

—Le diré á Vd.—Cuando yo tomé el tren á las tres de la tarde para poder esa noche concurrir al baile, la familia tenía deseos de venir tambien; pero concibieron el plan de darme una broma y en otro tren que pasaba á las tres y media se vinieron, pero no á casa, sino á la de N.... donde se disfrazaron, dividiéndose en tres grupos para reunirse luego en lo de S.... y de allí salir á embromar en varias casas conocidas; á mí mismo me intrigaron en la calle.—Uno de los grupos lo componía ella con las chicas de R. En lo único que lo engañó á Vd, fué en decirle que iba al Progreso y lo que expuso sobre la Casa de Expósitos fué para desorientarlo. Dice que es Vd. muy circunspecto y que le ha parecido hasta corto de génio; agrega que su conversación fué muy breve y hasta puede decirse insignificante, si se exceptúa el asunto principal que tocó muy lijeramente.

—Cáspita con la niña, dije yo para mí: forzoso es confesar que cuando referí las cosas al señor X, me limité solo á una breve parte, reservándome las vueltas y revueltas de aquella entrevista y

honesta, y aun podré agregar que para abrigar esta creencia, me apoyo en razones de todo punto fehacientes.

—¡Sí! pues cuéntame que razones son esas, pues me placería mucho conocerlas.

—Pero es lo mas sencillo del mundo, querida mia; y pronto, ó mejor dicho, desde luego vas á estar en acuerdo con mi opinión: Un dia que esa niña descendía de su carruaje para entrar en una tienda, ví incidentalmente que llevaba medias blancas.

—¿Y que diablos tienen que hacer las medias blancas con la honestidad de la mujer?

—Pues, es claro, que tiene que ver muchísimo y me sorprende que á una persona de espíritu tan sutil como tú no se le haya ocurrido: préstame un poco de atención: Eugenio Garzon, que es un hombre de mundo y dotado de calidades de poderosa observación, me decía no hace mucho: La mujer que usa medias blancas de lana ó algodon, debe ser una persona evidentemente moral y modesta: sí, agregaba, no hay una señora anciana, una beata ó una mujer de cierta despreocupación que no las lleve; entretando, observe Vd., que no hay una jóven elegante, alegre, festiva, traviesa, que no usa las azules y sobre todo las negras, que son las que

verdaderamente ofrecen un esmerado proceso de coquetería; medias audaces, provocadoras, medias en fin, de pecado mortal. Yó recuerdo, continúaba, que en el cielo de Goethe, cuya leyenda fué puesta en música por Boito, todas las que estaban en aquel paraiso, en aquella mansión de eterna luz y venturanza, llevaban medias blancas de algodon, cosa que, á decír verdad, no les quedaba muy bien á las jóvenes y malditamente á las viejas.

—No puedo negar, exclamó la máscara, que la ocurrencia de Garzon es graciosísima y que estereotipa en él un hombre que, discerniendo muchas cosas, ha sabido apreciar la honestidad á través de ese velo misterioso que se llama vestido y medias de la mujer; pero debo advertirte, que las que usa la *Sobrinita,* no son de algodon, ni blancas, sinó de seda y de un color muy suave que tira á rosa.

—Demonios! ese color tiene evidentemente una condición tentadora.

—Esa condición, repuso la máscara, la dá quien la tiene y no quien la lleva; ahora te agregaré que ella puede ser una fórmula de esa coquetería que es tan peculiar á toda mujer; y para esto bastará recordarte lo que á su respecto ha dicho un literato muy distinguido que ya no existe, Al-

honesta, y aun podré agregar que para abrigar esta creencia, me apoyo en razones de todo punto fehacientes.

—¡Sí! pues cuéntame que razones son esas, pues me placería mucho conocerlas.

—Pero es lo mas sencillo del mundo, querida mia; y pronto, ó mejor dicho, desde luego vas á estar en acuerdo con mi opinión: Un dia que esa niña descendía de su carruaje para entrar en una tienda, ví incidentalmente que llevaba medias blancas.

—¿Y que diablos tienen que hacer las medias blancas con la honestidad de la mujer?

—Pues, es claro, que tiene que ver muchísimo y me sorprende que á una persona de espíritu tan sutil como tú no se le haya ocurrido: préstame un poco de atención: Eugenio Garzon, que es un hombre de mundo y dotado de calidades de poderosa observación, me decía no hace mucho: La mujer que usa medias blancas de lana ó algodon, debe ser una persona evidentemente moral y modesta: sí, agregaba, no hay una señora anciana, una beata ó una mujer de cierta despreocupación que no las lleve; entretando, observe Vd., que no hay una jóven elegante, alegre, festiva, traviesa, que no usa las azules y sobre todo las negras, que son las que

ro que me hables con toda franqueza, y me digas, como hombre de mundo, qué juicio has formado de la consabida *sobrinita.*

—Puesto que lo deseas, querida mia, voy á darte mi opinión sin reserva alguna. En el mercado social, ó en lo que parece ser lo mismo, en la Bolsa del mundo, se cotizan de diverso modo, ciertas ideas, ciertos títulos, ciertas acciones: estas variedades de premio ó de valor, se originan bajo la influencia de varias circunstancias, ó tambien segun el punto de vista en que se considere el negocio. Si me preguntas, cómo lo has hecho, mi opinion sobre lo que atañe á la señorita en cuestion, te diré que es un gran precepto de virtud social que toda mujer se conserve intachable, empezando por respetarse á sí misma, y que su mayor galardón consista en saber sobreponerse á esos arranques impetuosos que nos llevan frecuentemente donde no debemos. Esto es lo que se llama moral social, cuya cotización tiene un gran premio; y no hay uno, por más agiotista que sea, que no quiera conservar sus títulos. Permíteme ahora que te hable de otras operaciones bursátiles á que llamaremos clandestinas: éstas por lo comun son reprobadas, hasta por los mismos que las llevan á término, y se las señala como un ágio vil

que deben prohibir enérgicamente las cámaras síndicales.

Sin embargo, está en la conciencia del mundo, que es imposible evitar el hecho, pues, él emana de la naturaleza de las cosas, y todo lo que debe hacerse para conjurarlo en lo posible, es no publicar la operación en la pizarra, pues si bien esto no evita el ágio, al ménos suspende sus efectos inmediatos, suspende las nuevas emisiones, ó lo que es mas claro, una nueva operación. Es inútil decirte, que estas últimas cotizaciones son altas ó bajas, segun las circunstancias ó la calidad del comerciante, agente ó corredor que las produce. La mujer, pues, que ha cometido una falta, será más ó ménos vilipendiada, y sucede con frecuencia que las que más la atacan, son aquellas que, como los comerciantes agiotistas, han cometido quizá más escándalos. Ahora, con lo dicho, no quiero ocultarte que te hago un cargo por haber removido un asunto que nunca se debe recordar, y si te he hablado comercialmente, es porque hoy puede decirse que todo es comercio, todo..... hasta la virtud.

—Bien, amigo mio, dijo la máscara: de tu larga peroración, vengo á sacar una consecuencia, y es que hay dos morales: una pública, enaltecida, la moral social; otra reservada: la moral del corazon,

que no siempre están en acuerdo; pienso como tú que la reserva tiene que ser entónces una gran virtud, y pienso tambien que si desgraciadamente una mujer comete una falta, no siempre es acreedora á las maldiciones del cielo y de la tierra con que las amenazan los *moralistas* y ciertas mujeres que no interrogan nunca la conciencia de temor, que su conciencia las abochorne. Mañana mismo contaré nuestra conversación de esta noche á la *sobrinita;* entre tanto, creo inútil aconsejarte que pongas un candado á tu memoria—Adios!

UN CRÍMEN

CAPITULO V

La sociedad de esta gran Capital fué conmovida, no hace muchos años, por un hecho criminal, siendo sus principales protagonistas tres personas altamente colocadas, bien reputadas y tambien muy estimadas.

En ese tiempo era yo todavía estudiante de Medicina, y era sabido que me preocupaba preferentemente de ciertos estudios, entre los que formaban cuerpo la Fisiología y la Medicina legal; vivía en el Hospital de Clínicas y había abandodona completamente el mundo de la danza, el teatro, las visitas y los devaneos, propios de mi carácter y de mi edad.

Puede decirse, que mis relaciones eran pocas; pero las cultivaba muy íntimamente con un distinguido abogado, que contra lo que suele acontecer, no solo era fuerte en la ciencia del Derecho, sinó que tambien estaba ilustrado en otras accesorias, dejando los procedimientos y el materialismo de la aplicación legal, para darle preferente

atención á la filosofía, que, á su juicio, debe actuar en el estudio de los comentarios, para, por ese medio, producir la reforma de los Códigos.

El abogado pensaba bien: Es un hecho perfectamente sabido que las diversas comisiones, que han sido encargadas de las reformas indicadas, solo se han preocupado de estudiar determinados puntos, desdeñando otros de muy alta importancia, que requieren indispensable reforma; este desden no se puede esplicar sinó por dos causas: ó son refractarios los codificadores al progreso que cada dia producen las Ciencias, ó su vanidad los conduce al extravío de no querer asesorarse de otros que poseen esos conocimientos.— Este defecto no es moderno, ciertos filósofos y ciertos jurisconsultos lo han tenido, y por lo pronto, recordamos que Kant negaba á la Medicina el derecho de apreciar las facultades del alma.

Una lijera digresión me ha separado del punto principal de este capitulo; vuelvo pues á él.

Mi amigo, el abogado, era por otra parte, lo que se puede llamar un hombre ameno y sumamente interesante, pero su amenidad tenía un límite, porque era hombre perdido en frente de cualquier mujer. Su lenguaje fácil y siempre correcto, se extinguía y desvirtuaba delante de la más insigni-

UN CRÍMEN

CAPITULO V

La sociedad de esta gran Capital fué conmovida, no hace muchos años, por un hecho criminal, siendo sus principales protagonistas tres personas altamente colocadas, bien reputadas y tambien muy estimadas.

En ese tiempo era yo todavía estudiante de Medicina, y era sabido que me preocupaba preferentemente de ciertos estudios, entre los que formaban cuerpo la Fisiología y la Medicina legal; vivía en el Hospital de Clínicas y había abandodona completamente el mundo de la danza, el teatro, las visitas y los devaneos, propios de mi carácter y de mi edad.

Puede decirse, que mis relaciones eran pocas; pero las cultivaba muy íntimamente con un distinguido abogado, que contra lo que suele acontecer, no solo era fuerte en la ciencia del Derecho, sinó que tambien estaba ilustrado en otras accesorias, dejando los procedimientos y el materialismo de la aplicación legal, para darle preferente

atención á la filosofía, que, á su juicio, debe actuar en el estudio de los comentarios, para, por ese medio, producir la reforma de los Códigos.

El abogado pensaba bien: Es un hecho perfectamente sabido que las diversas comisiones, que han sido encargadas de las reformas indicadas, solo se han preocupado de estudiar determinados puntos, desdeñando otros de muy alta importancia, que requieren indispensable reforma; este desden no se puede esplicar sinó por dos causas: ó son refractarios los codificadores al progreso que cada dia producen las Ciencias, ó su vanidad los conduce al extravío de no querer asesorarse de otros que poseen esos conocimientos.— Este defecto no es moderno, ciertos filósofos y ciertos jurisconsultos lo han tenido, y por lo pronto, recordamos que Kant negaba á la Medicina el derecho de apreciar las facultades del alma.

Una lijera digresión me ha separado del punto principal de este capitulo; vuelvo pues á él.

Mi amigo, el abogado, era por otra parte, lo que se puede llamar un hombre ameno y sumamente interesante, pero su amenidad tenía un límite, porque era hombre perdido en frente de cualquier mujer. Su lenguaje fácil y siempre correcto, se extinguía y desvirtuaba delante de la más insigni-

ficante hija de Eva; esta manera de sér, producía, como es natural, pendencias mayúsculas conmigo que, léjos de huir del bello sexo, me agradaba cultivar su relación, encontrando que la sociedad con la mujer suaviza el carácter y obliga al hombre á la cultura.

Mi amigo se llamaba el Dr. R.; era diputado independiente, y por tanto intransigente siempre que se suscitaban bellaquerías, en ese recinto que se llama Sala de Sesiones del Congreso. Como abogado, por otra parte, tenía una clientela de primer órden, que compensaba largamente los servicios que le prestaba.

Parece inútil decir que R. no iba jamás al teatro de la Opera, ni á ningun otro centro donde pudiera ser visto ó *brujuleado* (término moderno, que se emplea para significar que una persona mira á otra con intención); su teatro favorito era el Doria y algunas veces la Alhambra.

No había dia que R. no me visitase en el Hospital y no había dia que, por cualquier motivo, no tuviéramos una gresca; pero, sin embargo, despues de ella, quedábamos ni más ni ménos que como Orestes y Pílades. En política marchábamos al unísono, y yo solía ayudarlo en algunos artículos contra el Gobierno, pues él y yo, políticamente hablando, éramos encarnizados enemigos de la

candidatura del doctor Juarez. Sin embargo, cuando éste subió al poder, nos retiramos completamente del movimiento de oposición y ni él ni yó volvimos á escribir, ni á perorar en los clubs.

Por una casualidad especial, el abogado R. tuvo que frecuentar la casa de un ilustre Jurisconsulto, y con tal motivo se vió obligado á tratar su familia. Entre los miembros de ésta, se hallaba la señorita Cristina, jóven de veinticuatro años y de muchos atractivos. Poco á poco R., se fué apasionando de la señorita y concluyó por enamorarse con todo ese fuego de los corazones vírgenes; y su embeleso lo conducía á las más sonrientes y misteriosas ilusiones.

Yo ignoraba todo eso, pero un dia él mismo se encargó de manifestármelo.

Estoy locamente apasionado, me dijo: hasta ahora no sabía lo que era sentir, por eso hoy á cada momento, me reprocho la miserable vida que me he dado; á mis 34 años, con mi temperamento, con mis ideas, cuando se encuentra un ser como Cristina, las impresiones son más poderosas y más íntimos los afectos.

Vd. que es jóven, me agregaba, y digo jóven porque tiene ocho años ménos que yó, no olvide este consejo: en el acto que reciba Vd. su diploma de Médico, enamórese, cásese y....

—Endiáblese, repuse yó. Observo mi querido R. que está Vd. hecho un cadete en amor, pues todas sus frases llegan saturadas de una cosa que no me atrevo á clasificar; por mi parte, puedo asegurarle que he vivido mucho más que Vd., aunque Vd. haya nacido mucho ántes que yó, y eso de impresionarse y, sobre todo, de casarse, tendré que consultarlo con la almohada, pues, es asunto muy sério para ejecutarlo así, y solo porque un bienaventurado se le ha ocurrido dar el consejo. Si, señor, el celibato será muy malo, el matrimonio muy bueno, pero entre Platon y Priapo, lo mejor es quedarse con parte de los dos, al ménos por algun tiempo.

Como tenía que suceder, al muy poco tiempo de esta conversación, el Doctor R. se casó con la interesante señorita Cristina; pero desde luego llamó sériamente mi atención una cosa: R., á pesar de su nuevo estado, continuaba visitándome y cultivando mi amistad con la misma solicitud que ántes de casarse, pero reparé que iba con mucha más frecuencia á mi casa.

Algunas veces me parecía preocupado, su mirada generalmente límpida y franca, la encontraba, ciertos dias, llena de expresión tristísima y otros de expresión siniestra; su habitual sonrisa, puede de-

cirse que había desaparecido y su palabra carecía se aquel acento dulce que le era peculiar.

Así pasaron tres meses, cuando una mañana tuve noticias que se hallaba muy enfermo; en el acto me trasladé á su casa; Cristina que no ignoraba la fina amistad que nos unía, aceptó mis ofrecimientos de velarle y atenderle, mientras durara su gravedad, y por tanto desde aquel momento me constituí en su cabecera.

R. había tenido un sério ataque, con pérdida del conocimiento y despues delirio de acciones y palabras: cuando yo lo ví, tenía todavía mucha fiebre, pero el delirio había desaparecido. Al verme se sonrió tristemente. Cristina estaba á su lado y lo miraba con cariñosa expresión.

R. mejoró muy pronto, volvió á su vida ordinaria y con ella á sus visitas al hospital, acostándose frecuentemente en mi cama, donde solía quedarse dormido.

—Por la Vírgen Santísima, me decía yo á mi mismo. ¿Qué diablos le pasa á este hombre? Se habrá arrepentido de su casamiento? Antes, ni se acostaba, ni se dormía, ¿qué es esto? Su mujer, sin embargo, es muy interesante; él se ha casado verdaderamente enamorado, alegre, festivo.... *hum*; cuando digo yo que es una gran locura dejar lo cierto por lo dudoso, me parece que digo

una gran verdad, pero, sin embargo, aquí hay un enigma y el dia ménos pensado me vá á dar la manía de descifrarlo.

No hacía ocho dias que me había formulado este monólogo, cuando una mañana fueron á comunicarme que el abogado R. se había enloquecido, y que lo habían llevado al hospital, pues su locura era sumamente peligrosa. Me hicieron saber tambien que había asesinado la noche anterior á un jóven pariente suyo, ó, mejor dicho pariente de su muger, llamado Antonio.

Ese mismo dia lo visité en el hospital de locos; mi calidad de estudiante me daba todas las facilidades, de modo que me permitieron hablar con él.

Cuando entré á su habitación me estiró la mano como de costumbre. Despues de su última enfermedad había quedado muy descolorido y flaco, esa mañana estaba horriblemente pálido y ojeroso; no articuló una sola palabra. sacó un cigarro, me convidó con otro, y sus ojos se arrasaron de lágrimas; en seguida se acostó. Cuando sintió que yo me movía para retirarme, se sentó y me dijo:

—Tendría inconveniente en cuidarme aquí?

—En esta casa tienen sus practicantes y, como Vd. sabe, yo estoy en otro hospital.

—Ya otra vez pidió Vd. licencia para atenderme; si Vd. no tiene inconveniente, yo le aseguro que arreglaré las cosas de manera que Vd. pueda venir.

—Por mi parte estoy á su disposición.

Al dia siguiente se me comunicó que si gustaba podía constituirme como practicante interno para atender al abogado R.

El proceso aquel seguía una rápida tramitación.

Todo el mundo, por otra parte, suponía que la muerte del jóven Antonio, era la consecuencia de un estravío mental del abogado.

El Juez del Crímen cometió el estudio médico legal á una comisión de tres médicos distinguidos.

Yo tambien participaba de la manera de pensar del pueblo; para mi R. estaba loco, á pesar de su aparente cordura.

Una tarde se me apersonó uno de los facultativos encargados de evacuar el informe médico y me dijo:

—Vd. conoce mejor que nadie á este sujeto; Vd. está hoy á su lado, nadie mejor que Vd. puede observarlo, y nadie mejor que Vd, está en condiciones de poder formular un informe pericial que reuna la elegancia, la precisión y la verdad; le ruego pues, que lo haga así, y si por

acaso fuese necesario alguna modificación, le anticipo que sería Vd. consultado.

—Señor Doctor, contesté Vd. me honra demasiado, al confiarme ese trabajo; no lo escuso, y mañana mismo tendré el honor de ponerlo en sus manos.

Esa misma noche empecé el informe médico legal que se me había pedido.

Inspirado, como lo estaba, en las ideas de que R. era un loco, solo me faltaba determinar la clase de alteración mental que lo aquejaba y con tal motivo evocaba mis recuerdos, para que asociados á la observación del momento y á la apreciación del hecho producido, pudieran ponerme en condiciones de poder formular una conclusión autorizada.

Estudiaba, pues, esto, y debo declarar que mis primeras impresiones fueron que el abogado R. era un melancólico, es decir, un sujeto que se hallaba bajo la influencia de una verdadera depresión psíquica, en la que los cambios de intensidad ofrecían variadas formas, ya de hiperestesia, ya de disestesia.

La tristeza que en él había observado desde tiempo atrás, tristeza que contrastaba singularmente con su carácter, sinó demasiado alegre, al ménos espansivo y siempre ameno; su indife-

rencia por ciertos móviles, la apatía en el ejercicio de su profesión, la negligencia y abandono de su persona y, por fin, su deseo de la soledad que se manifestaba en las frecuentes visitas al hospital, donde se acostaba en mi cama para dormirse, ó aparecer dormido, eran hechos bastante suficientes para establecer aquel concepto.

Por otra parte, el crímen cometido era bárbaro, y como R. se había encerrado en un completo mutismo, para apreciar las cosas, se hacía necesario remontarse al pasado, analizar la moralidad nunca desmentida del sugeto y terminar formulando las conclusiones, apoyándose en todas las consideraciones que se derivaban de tal estudio.

El informe fué bien fundado, R. no era responsable del crímen: aquel acto fué el producto de una verdadera perturbación mental, en la que las condiciones del *libertas judicii* y *libertas concilii* habían estado completamente abolidas.

La sentencia del juez no se hizo esperar: por ella se condenaba á R. á la reclusión, como un loco peligroso: vinieron despues las influencias y se consiguió que se permitiera sacarlo del país, para ver si los viajes y el completo cambio de medio social, podían servir á los fines de la curación.

La noche víspera de su salida del manicomio,

entró, como de costumbre, en mi cuarto, solo que esa noche, desde que me saludó, pude entrever que lo hacía como en los buenos tiempos.

—¿Sabrá Vd., me dijo, que me voy mañana?

—Sí, contesté, me han dicho eso.

—Me voy, agregó, para no volver más á la pátria.

—¿Y por qué? Cuando esté Vd. completamente restablecido, sus amigos tendrán una verdadera satisfacción en volverle á estrechar la mano.

Hubo un momento de silencio y en seguida dijo:

—No, mi querido futuro doctor, yo ya no puedo tener amigos, temería mancharles sus manos con la sangre de las mias, y ya que he hecho tantas cosas malas, prefiero no continuar haciéndolas.— Ahora, ántes de partir quiero comunicarle dos cosas, 1o: que no estoy loco, ni lo he estado nunca, 2o: las razones que tuve para matar á Antonio y para cometer otros actos que probablemente Vd. ignora. Quiero tambien, agregó, darle las gracias por los conceptos benévolos con que Vd. me ha favorecido en su interesante informe médico legal.

—¿Como sabe Vd. que yo he hecho ese informe?

—Lo he descubierto á través de su elegante frase y en el fondo de su profunda filosofía. Vd. está estereotipado en esas líneas, que no son capaces de producir ninguno de los imbéciles que fue-

ron encargados de mi estudio, y Vd. ha venido, como Burdasch, á probar una vez más que las corrientes simpáticas, son hechos materiales que nos vinculan por la fuerza magnética—Ahora oígame: Hace mucho tiempo que Vd. me conoce, sabe las circunstancias y el cómo me enamoré de Cristina, y no ignora que aquel afecto se había amparado de mi alma con todo el imperio de una pasión esclusiva. Yo no había amado nunca sinó á mi madre, á la que durante su existencia le consagré toda mi solicitud, y despues de muerta un recuerdo perenne, que no han podido destruir ni el embrutecimiento de la memoria, ni las variadas peripecias de la vida social. Bueno yo por naturaleza, bueno por educación, bueno por convicción, si así puede decirse, me entregué á esa mujer soñando ventura y sembrando flores. Ay! mi amigo, me estaba reservado, al despertar, ver la desgracia y descubrir que mis sembradas flores solo habían producido punzantes espinas. Pobre de mí!

R. hizo una breve pausa y continuó:

—Vd. debe recordar aquel muchacho Antonio, pariente de Cristina, que yó le presenté una vez y que vivió luego en mi casa. Ese jóven se hallaba estudiando en un Seminario Conciliar de Provincia, habiéndose notado en él grandes tendencias á la Clerecía. Los estudios, los ayunos, los ejercicios

y toda esa suma de actos que se emplean para preparar los sacerdotes á la penitencia, habían llegado á alterar tanto la salud del jóven Seminarista, que por consejo facultativo, tuvo que trasladarse al campo, á fin de que pudiera reconstituirse para poder continuar su carrera. Dos meses bastaron á ese fin, pero su tio, el padre de Cristina, quiso que pasase una breve temporada en Buenos Aires, para de ese modo afianzar su franca convalecencia.

Los primeros tíempos en esta capital, los empleaba el futuro sacerdote en visitar los templos y en frecuentar todas las funciones de iglesia.

Poco á poco el movimiento de este gran centro y las relaciones que iba adquiriendo, produjeron un cambio radical en su manera de ser y no había noche que no se le viera en el teatro; pero no en el teatro sério, sino en esos otros donde se baila mucho cancan, se y cantan esas *Chansonettes* en las que cada palabra se condimenta con ciertas especies que ofrecen un poderoso estímulo al apetito. Por supuesto Antonio había colgado definitivamente los hábitos y era ya hombre que sabía que Pool era el mejor sastre de Lóndres, Franck de Viena, Cumberland y Dousotoix los de Paris; sabía muchas otras cosas y en su Biblioteca se encon-

traba en simpático conjunto, *El Eclesiásticus* y el *Syllabus*, con Nana, Paul Bonrget y Catulle Mendes.

Como se vé, Antonio había perdido por completo su vocación eclesiástica y habiéndose matriculado en el Aula de Derecho, seguía sus estudios, viviendo en casa de su buen tio, el padre de la que luego fué mi mujer.

Al aproximarse mi casamiento, los padres de Antonio, honrada gente de provincia, vinieron á la capital, para asistir á la ceremonia nupcial y procurar al mismo tiempo por sus consejos que el descarriado hijo volviera nuevamente á la carrera eclesiástica.

Como la casa que yo debía ocupar era espaciosa y los buenos provincianos encontraban que la comida del hotel, donde se habían instalado, era insoportable, les propuse que se vinieran conmigo, á lo que asintieron, agregándose tambien el antiguo seminarista, que encontraba mas cómodo, y sobre todo, mas útil á su manera de ser, tener una llave de la puerta de la calle para retirarse á la hora que quisiese, sin que sus trasnochadas pudieran ser notadas por el portero ó por la familia.

Al fin llegó el dia de mi casamiento, y ahora podré agregar de mi desgracia, de mi eterna desgracia....Ese mismo dia me apercibí, me dí per-

fecta cuenta, de que Cristina estaba en cinta, mis sueños de felicidad, mis esperanzas, mis ilusiones, todo, todo se desvaneció para dejar en su lugar dolores sin cuento, desesperación, bochorno, para amargar en fin el resto de mi vída. Ah! no hay palabras, no hay espresiones bastantes que sirvan á la esplicación de lo que yo sufrí en esa noche; hubo un momento en que llegué á pensar en el suicidio, hubo un momento en que me acometió la idea de estrangular al ser que conscientemente había venido á envenenar mi vida; las maldiciones se acumulaban en mi cerebro, pero mi boca se hallaba incapaz de pronunciarlas: á veces me imaginaba que era víctima de un sueño horrible y que no había un atomo de verdad en mi sospecha, que todo aquello no era sinó el producto de una alucinación: al observar, por otra parte, la tranquilidad de Cristina y los halagos que me prodigaba, me parecía que iba á volverme loco. Era inocente? ¿era víctima acaso de uno de esos estravíos en que la voluntad no ha tenido parte? ¿no la amaba yo con todo el poder de un sentimiento infinito, con todo el exceso de una pasión ardiente? Ah! en esos momentos supremos, obligado á ocultar cuanto pensaba, obligado al infame disimulo y arrastrado á pesar mio hasta el límite del perdón, pasé la noche mas terrible de

mi vida; aparentaba dormir y mis pensamientos locos me conducían más y más al más caprichoso laberinto, al fin, amaneció, dejé el lecho, me fuí á mi gabinete de lectura é invoqué al Ser Supremo para que me inspirase, pues llegué hasta tener miedo de mí mismo. Dios vino á mi porque yo era bueno, Cristina no podía, no debía ser una criatura criminal, pensaba yó. Por otra parte, si la fatalidad la había conducido á una falta, ¿por qué no perdonarla? el perdón es una gran virtud de las almas nobles....la perdoné, preferí ignorarlo todo, preferí tomar lo ageno como propio, preferí, por fin, hacer todo de manera, que ella viniese á quererme tanto como yo la había querido y la quería. Creía yo que con este inmenso sacrificio de mi dignidad, alcanzaría la tranquilidad de mi futura vida. ¡Ilusiones! la zaeta del dolor no dejaba de punzar un momento mi corazón. Cristina nada sospechaba, yo me mostraba cada dia mas solícito con ella, pero todo el esfuerzo de mi voluntad no era compensado por un instante, de verdadera felicidad. Más tarde, solía decirme; esperemos, quizá el futuro — tal vez la misma inocente criatura que llevará mi nombre — tal vez, me repetía, sea la encargada de consolarme; y pensando y sufriendo y disimulando, pasaban y se

sucedían los dias y las semanas, y allá á lo léjos se diseñaba la palabra, *espera!*

Salí un dia, precisamente á visitarlo á Vd. A cierta altura del camino me acordé que le había prometido un libro, volví de nuevo á casa, entré — Vd. conoce la disposición de las habitaciones—al abrir la puerta de la sala, miré incidentalmente el espejo que quedaba enfrente y este espejo me retrató á Cristina y á Antonio que abrazados en la antesala, se imprimían un beso de fuego en sus ardientes lábios.

Un rayo que hubiera caido á mis piés no hubiera producido mayor estupor; aturdido, inmóvil quedé con el pestillo en la mano y al volver en mi, en vez de entrar y estrangularlos juntos, preferí salir como un miserable y me lancé á la calle sin objeto y presa de la más horrorosa postración.

Cuando algunos minutos despues me dí cuenta de mi situación, me dije: lanzado en el camino de la infamia, siempre se tiene que ser infame; fuiste infame, porque perdonaste, ahora lo has sido porque no los has muerto; bien; sigue siendo infame, espía como un miserable y estermina luego; no tienes otra cosa que hacer en tu maldita vida.

Desde aquel dia todas mis ideas convergían á un solo punto, este era sorprenderlos y matarlos.

Oh! que dias tan tristes y tan largos, que dias de ansiedad y de impaciencia, mi querido Burdasch (así me llamaba amistosamente R.)

Para colmo de mis sufrimientos, otras circuns tancias venían á ofrecer mayor cúmulo de sospe chas, de rabia, de disimulo y de propósitos sangrientos.

Los padres de Antonio, gente sencilla, de limitado trato social y, por consiguiente, sin tacto ni si, quiera para promover una broma, solían decirme- casi siempre á la hora de almorzar y comer: R., tenga Vd. mucho cuidado con Antonio porque este *curita*, siempre que Vd. no está en casa se vá al cuarto de Cristina y allí se pasa las horas.

Yo sentía que el alimento me hacía un nudo en la garganta, quería sonreirme ó contestar, pero la risa y la palabra se revelaban contra mí; una angustia terrible sofocaba mi corazón y hubo momentos en que hasta las lágrimas quisieron aso- marse á mis ojos.

Eran, mi amigo, en esos dias que me iba á su Hospital y con cualquier pretesto me acostaba, pero me acostaba para llorar, para suspirar y para desesperarme, sin que ser alguno de la tierra pudiera sorprender mi pena, mi ódio, ni mi ansiedad de venganza.

Las cosas no podían seguir indefinidamente así.

Una noche, acababan de dar las cuatro y aun no había podido conciliar el sueño, un torbellino de ideas terribles se agitaba en mi espíritu, mis ojos todo lo veían rojo, mi cerebro todo lo veía funerario. Cristina dormía tranquila, como si estuviera custodiada por el Angel de la Guarda; la contemplé, sentí algo que me oprimía, algo que me inspiraba compasión, pero al mismo tiempo oía honda la voz de mi conciencia, que me decía: ¡infame .... adelante!

Me tiré del lecho, me vestí ligeramente y despertando en ese instante Cristina, me preguntó:

—¿Estás enfermo?

—Sí, la dije, tengo una enfermedad que no se curará nunca, á pesar del enérgico tratamiento que voy á emplear.

—No te comprendo.

—¿Nó? Pues en breves instantes vas á darte cuenta de todo.

—¿Qué vas á hacer R? me das miedo, tienes la cara descompuesta.

—Lo primero que voy á hacer, es matar á tu amante, al padre de ese ser que llevas en tu seno.

—R.! querido mio! ¿qué estás diciendo? tú estás

loco, ¿que te ha podido sugerir ideas semejantes? tranquilízate.

Quiso venir á mí, pero tomándola violentamente de los hombros, la arrojé contra un reclinatorio donde la solía ver orar.

En seguida salí,—la puerta del cuarto de Antonio estaba entreabierta; como su cómplice, tambien dormía tranquilo y quizá soñaba algo muy grato, porque de tiempo en tiempo se dibujaba en sus lábios una sonrisa.

Bien, dije, empieza la venganza; apliqué el frio cañon de la pistola sobre la sien del dormido jóven, hice fuego y desde aquel momento un cadáver más pesaba sobre la superficie de la tierra.

—¡Qué horror! exclamé, lo mató Vd. dormido?

—Dormido, si señor, dormido, repuso R. con voz profunda.

—Ha de saber Vd., agregó luego, que hubo un momento en que hesité, sobre si lo mataría de un pistoletazo, ó si le clavaría mi agudo puñal en el corazón. Se me ocurría, al pensar así, que al matarlo dormido, usaba el mismo traidor proceder que él había observado conmigo; me placía más, por otra parte, tomar la venganza por mi propia mano, sepultándole el arma en el pecho, que enviarle la muerte en un mensagero de plomo; pero me resol-

ví á esto último, pensando que no era digno de otra cosa.

Antonio quedó muerto, sin producir un gemido, ni un gesto, ni una contractura.

En seguida me fuí al dormitorio donde había quedado Cristina: ella había oido la detonación, y al verme entrar exclamó:

—¡Qué has hecho desgraciado!

—He destruido, contesté, uno de los factores de mi infortunio; ahora voy á continuar,—oye Cristina: Te he querido tanto, que muchas veces he llegado á pensar, sinó era aquello una idolatría, sinó era aquello la espresión del infinito. Por tí.. ... pero en fin, es inútil que yo te diga ciertas cosas, sobre todo en ciertos momentos ....En seguida con voz solemne la dije: Cristina, si crees en Dios, puedes invocar desde luego el perdón de tus culpas, por que dentro de cinco minutos vas á morir.

—Dios mio R., ¿qué vas á hacer? porqué quieres matarme? Yo soy inocente—yo te he querido, yo te quiero todavía, con locura, con pasión,—R., adorado R.—¿Es verdad que no me vas á matar? Vé que soy jóven, que te amaré toda mi vida, que ...

—Han pasado cuatro minutos; todavía tienes uno, apresúrate á orar, porque aquel péndulo parece

que lo mueve la mano del diablo, tan ligero anda.

Cristina se arrodilló, me tomó la mano izquierda con las suyas frias y trémulas; sus trenzas, negras como mis pensamientos, se desprendieron de su cabeza y cayeron sobre sus espaldas desnudas. Una mirada llena de súplica, llena de ternura, llena de dolor se destacó de sus ojos, negros tambien como mis penas; su respiración anhelosa ofrecía una angustia particular....

—Llegó el momento terrible, la dije: levanté el brazo armado del puñal, y cuando iba á descender para sepultarlo en su corazón, dió un grito horrible y su lábio frio como la nieve imprimió un beso en mi mano izquierda, conmoviéndome tanto, que el arma homicida saltó de mi mano y caí sobre una silla abatido é inerme.

Cristina oraba; estaba descalza y desnuda.

Vamos á tu casa, la dije: ruega entretanto á Dios, que no encontremos á persona alguna que quiera oponerse á mis designios, porque morirá ella, morirás tú y moriré yó.

Envolví sus trenzas en mi mano izquierda, levanté el puñal del suelo y como estaba, es decir, descalza y en camisa, la llevé hasta la casa de su padre, arrastrándola como una esclava.

Tuve la suerte de no encontrar á ninguno en el trayecto.

Empezaba á amanecer.

Tres horas despues llegaban á mi casa dos abogados amigos, que venían bajo la impresión de que yo estaba loco; les hice á grandes rasgos la historia de lo pasado y entónces me aconsejaron que me acogiese á la irresponsabilidad, apareciendo como un hombre que tiene afectadas sus facultades mentales.

Yo no quise asentir al pedido de mis amigos; todo me era igual en el mundo; la vida, la muerte, la prisión, la libertad. Así se los manifestaba, luego vino la Policía, y cuando yo suponía que iba al Departamento ó á la Penitenciaria, encontré que me traían al Hospital.

Todos me han creido loco, inclusive Vd., y sin embargo á los Jueces no les he ocultado nada, ni hecho absolutamente nada que autorice á la suposición de mi locura. El hecho de no querer hablar con todo el mundo, reporters y curiosos, ha sido interpretado como un fenómeno psicopático.

Alguien me hizo conocer su informe—es una pieza literaria que no me ha sorprendido, porque lo conozco. Escriba, pues, mi relación y hágalo como Vd. es capaz de hacerlo . . . puede ser que

los pobres padres de mi víctima me perdonen. Ahora déme la mano, porque mañana parto y no nos volveremos á ver probablemente—Adios!

R. salió, y yo quedé vivamente impresionado por todo lo que acababa de saber.

Aquel hombre hablaba con tanta convicción, razonaba con tanto criterio, espresaba sus conceptos esplicando los hechos con tanta naturalidad, que verdaderamente no era posible aceptar que sus facultades mentales estuvieran perturbadas.

R. no está loco, me decia á mi mismo; no es sinó un ser desgraciado que ha recibido un golpe tremendo en la vida de su alma. Sí, continuaba ahora me esplico todo; ¡pobre R!

Pasaron algunos meses y yo seguia entreteniendo amistosas relaciones con la familia de Cristina.

Mis ideas empezaban á cambiar en el concepto de juzgar que R. era un hombre sano de espíritu; hay locos, me decía, que razonan y en los cuales es muy difícil descubrir la forma de aberración ó trastorno que padecen: por otra parte, Cristina no está en cinta, no ha estado enferma y nada autoriza á sospechar que haya podido intentarse un aborto; decididamente R. ha sido presa de una alucinación; pero....¿y la sorpresa de

aquel beso que retrató el espejo? Oh! eso tampoco tiene una absoluta importancia; los enagenados ven lo que no existe, como oyen, lo que no suena, si una idea apasionada los subyuga, todo lo subordinan á esa idea, y á su través ven un mundo poblado de falsas imágenes. A no dudarlo, el desgraciado R. estaba loco!

A medida que meditaba más y más sobre este punto, nuevas ideas venían á formar cuerpo en mi espíritu y á confortar, si así puede decirse, mis convicciones. No hay duda, me decía; yo clasifiqué á este hombre como un melancólico, y me obligaba á tal conclusión, la interpretación de sus actos, no ignorando que el tipo normal de la salud del espíritu, que debe servir de punto de comparación, ofrece dificultades que solo pueden ser allanadas por la manera de apreciar al sugeto presente en su relación con el sugeto pasado. Por otra parte, no querer ver el alienado, sinó á través de esos grandes trastornos que se manifiestan por los estremos de la alteración intelectual, es obligarse á no comprender otros estados psicopáticos, en los que solo impera el trastorno de la voluntad por consecuencia de sensaciones anómalas alteradas en la forma. Pero no es esto solo, algunas veces cuando se producen cierto órden de perturbaciones, se observa que las concepciones

delirantes suelen arrancar de varios estímulos que solo tienen una acción transitoria, pero si esta accion continua, entónces se ven flotar en el espíritu, al lado de las ideas razonadas, monstruoso conjunto de mil quimeras y mil estravagancias, y venir á convertirse el sujeto moral en dos personalidades psíquicas, la una en que el juicio y la cordura *piensan*, la otra en que los devaneos y las sensaciones dolorosas se fijan de una manera irresistible en la conciencia.

Buscar el orígen, la legítima causa de la locura de R., sería lanzarme á un dédalo de congeturas, que si bien tienen, ó pueden tener, mucho de interesante, yo no estoy escribiendo para médicos, ni tampoco para gente preocupada de cierto órden de investigaciones, en lo que se relacione con la vida y con el alma; escribo para todos y prefiero que no me crean filósofo ni antropologista, con tal que me acepten ameno.

UN ANDRÓGINO

De tiempo en tiempo suele conmoverse la sociedad en presencia de ciertos hechos que verdaderamente impresionan, como sucede con el que voy á poner en conocimiento de mis lectores.

No se crea que voy á ocuparme de trastornos sociales originados por movimientos políticos, financieros ó económicos, ni siquiera por abusos administrativos; voy sencillamente á poner en escena un Andrógino y la sola enunciación de esta personalidad, bastará para que se persuadan del gran interés que ofrece el asunto.

Desde luego, para tratar convenientemente la materia, me veré obligado á producir algunas consideraciones que creo absolutamente pertinentes á un propósito, y lo creo tanto por los conceptos científicos que ella entraña, cuanto por las variadas cuestiones ó conflictos legales que con tal motivo se pueden producir.

La primera cuestión á discutir se refiere á determinar si existe ó no en la especie humana y en la edad adulta el verdadero hermafrodismo.

Este es un punto que ha sido ya muy discutido, afirmado y negado alternativamente y á cuya esplicación provée la ciencia con apreciaciones que me parece pertinente apuntar.

No sé en verdad, si la índole de mi libro autoriza á ello; pero desde que él está escrito para todos, comprendo que puede alguno encontrar interesantes las esplicaciones y por tanto entro de lleno en materia, para en seguida referir el hecho que forma el cuerpo de este artículo; así, para que el lector vaya poco á poco formando su criterio en estas cuestiones, empezaré haciéndole saber que desde la tercera hasta la sesta semana de la vida de gestación, en el claustro materno, todos somos hermafroditas; no se alarmen mis queridos lectores, todos lo somos, ó más bien dicho, todos lo hemos sido y para que se puedan dar cuenta de esto tendré, á pesar mio, que penetrar en el campo de la Embriología y confío que serán bastante amables ó complacientes acompañándome aunque sea de paso, en esta escursión.

Como he dicho hace un momento, los aparatos genitales rudimentarios de la vida intrauterina, son bisexuales hasta la sesta semana; esos aparatos pues, están constituidos por unos filamentos que empiezan á desarrollarse al fin de la tercera,

formando como trazas los vestigios de los órganos que deben individualizar al ser y se llaman para el varón *vas aberrans* ú órganos de Wolff y órganos de Rosen Muller para la hembra: bien pues, una vez determinada la traza, á lo largo del borde esterno de los cuerpos de Wolff se encuentra un repliegue fusiforme que aumentando progresivamente en anchura disminuye en longitud y dá orígen á la glándula masculina; el borde interno forma una especie de canal bifurcado que los embriologistas llaman escretores y establece la femenina.

Ahora bien; si el cuerpo de Wolff se desarrolla y al mismo tiempo se atrofia el de Muller, se forma la vía del espermaducto y si sucede á la inversa la del oviducto, pero si el desarrollo es igual y simultáneo, se constituyen ambos viaductos, llevando cada uno el rudimento de la glándula que dá carácter á cada sexo.

Compréndese pues, como esa simultaneidad produce las raras entidades que se llaman hermafroditas *verdaderos*, tipo que por fortuna constituye una escepción.

Pero el hecho existe y aunque se haya convenido en que esas personas deben en determinada época optar por el sexo que les debe corresponder en la vida social, podría suceder (aunque no

tengo noticias que haya sucedido) podría suceder repito, que algunas de ellas en variadas circunstancias, consultando intereses especiales, ó ya por capricho ó estravagancia, quisiera optar por el sexo contrario, lo que en rigor no podría menos que ocasionar un gran conflicto.

Y se concibe; la condicion civil de las personas, determina derechos y escepciones de variada importancia y responsabilidad.

En el primer caso se encuentran la identidad, las herencias y el divorcio: en el segundo el servicio obligatorio de las armas y los atentados contra el pudor.

Pero mis lectores comprenderán desde luego, que no siempre es fácil esclarecer estos puntos y que la dificultad estriba en que á ello se oponen poderosas razones de duda, algunas veces, y de engaño otras.

Se me ocurre con tal motivo, que no quedaría de muy buen humor una mujer que despues de casada, tuviera que renunciar á su cara mitad, porque esta, no establece esa solucion de continuidad que lógicamente tiene que existir entre el hombre y la mujer: ¿qué dirían vds. mís queridos lectores y que diría la ciencia del derecho y la ley, si resultare ó sucediera, como es posible, que Fulano de tal siendo al mismo tiempo varón

y hembra, se ha casado como mujer, ó sencillamente como varón, sin ántes haber hecho declaración alguna al respecto? ¿Qué diría el marido de tal mujer ó que diría la mujer de tal marido y que haría el Juez á quien se le dijera: señor yo soy hembra y estoy dispuesta á probarlo ó yo soy varón y lo justificaré si fuera necesario; en consecuencia, pues, apto por tal sexo y vd. no tiene derecho para producir mi divorcio.

Pagaría cualquier cosa por ver en esos momentos la cara del Dr. Mendez Paz, y lo pagaría porque él, que á pesar de su talento, no le debe nada á la hermosura, con su asombro, ante tal demanda, se quedaría horriblemente feo.

Sin embargo, sinó me engañan mis recuerdos, el Derecho Romano obligaba en tales circunstancias á la opción esclusiva de un sexo y establecía severas penas para aquel que quisiera sustraerse á tal condición.

Pero vuelvo á mi tema: la cuestión puede ser más séria de lo que se presume, sobre todo en los verdaderos Andróginos que aunque sean *rara avis*, no dejan de ser realidades y por tanto personas susceptibles de producir conflictos legales, no siempre fáciles de resolver.

No entraré, por otra parte, á la discusión propuesta por algunos, de asemejarlos á ciertas plan-

tas ó ciertos parásitos, para establecer la reproducción y como creo que con lo dicho está bastante discutido el punto, pasaré á ocuparme de los pseudo hermafroditas; personalidades que no son raras, como pronto tendrán ocasión de ver mis amables lectores.

En este concepto, solo pienso referirme á los falsos hermafroditas clásicos; es decir á aquellos muy conocidos de los médicos algo ilustrados, á aquellos que señala la ciencia en sus tratados de Medicina Legal y Fisiología.

Por supuesto, no se vaya á suponer que voy á ocuparme por un momento de esos maricones que suelen verse entre nosotros, á quienes el vulgo llama Manfloras, ni á esas mujeres varoniles que el pueblo clasifica de marimachos; nó, voy sencillamente á pasar una ligera revista de esos seres desgraciados, que por vicio de conformación ó desviaciones y anomalias orgánicas han desconocido su verdadero sexo.

Como recuerdo oportuno empezaré por María Magdalena Lefort, que tenía una barba cerrada y larga como un capuchino, anchos hombros, caderas estrechas, manzana de Adan prominente, voz grave varonil, y sin embargo este personaje era todo una mujer, como lo probó Beclard en la interesante historia médica en que la describió.

Rosina Göttlich, bastante calavera como mujer, era un hombre.

Tortual cita el caso de un sugeto que, casado como mujer, siendo varón, estaba muy celoso de su marido.

María Arsano que vivió ochenta años como mujer y se casó como tal, recien en la autopsia, se pudo comprobar que era un hombre.

Catalina Hohman, lo era tambien y no le faltaron amantes como mujer.

Alexma B...., cuya interesante historia cita Tardieu, se educó como pensionista en un Convento de Señoritas y recien á la edad de veintidos años, por un incidente, se pudo confirmar que era varón; este desgraciado se suicidó al conocer su verdadero sexo.

José Marzo, cochero, hombre de grandes conquistas, pendenciero y calavera en la estensión de la palabra, era una mujer y á Creccio se le deben los más minuciosos detalles de esta persona.

Por fin, mis pacientes lectores, Montaigue cita los ejemplos de un soldado húngaro y un monge d'Issoire que tuvieron su parto, uno en el campamento y el otro en una celda del convento á que pertenecía.

Como se vé pues, la historia y número de estos estraños personages es muy estensa; la misma

Mitología los señala y bastará recordar las divinizaciones de la fábula, figuras emblemáticas, etc., etc. para darse cuenta de que se han escrito algunos volúmenes á su respecto, sin citar las prácticas bárbaras que se empleaba al nacer esos desgraciados, ni otros actos mencionados en la literatura antigua, que podrían ofrecer sumo interés.

Limitándome pues, á breves términos escusaré entrar en apreciaciones sobre lo que al respecto han querido decir los detractores de la Papisa Juana, ni de las calumnias empleadas contra Pedro Riario, que como se sabe tuvo una vida alegre y alcanzó á ser Patriarca, Arzobispo y Cardenal á la edad de veinte y seis años; no me ocuparé pues de eso.

Solo sí diré, que para la naturaleza de mi libro el asunto suele ofrecerse demasiado escabroso y que no obstante mi natural *naturalismo* me he encontrado más de una vez en dificultades y hasta me ha parecido sentir que se quebraba la punta de la pluma.

Entro pues en materia, ó más bien dicho, procedo á ocuparme del ser que motiva este capítulo, anticipando que voy á referir una historia que conocen muchas personas de esta gran capital.

La señorita A. C. era una jóven de veinticuatro años; bondadosa, inteligente é ilustrada; pero víctima de una anomalía orgánica que debía originarle muchos disgustos en su vida.

Establecida en Buenos Aires desde mucho tiempo, daba lecciones de dibujo y producía telas de bastante mérito como paisajista en pintura.

A.... tuvo una séria enfermedad, después de la cual pasó á convalecer á la campaña y de allí á la Provincia de Córdoba, en cuya capital se estableció, porque el carácter de aquella sociedad franca, amable y sencilla la sedujo desde luego.

A.... se hizo conocer muy pronto por sus trabajos artísticos y no le faltaron discípulas; entre estas, se hallaba una jóven, á la que llamaremos Dolores, que tenía mucho talento y verdadera vocación por el arte.

Esta jóven vino pronto á ser la discípula favorita de A....

Pasaba el tiempo y á medida que la maestra, estrechaba sus relaciones con la interesante niña notaba algo en su ser que la conducía á pensamientos que causaban asombro, por lo íntimo de su esencia.

Poco á poco en la situación anormal de su espíritu, empezaron á surgir arranques imperiosos, movimientos impulsivos de un extraño órden y mar

cada perturbación de las ideas; así, preocupada de su situación, solía preguntarle al fondo de su alma qué pasaba allí y se horrorizaba al oir la respuesta. Ay! de mí, se decía; la razón es un tormento, si la razón con el deber batalla. Ay! se agregaba, la razon es un martirio, porque ella le habla á la conciencia y la conciencia es un tremendo juez: una vorágine me absorbe, el torbellino me envuelve, las tinieblas me cercan, la claridad me ciega: no quiero pensar, porque mis pensamientos son fantasmas envueltas en blancas sombras que me dan miedo, como me impresionan y amedrentan las cruces blancas de los cemente rios; no quiero pensar y, sin embargo, hay una fuerza que me obliga, que me impulsa, que me arrastra á pesar mio.... Ay! lo que yo siento está fuera de las leyes de la naturaleza, ¿cómo es posible que una mujer ame como puede amar un hombre....? esto es odioso, es incompatible con el ser moral, es una aberración y mis sentido, deben estar tocados por un poder morboso ó por un demonio familiar que me enajena.

La esplosión de estos pensamiéntos arrancaban llanto.

Un dia A. no fué dueña de sí: se hallaba cerca de Dolores, la contemplaba y no pudiendo resistir, la habló de amor con tanta pasión con

tanto fuego, con tanto brío, que la jóven sobresaltada ante tales arranques, la dijo: señora, sus manos arden, su aliento quema, Vd. tiene fiebre, Vd. está enferma.

A lo que A. contestaba: si, angel de mis sueños, estoy enferma; tengo sed de tus labios, tengo hambre de tu aliento, tengo fiebre de tu alma.

La niña creyó que la maestra estaba loca y se precipitó fuera de la habitación.

Esa misma tarde recibió Dolores una carta, en la que la artista se despedía de ella para siempre.

En efecto, entre los pasageros del tren de la noche que se dirigía á la Capital de la República se hallaba la desgraciada maestra, taciturna, preocupada y triste.

A.... se estableció nuevamente en Buenos Aires y poco á poco sus raras perturbaciones fueron languideciendo.

En la misma casa que ella ocupaba, era también locatario un caballero Dinamarques de nombre Nicolay, hombre ilustrado y ameno, pero no jóven, con quien bien pronto la artista entretuvo una agradable relación.

Pocos meses después, el señor Nicolay le propuso sencillamente casarse con ella.

El primer impulso de la artista fué rechazar aquella proposición, porque instintivamente ese

enlace le era antipático; pero al fin, meditando sobre su situación, llegó á pensar que acaso el matrimonio sería el único medio de atenuar sus males.

Pobre criatura! ungida al yugo de una pasión que le parecía monstruosa, no se podía dar cuenta que, estando encadenada materialmente á cierto órden de cosas, una vez desligada de su falsa condición, se aclararía la verdad y se esplicaría la naturaleza de su sentimiento.

Aceptado el señor Nicolay, la ceremonía nupcial no se hizo esperar y el Doctor D. Manuel Garay, fué el sacerdote encargado de inscribirlos en el Registro Civil.

Tres semanas de luna de miel pasaron los felices cónyuges; pero, por razones que no quisieron comunicarme, aquella luna tuvo su eclipse.

Un dia, muy de mañana, los dos esposos se presentaron en mi casa y me anticipo á declarar que la espresión del marido era furibunda.

—Señor, me dijo: ántes de proceder según conviene á mis derechos é intereses, he creido de mi deber anticipar una consulta médica, para que este desgraciado que se ha casado conmigo, ocupe la condición civil que le corresponde. Si, señor doctor, esta mujer es un hombre y aunque proteste y diga todas las barbaridades que le dé la

gana, yo que he estudiado tres años medicina en Compenhague, probaré por todos los medios legales que mi matrimonio es nulo ante la ley y ante el mundo entero porque en tal acto ha habido error de sexo.

—Doctor, agregaba A., evidentemente irritada: no dé Vd. crédito á este visionario; este es un hombre intratable, cuya curiosidad lo ha conducido á términos imposibles; este es un hombre......

—Cállese Vd., só sin vergüenza, interrumpió el señor Nicolay, cállese Vd. sino quiere que nos oigan los sordos; ser híbrido, y mucho peor que híbrido, ser desnaturalizado, ambiguo, epíceno monstruoso....!

—Señor, reponía A...., ese hombre es un animal, un ébrio consuetudinario, que habla porque el alcohol lo impele; no sabe lo que dice.

—¿No sé lo que digo? ya lo veremos mas tarde, ya lo veremos, gran sin vergüenza, pedazo de....

Declaro que como yo soy jóven, ante aquellas explosiones de los cónyuges la risa se alborotaba en mis adentros como si una docena de Gnomos se hubieran dado cita en mi espíritu.

Serenado luego y con prévio asentimiento de la dama, pude comprobar que la señora A.... no debía figurar en el mundo social como señora, sino como un señor hecho y derecho, lo que una vez

aceptado por ella no dejaba otro camino que la presentación legal para producir el divorcio *absoluto;* es decir, para establecer enteramente la nulidad del acto.

El señor Nicolay, después de oir mi dictámen, me declaró que, á su entender, era yo una persona de muchísimo talento.

Cuando algunos dias después la ex-señora A...., libre ya de su temible Nicolay, se presentó en mi casa, me declaró que partía para el Brasil, pero que en aquel pais se presentaría vestida de hombre y que una vez acostumbrada al uso de los pantalones y á las costumbres varoniles volvería á la argentina.

En efecto, así sucedió: cuatro meses despues regresó, pero con el nombre de G. y con la decidida intención de trasladarse á Córdoba, porque el recuerdo de su amada había vuelto á tomar imperio en su alma y habiendo cambiado las cosas se creía autorizado á proceder.

Debo ahora agregar que la interesante Dolores, á quien tuve ocasión de tratar con bastante intimidad, se había casado con un señor gallego, de esos que se permiten enmendarle la plana á la ortografía castellana, suprimiendo la D final en ciertas palabras, para sustituirla por una Z y así pronuncian con la mayor frescura del mundo, li-

bertaz, igualdaz ó barbaridaz, como tuvo ocasión de oirle á cierto doctor en los juegos florales de hace tiempo.

Añadiré de paso, que poco despues de su casamiento, Dolores obtuvo su divorcio, es decir, la separacióm de su esposo, por razones que no creo oportuno referir, pero que no eran precisamente la pronunciación final de la D.

El señor G., en conocimiento de esta circunstancia, creyó sencillamente que podía producir una sostitución.

La maldita cordobesita, con este motivo y con un espíritu oportunisimo, me refirió las escenas mas graciosas.

Yo de buen grado las comunicaría á mis lectores, pero, pensando sériamente sobre esto, me creo obligado á reservarlas, porque la verdad es, que ellas salen de los límites de las memorias de un médico.

FIN DEL TOMO I

ÍNDICE



